



**UNIVERSIDAD DE CHILE  
INSTITUTO DE COMUNICACIÓN E IMAGEN**

**“HOMBRES QUE ESTREMECIERON A CHILE”**

**MEMORIA PARA OPTAR  
AL TÍTULO DE PERIODISTA**

**AUTOR: ALDO VIDAL NEIRA  
PROFESOR GUIA: GUSTAVO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ**

## **GRACIAS A:**

El profesor guía por sus consejos y ayuda.

A mi familia por su apoyo y entusiasmo.

A todos los que colaboraron desinteresadamente en el desarrollo esta  
memoria.

## TABLA DE CONTENIDOS

<b>AGRADECIMIENTOS:</b>	2
<b>TABLA DE CONTENIDOS</b>	3
<b>INTRODUCCIÓN</b>	4
La revolución del Nuevo Periodismo	4
La seducción del crimen	5
La ambición de Capote	7
El anti estilo periodístico	9
Ficción o no ficción: esa es la cuestión	11
Estrategias de los nuevos periodistas	13
Los Elegidos	16
<b>CAPITULO UNO.</b>	20
Jorge del Carmen Valenzuela Torres:	
EL SANTO CHACAL	20
<b>CAPITULO DOS</b>	56
José Roberto Martínez Vásquez:	
YO, EL PEOR DE TODOS	56
<b>CAPITULO TRES</b>	97
Alejandro Saúl Schayman Klein:	
EN EL NOMBRE DE LA HIJA	97
<b>CAPITULO CUATRO</b>	133
José Andrés Aguirre Ovalle:	
QUE DIOS ME PERDONE	133
<b>FUENTES DE CONSULTA</b>	175
Bibliografía general	175
Entrevistas	176
Archivos de prensa	177
Informes y otros documentos	178
Material audiovisual	179
En Internet	179

# INTRODUCCIÓN

## *La revolución del Nuevo Periodismo*

“El pueblo de Holcomb está en las elevadas llanuras trigueras del oeste de Kansas, una zona solitaria que otros habitantes de Kansas llaman ‘allá’. A más de cien kilómetros al este de la frontera de Colorado, el campo, con sus nítidos cielos azules y su aire puro como el del desierto, tiene una atmósfera que se parece más al Lejano Oeste que al Medio Oeste. El acento local tiene un aroma de praderas, un dejo nasal de peón, y los hombres, muchos de ellos, llevan pantalones ajustados, sombreros de ala ancha y botas de tacones altos y punta afilada. La tierra es llana y las vistas enormemente grandes; caballos, rebaños de ganado, racimos de blancos silos que se alzan con tanta gracia como templos griegos son visibles mucho antes de que el viajero llegue hasta ellos”<sup>1</sup>.

Así comenzaba la revolución del Nuevo Periodismo. Con estas líneas se inicia “A sangre Fría”, una novela considerada fundacional para muchos periodistas y madre del llamado “Nuevo Periodismo”. Truman Capote, autor del texto, sabía lo que tenía entre sus manos, por eso hoy su osadía no sorprende. Apenas se publicó la primera entrega de su reportaje novelado, afirmó sin aspavientos que acababa de crear un nuevo género literario: la no-ficción.

Era el año 1965 y el reportaje seriado de la revista *The New Yorker* causaría impacto tanto en los lectores como en la industria editorial. Capote, haciendo uso de su mirada periodística a la vez que de sus dotes literarias, había llevado a cabo una reconstrucción minuciosa de un caso real, aparecido entre las notas diarias de la sección policíaca del periódico, utilizando recursos de la ficción, para darlos a conocer como si se tratase de la trama de una novela.

Subtitulado como “Relato verdadero de un asesinato múltiple y de sus consecuencias”, el reportaje se centraba en el asesinato sin móvil aparente de la familia Clutter, unos granjeros de Holcomb, Kansas, cometido en 1959 por

---

<sup>1</sup> Capote, Truman. *A Sangre Fría*. Editorial Sol 90, Barcelona, España. 2000

Eugene Hickock y Perry Smith. Lo que más sorprendía es que Capote parecía saberlo todo de aquel extraño crimen que había conmovido a la pequeña localidad agraria. Para eso había vivido una larga temporada en Kansas y además había seguido la vida en prisión de los asesinos convirtiéndose en su confesor hasta que fueron ejecutados cinco años más tarde.

### ***La seducción del crimen***

Aunque todos los hechos noticiosos, todas las historias de la vida y de la muerte pueden ser materia del Nuevo Periodismo, la novela-reportaje de Capote inauguró un género con una marcada predilección por dos temas que seducirán en mayor proporción, tanto a lectores como escritores, durante las siguientes cuatro décadas: los de índole policial (crímenes) y los conflictos sociales (guerras).

Y esto no es de sorprender, el “crimen” como motor de expectación periodística es uno de los ganchos que han utilizados los diarios sensacionalistas por años. Tanto hoy como ayer, el crimen ha sido un tópico que interesa al público. Al interior de los medios de comunicación también estos hechos son valorados como “buenas historias”, ya que involucran confrontaciones dramáticas y morales y se constituyen en relatos de interés humano, aún cuando su abuso ha terminado por desprestigiar al género policial.

“...El periodismo de género policial, cuando no cede a las tentaciones del amarillismo, tiene el desafío de pelear un espacio en un mercado en el que sus temáticas suelen ser muchas veces banalizadas o consideradas de menor cuantía. Lo mismo sucedió, en su momento, con la propia literatura policial, durante años considerada un género menor”<sup>2</sup>.

Y precisamente al rastrear referencias de las primeras manifestaciones de la prensa policial, es posible encontrar estos vínculos entre la literatura y el periodismo de manera clara, a través del desarrollo de este género.

De hecho hay antecedentes de ciertas narraciones de crímenes –en algunos casos reales y en otros, provenientes del imaginario popular– donde

---

<sup>2</sup> Revista “Pistas”. 19 de diciembre de 1997. Buenos Aires, Argentina.

aparecen motivos policiales: “los cancioneros del crimen”. En estos textos se hace indistinguible el límite entre la ficción y la no ficción, y por lo tanto, podrían considerarse tanto expresiones literarias como periodísticas, desdibujándose la línea divisoria entre ambos tipos de discurso.

Entre otros fenómenos a considerar en este sentido está el surgimiento casi paralelo –en el marco de la prensa masiva de la segunda mitad del siglo XIX– de la crónica policial y el cuento policial de Edgar Allan Poe en Estados Unidos, y el folletín policial en Francia, iniciado por Emile Gaboriau. A partir de esto se podría sugerir una relación sólida y de largo aliento entre la literatura y el periodismo en el contexto del desarrollo del género policial.

¿Pero qué tienen estos hechos para causar tanto interés en lectores como en escritores-periodistas? Probablemente se deba a que la eterna intriga respecto a las motivaciones y hechos que hacen que un ser humano técnicamente “normal” desvíe el camino y elija hacer el mal, es uno de los grandes enigmas de la historia de la humanidad. Y por lo tanto también tiene un enorme impacto e interés en las audiencias, ya que de alguna forma describe el tipo de sociedad en que vivimos.

Emile Durkheim intenta explicar el fenómeno al afirmar que “el crimen hiere sentimientos que, para un mismo tipo social, se encuentran en todas las conciencias sanas y que un acto es realmente criminal cuando ofende los estados firmes y definidos de la conciencia colectiva”<sup>3</sup>.

Desde esta perspectiva los verdaderos crímenes son aquellos hechos que vulneran la convivencia humana desde una perspectiva universal. Y debido a esto, requieren un posterior castigo en todo tiempo y lugar. Sucesos como el parricidio, el asesinato con alevosía o el robo con homicidio, entre otros muchos, se inscriben dentro de esta categoría.

Hechos como estos ocurren a diario en todos los rincones del mundo e inmediatamente generan conmoción pública. Pero ¿qué provoca que algunas imágenes de estos sucesos queden registradas en la retina? ¿Por qué ciertas declaraciones, testimonios y hechos permanecen en la memoria colectiva? ¿Cómo se transforma su autor en un referente y mito respecto a su delito?

---

<sup>3</sup> Durkheim, Emile. La División del Trabajo Social. Editorial Akal, 1995. Barcelona.

Al revisar las páginas de la historia policial chilena es posible encontrar entonces a los “grandes criminales” que han figurado en las planas informativas del país. ¿Por qué ellos y no otros permanecen latentes como sinónimos de crueldad?

A través de la presente investigación se intentarán reconstruir las circunstancias que rodearon a cuatro de estos hombres. Tachados como criminales por la sociedad chilena y cuyos crímenes conmocionaron a la opinión pública en diferentes épocas y contextos sociales. Más aún, con el paso del tiempo, sus nombres han quedado asociados indeleblemente al concepto de maldad.

La propuesta será describir cómo, en qué contexto y bajo qué condiciones, hombres comunes llegan a convertirse en paradigmas de crueldad y perversión. El foco estará puesto en sus historias personales y cómo éstas se conectan con los hechos delictuales que protagonizaron.

La mejor forma de presentar estas historias y de comprender sus contextos será precisamente a través del llamado Nuevo Periodismo, un género que permitirá adentrarse de manera profunda en los recovecos de estos sucesos dolorosos e impactantes que durante su desarrollo mantuvieron en vilo a la sociedad chilena.

Para esta tarea se hace necesario hacer un pequeño recorrido por la evolución y alcance del Nuevo Periodismo como forma y técnica de enfrentarse a los hechos noticiosos.

### ***La ambición de Capote***

“A sangre Fría” causó la fama y fortuna de Truman Capote, así como el odio y la envidia de muchos de sus colegas, pero sobre todo abrió un debate en torno a la figura del periodista y su forma de trabajo. Y es que la investigación de Capote era sobre todo sorprendente, considerando el resultado: un texto que nada tenía que envidiarle a la mejor literatura y que sin embargo, como el mismo autor reconocía, se había realizado sobre la base rigurosa del periodismo. “Todos los materiales de este libro que no derivan de mis propias observaciones han sido tomados de archivos oficiales o son

resultado de entrevistas con personas directamente afectadas; entrevistas que con mucha frecuencia abarcaron un período considerable de tiempo”, expresa en el prólogo del libro.

Capote explicó al publicarse el relato completo que su ambicioso proyecto consistía en “escribir lo que yo denominaba una novela real, un libro que se leyera exactamente igual que una novela, sólo que cada palabra de él fuera rigurosamente cierta”<sup>4</sup>. El escritor fue aún más lejos y al describir las expectativas que le generó “A sangre Fría”, terminó haciendo la declaración de principios de lo que sería este nuevo género periodístico. “Con ‘A sangre fría’ quería realizar una novela periodística, algo a gran escala que tuviera la credibilidad de los hechos, la inmediatez del cine, la hondura y libertad de la prosa, y la precisión de la poesía”<sup>5</sup>.

En “Música para camaleones” el autor da a conocer las inquietudes que lo movilizaron a la búsqueda de nuevas formas de escritura: “Desde hacía muchos años, me sentía atraído hacia el periodismo como una forma de arte en sí mismo, por dos razones: primero, porque me parecía que nada verdaderamente innovador se había producido en la prosa, o en la literatura en general, desde la década de 1920, y segundo porque el periodismo como arte era casi terreno virgen, por la sencilla razón de que muy pocos escritores se dedicaban al periodismo y, cuando lo hacían, escribían ensayos de viaje o autobiografías”.

El golpe de timón de Truman Capote entusiasmó a otros periodistas y escritores que desencantados del periodismo convencional, decidieron embarcarse en aventuras similares para consolidar una nueva forma de contar historias verdaderas. Tom Wolfe, otros de los padres del Nuevo Periodismo, afirmaba por ejemplo: “Si un estilo literario nuevo podía nacer del periodismo, resultaba entonces razonable que el periodismo pudiese aspirar a algo más que una simple emulación de esos envejecidos gigantes: los novelistas”<sup>6</sup>.

De ahí en adelante los periodistas comenzaron a aplicar en su trabajo las técnicas y procedimientos de la ficción. El Nuevo Periodismo creció como una epidemia: fue adoptado por la mayoría de los periódicos *underground* que

---

<sup>4</sup>Capote, Truman. Música para camaleones, Anagrama, Barcelona, 1980,

<sup>5</sup> Ídem

<sup>6</sup> Wolfe, Tom. El Nuevo Periodismo. Editorial Anagrama. 1976. Barcelona.

proliferaron en aquella época, por grandes escritores, por algunos periodistas y medios tradicionales que poco a poco se fueron abriendo a estas nuevas posibilidades. Hacia 1969, como apunta Wolfe, prácticamente no existía nadie en el mundo literario que se permitiese desechar llanamente al Nuevo Periodismo como un género literario inferior.

### ***El anti estilo periodístico***

Pero este nuevo referente no solo consistía en una propuesta estilística renovada, también contenía en su esencia un nuevo espíritu ético respecto a la forma en que los periodistas debían plantearse ante las noticias y los hechos. Pretendía ser una especie de anti-estilo, opuesto al tradicional *statu quo* informativo del momento.

La idea era mantener un espíritu contestatario para así derribar las gastadas fórmulas del periodismo convencional anterior e imponer un nuevo estilo de enfrentar los desafíos periodísticos, una forma más creativa, pero también más profunda, comprometida e independiente. Probablemente, el hecho de dotar al periodismo de personalidad, más que el utilizar técnicas y artificios literarios en un estilo novelístico, fue lo que impulsó el desarrollo de esta renovación.

Lo cierto es que ahora los periodistas podían traspasar los límites convencionales de la disciplina de reportero y mostrar por primera vez en la prensa masiva e industrial, algo que hasta entonces sólo se encontraba en las novelas o cuentos: la vida íntima o emocional de los personajes. “Era un periodismo que se podía leer igual que una novela; un artículo se podía transformar en cuento fácilmente, o un reportaje tener una dimensión estética y novelada. Se podía recurrir a cualquier artificio literario”. Pero, sobre todo, era un periodismo involucrado, inteligente, emotivo y personal. El nuevo periodismo se convirtió, también, en una actitud, una postura ante la labor del informador.

Alberto Luengo afirma en su texto “El aporte del Nuevo Periodismo” que los “nuevos periodistas” venían de tres orígenes distintos: “Los escritores que buscaban un nuevo tipo de literatura de no ficción (el caso de Truman Capote, Norman Mailer), el caso de los periodistas de medios establecidos que

descubrieron la insuficiencia de las técnicas tradicionales (como Tom Wolfe) y los individuos no periodistas, provenientes de las numerosas subculturas que florecieron durante los años sesenta en los Estados Unidos (hippies, negros, universitarios rebeldes, homosexuales, feministas). Para todos ellos parecía natural un acercamiento a los hechos desde una perspectiva más personal e integrada, generando un contacto más prolongado y profundo con los personajes involucrados para conocer realmente la verdad que corría bajo la superficie”<sup>7</sup>.

En ese sentido este nuevo género permitía exactamente eso, romper con los estrechos márgenes que permitía el periodismo informativo para centrarse en detalles menos obvios y probablemente más reveladores para lectores ávidos de conocer el “lado b” de las historias oficiales. De esta forma el Nuevo Periodismo le otorgaba una libertad absoluta al reportero a la hora de escribir sus temas, exigiendo una única condición: honestidad personal y el deseo íntimo de buscar la verdad, cualquiera fuera esta.

Luengo agrega que “la opinión no estaba proscrita del nuevo periodismo. Así como tampoco la exhibición, a veces desgarradora, de la propia reacción ante los hechos”. Los “nuevos periodistas” rompían de esta forma con el espejismo de la objetividad exhibiendo sus propias vivencias y reflexiones en torno a los hechos. El autor cita a Antony Smith, para explicar que dentro del terreno del nuevo periodismo los reporteros podían ofrecer su experiencia como parte de su material sin por ello comprometer su precisión o su objetividad. “Ahora podían sentirse libres de utilizar sus emociones como guía ante los hechos”, remata.

La innovación era total, sin embargo necesitaba también un trabajo mucho más riguroso y pormenorizado de los personajes o sucesos que querían investigarse. Dentro de las muchas técnicas que fueron apareciendo, los cultores del género, como cuenta Luengo, fomentaron la costumbre de convivir varios días con la gente sobre la que estaban escribiendo, semanas en algunos casos. Tom Wolfe, quién llegó a convertirse en uno de los grandes exponentes del Nuevo Periodismo, contaba que “tenían que reunir todo el material que un periodista persigue y luego ir aún más allá. Parecía primordial estar allí cuando

---

<sup>7</sup>Luengo, Alberto. El aporte del Nuevo Periodismo. Revista Comunicación y Medios n°4. Universidad de Chile. Diciembre de 1984.

tenían lugar escenas dramáticas para captar el diálogo, los gestos, las expresiones faciales, los detalles en el ambiente”<sup>8</sup>. Wolfe incluso declaró que la cantidad de información, tanta y de tal profundidad, jamás se había exigido en la labor periodística, pero que era la única garantía de que el artículo resultante fuera verídico.

### ***Ficción o no ficción: esa es la cuestión***

Algunos autores, como Tomás Eloy Martínez, plantean que en el Nuevo Periodismo yace el futuro del periodismo escrito para combatir la avalancha informativa de la televisión e Internet. Sin embargo, más allá de la renovación que significó el nacimiento de los relatos de no-ficción, este género también ha instalado debates y cuestiones que aún no están del todo resueltas en esta disciplina. El punto de conflicto surge porque esta corriente se sitúa en una tensión constante entre el periodismo y la literatura. Esto debido a que en sus textos no solo se anulan ciertos preceptos clásicos del periodismo, sino que también cuestiona muchos postulados de la literatura.

“Históricamente, la novela ha sido asociada a la ficción, es decir, a la narración de hechos imaginarios. De la misma forma la tradición periodística ha logrado imponer una estructura para la redacción de noticias, prescindiendo mayoritariamente de recursos estilísticos vinculados a la literatura”<sup>9</sup>.

Superado este primer escollo formal, aparecen otras discusiones. Algunos autores plantean que, aunque los relatos de no-ficción deben basarse en materiales e investigaciones periodísticas, cualquiera sea su registro, dicho material y su narración pueden transformarse y por lo tanto no serían una repetición de lo real, sino que constituirían otra realidad regida por leyes propias. De esta manera, se narran sucesos reales, aplicando técnicas de la ficción. Esta narrativa da lugar a un juego ambiguo de lecturas: los relatos de no-ficción podrían leerse como textos periodísticos y a la vez literarios.

En esta área es donde aparece el debate respecto a la credibilidad y pertinencia de utilizar ciertas técnicas que podrían desvirtuar los principios

---

<sup>8</sup> Ídem

<sup>9</sup> Beinstein, Carol. Nuevo Periodismo: el constante cruce de la realidad y la ficción. En [http://www.bdp.org.ar/facultad/catedras/comsoc/redaccion1/liberatore/2006/10/la\\_no\\_ficcion\\_en\\_el\\_limite\\_ent.php](http://www.bdp.org.ar/facultad/catedras/comsoc/redaccion1/liberatore/2006/10/la_no_ficcion_en_el_limite_ent.php)

periodísticos. De todas formas Wolfe ya había planteado una distinción que haría aún más incómoda la posición de los nuevos periodistas al desterrar la idea de retrato fiel de la realidad. “Los textos no ficcionales tienen como rasgo fundamental la búsqueda de la verdad de los hechos. Aunque esta verdad que se muestra no es otra que la simple verdad del autor, por eso el Nuevo Periodismo rechaza el concepto de ‘verosimilitud’ como ‘ilusión de realidad’, como intento de hacer creer que el texto es un reflejo fiel de lo real”.

Sin embargo, tal como plantea Tomás Eloy Martínez: “En los textos del periodismo narrativo la realidad se estira, se retuerce, pero jamás se convierte en ficción. Lo que allí se pone en duda no son los hechos sino el modo de narrar los hechos”.

La frontera entre textos “literarios” y “periodísticos” es más delgada de lo que puede parecer. Casos polémicos en este sentido hay bastantes. Uno de los más recordados es el de la periodista Janet Cooke, que a los 26 años escribió la vívida y dolorosa historia de Jimmy, un niño heroinómano de ocho años que era inyectado diariamente por la pareja de su madre. El texto fue publicado en la primera página del Washington Post en 1980, causando gran revuelo y por supuesto generando muchísimos elogios a la reportera. Tanto así que meses más tarde su historia fue galardonada con el Premio Pulitzer de periodismo, probablemente el más prestigioso galardón que puede recibir un periodista.

Sin embargo Jimmy no era real. “En las primeras horas del 15 de abril de 1981, Janet Cooke confesó que era una invención: Jimmy no existía, y tampoco el concubino. Desde ese momento la expresión ‘Janet Cooke’ se hizo sinónimo de lo peor en el periodismo norteamericano, tal como la palabra ‘Watergate’ significó lo mejor”<sup>10</sup>.

A pesar de que la reportera insistió en que, aunque el niño era inventado, representaba a muchos pequeños que se encontraban en la misma situación y que por lo tanto cumplía con los fines que persigue el periodismo de denunciar este tipo de situaciones, tuvo que devolver el premio. El caso avivó una vez más las eternas discusiones acerca de los límites entre periodismo y literatura. No obstante estos debates sigan existiendo, una cosa es clara, el

---

<sup>10</sup> Sánchez, Miguel Ángel. En <http://www.cem.itesm.mx/dacs/publicaciones/logos/jojos/2006/abr3.html>

Nuevo Periodismo permite que emerjan dos esferas que ningún otro género periodístico logra. La obra en sí misma cobra una importancia tan real como la del acontecimiento. Se requiere, por tanto, que el lector participe de éste pero también de la obra, es decir, que se sumerja en dos realidades distintas, pero paralelas y complementarias: la del acontecimiento y la de su relato.

### ***Estrategias de los nuevos periodistas***

Dentro de las “reglas” del estilo novoperiodístico se distingue principalmente la importancia prioritaria que el periodista le otorga a la **forma** de transmitir los hechos noticiosos. El ideal del Nuevo Periodismo no es solo informar, aunque por supuesto también es una prerrogativa, sino además sorprender al lector, emocionarlo, llevarlo a una reflexión más profunda y cercana que le permita una conexión directa con el texto y el suceso. Es decir, considerar al lector como un receptor activo, y no pasivo, de la historia. En este sentido la única y verdadera regla es recuperar su atención, contra el cansancio de leer en los diarios textos fragmentados y carentes de significado. De ahí que “nuevos periodistas” como Wolfe jugaran tanto con la mezcla de géneros, las voces narrativas o los artificios en sus textos.

Precisamente la obsesión de Wolfe por conectar con su audiencia de manera innovadora lo llevó a realizar interesantes experimentos, como por ejemplo la presencia del “narrador insolente”, una voz rabiosa y comprometida que interpretaba los hechos al tiempo que interpelaba a los lectores. Wolfe planteaba que si el periodista, para ser más efectivo, quería saltar del punto de vista en tercera persona a otro en primera dentro de la misma escena, o dentro y fuera del punto de vista de diferentes personajes, o incluso de la voz omnisciente del narrador al monólogo interior de un personaje, debía hacerlo.

Siguiendo esta premisa, Wolfe se convirtió en maestro del género e incluso elaboró un decálogo con los procedimientos estilísticos a los que podía recurrirse para elaborar un buen texto en esta área periodística. Dentro de los más interesantes destacan:

a) Punto de vista en la tercera persona: Wolfe define de esta forma a la narración en la que el autor desaparece del texto para presentar el testimonio del protagonista de forma desnuda, dejando que él cuente su propia historia. En este caso cada escena se presenta a través de los ojos de un personaje particular, para dar la sensación de estar metido en su piel y experimentar lo mismo que él. Se trata en realidad de que el personaje hable por él mismo, en su propia voz, como si fuera quien cuenta, y no el periodista.

b) Construcción escena por escena: Esta técnica consiste en reconstruir el escenario y describir las acciones y personajes. Básicamente se refiere a escenificar la situación a través de descripciones, diálogos e imágenes. Es decir contar la historia saltando de una escena a otra y recurrir lo menos posible a la mera narración histórica.

c) Diálogo realista: Reproducir textualmente las palabras del personaje, con sus interjecciones, redundancias, entonaciones y modismos de lenguaje, con el fin de retratar mejor a los personajes. Wolfe se valía incluso de la utilización de los signos de puntuación de manera especial para reforzar las frases.

d) Descripción significativa: Una de las formas de construir los relatos del Nuevo Periodismo es a través de esta técnica que intenta capturar la relación de gestos cotidianos, hábitos, modales, costumbres, estilos de mobiliario, de vestir, de decoración, estilos de comer, de comportamiento frente a niños, empleados, jefes, pares, para descubrir la verdadera naturaleza de los personajes o hechos. La idea es aproximarse al esquema completo de actitudes y bienes con los que las personas expresan su posición en el mundo.

e) Nuevo lenguaje periodístico: Además de la libertad a la hora de estructurar los relatos, este género aboga por un lenguaje igualmente flexible a la hora de conformar los textos. “El lenguaje periodístico desiste de crear una apariencia de orden y seguridad para sumergirse en una percepción personal,

emotiva y caótica del mundo”<sup>11</sup>. Por ejemplo, James Breslin utiliza su propia forma cotidiana de hablar para escribir sus artículos; Tom Wolfe adopta el habla de sus personajes dejando traslucir sus manías y su forma peculiar de expresarse. Se trata de escribir tal como los personajes hablan, piensan o sienten, o, en su defecto, como el propio autor es capaz de contar lo que ve y siente según su estado de ánimo ante los hechos.

f) Imágenes: El Nuevo Periodismo propone utilizar la fuerza de la imagen, el impacto visual, para crear un acercamiento emocional, casi instintivo, más que intelectual, a un mundo cada vez más complejo. Las exclamaciones, las repeticiones interminables de palabras, el uso de términos sin significado literal dentro de un contexto, los dibujos y caricaturas propias o ajenas, apelan constantemente al mundo sensorial del lector.

g) Metaperiodismo: Dentro del esquema que propone el Nuevo Periodismo, el hablar de sí mismo también es una posibilidad. De esta forma dentro del texto también es posible hablar de su propia elaboración, con el fin de disipar las dudas acerca de la veracidad o credibilidad del artículo o reportaje, y con ello, también, sobre la honestidad del autor.

Esto tiene que ver con la reivindicación de la subjetividad como vía para llegar a la verdad de las cosas. Sin embargo, la conciencia de la multiplicidad de miradas respecto a un mismo hecho y la posibilidad de sesgos en el mismo periodista hace importante saber a través de quién percibimos esa realidad y las circunstancias en las que el autor la vivió.

---

<sup>11</sup> Beinstein, Carol. Nuevo Periodismo: el constante cruce de la realidad y la ficción. En [http://www.bdp.org.ar/facultad/catedras/comsoc/redaccion1/liberatore/2006/10/la\\_no\\_ficcion\\_en\\_el\\_limite\\_ent.php](http://www.bdp.org.ar/facultad/catedras/comsoc/redaccion1/liberatore/2006/10/la_no_ficcion_en_el_limite_ent.php)

## ***Los Elegidos***

Todas estas técnicas, que consiente o inconcientemente han utilizado los cultores del género del Nuevo Periodismo por décadas, sirvieron ya sea como referencia o uso práctico, para la elaboración de esta memoria. Esta elección no es azarosa, pues aunque se trata de reconstruir las motivaciones, el contexto y las realidades de sujetos condenados, no sólo en la esfera judicial, sino también a nivel social, el espíritu de esta investigación es abordar los diferentes hechos desde una perspectiva amplia que no juzgue ni condene a priori a los personajes sino que intente adentrarse en los distintos conflictos y matices de su realidad. Y por ello el Nuevo Periodismo es la mejor herramienta para “contar desde dentro” los diferentes incidentes que desencadenaron los hechos que los convirtieron en criminales y profundizar en los perfiles de sujetos que ya son parte de la memoria colectiva por sus actos.

Lo interesante es que la revisión de aspectos privados de los protagonistas de esta investigación, sus historias personales y su intimidad, abren la puerta a problemáticas y debates latentes por años en la sociedad chilena: La pena de muerte, el abuso de menores, el control de la delincuencia, el celibato sacerdotal, por nombrar algunos.

Así el primero de los personajes “elegidos” es Jorge del Carmen Valenzuela Torres, convertido en un personaje de culto de la historia reciente de nuestro país por ser el centro de una las películas más aclamadas y recordadas de la cinematografía nacional. Valenzuela Torres, más conocido como el “Chacal de Nahueltoro”, condenado a la pena de muerte, pero absuelto socialmente por su transformación durante su estadía en la cárcel, resulta un personaje ineludible en la historia policía chilena por sus enormes contrastes. El “Chacal de Nahueltoro” habla de un Chile casi olvidado. Precario, inculto, asustado. Su historia es la crónica de una época donde la pobreza, el alcohol y la violencia eran la única realidad posible para un amplio sector de la sociedad. El tema de la pena de muerte, el rol de la prensa y la falta de oportunidades son elementos centrales para abordar la historia de este personaje, que hoy, cuarenta años después, se pierde entre el mito de su arrepentimiento y muerte.

Quedan pocas pistas tanto en Nahueltoro como en Chillan, los dos principales escenarios de su existencia, de su “vida real” y del crimen que estremeció al país. En este sentido la apuesta será recorrer ambos caminos que finalmente lo llevaron a convertirse en leyenda.

El segundo personaje, aunque tiene un contexto similar a Jorge del Carmen, en cuanto a la pobreza, la soledad y la falta de afecto en el que creció, es también diametralmente opuesto: José Roberto Martínez Vásquez. Uno de los delincuentes más recordados y probablemente más mediáticos de los últimos años. Apodado el “psicópata de la Dehesa” destacó por su capacidad discursiva y su compleja personalidad. Escribía, pintaba y aparentemente tenía una alta inteligencia, que se refleja en la forma en que interactuó con los medios de comunicación. De alguna forma quiso ser el delincuente más temido de Chile y al mismo tiempo cuestionar a la sociedad que jamás le dio una oportunidad. Dueño de un mundo interior complejo y un código moral donde el rencor y la rabia eran los motores de sus actos “justicieros”. En este sentido, descubrir su discurso y mirada ante los actos que cometía y a los que fue sometido, además de conocer la forma en que realizaba sus delitos, permitirá un contrapunto interesante para adentrarse en este personaje.

La tercera historia tiene dos protagonistas: un padre y una hija. Y un escenario distinto, situado en el corazón del barrio alto. Alejandro Schayman se convirtió a mediados de los noventa en el rostro de un fenómeno que a pesar de ocurrir cotidianamente, parecía invisible: el maltrato infantil. El caso involucraba brutales golpes contra un bebé recién nacido; su hija Tamara.

Esta es una historia que refleja el horror del maltrato infantil, los conflictos familiares escondidos bajo la alfombra, y la caída de un exitoso profesional que reside en una acomodada comuna de Santiago y que se convierte en un paria para su círculo social. Su desequilibrio psicológico y el misterio de un odio sin explicación resultan llamativos para tratar de adentrarse en la relación que él estableció con su hija y el destino de un proceso judicial que se ha alargado por más de una década.

El último personaje se inscribe en nuestra historia policial por ser el primer cura en Chile condenado por abusos sexuales. José Andrés Aguirre Ovalle, el cura Tato. Un hombre de buena situación social que se convirtió en el sacerdote “choro” ganándose la confianza de todos para cometer abusos

sexuales con sus alumnas. Una historia que habla de traición a la vocación y fe religiosa, además del aprovechamiento de la confianza que produce la iglesia católica en la sociedad chilena. Un ingrediente adicional es la complicidad de las autoridades eclesiales y el doble discurso de éstas a la hora de enfrentar públicamente la situación.

Para desarrollar cada una de estas historias, durante esta investigación se trabajaron los cuatro perfiles a partir de diferentes ejes. Los más importantes tenían que ver con los aspectos biográficos relevantes de los personajes, donde se buscó reconstruir sus vidas antes de ser conocidos por sus delitos. Luego se revisó la cronología de los hechos que los llevaron a ser nacionalmente famosos, para finalmente tratar de determinar el destino de ellos después de darse a conocer su participación en actos criminales. Todo esto, situados en el epicentro de cada uno de los casos.

La investigación se articuló sobre la base de fuentes documentales (archivos de prensa, expedientes judiciales, reportajes televisivos) y fuentes testimoniales (cercaños, testigos y actores involucrados en los casos.) Además se recurrió –mediante entrevistas o consultas bibliográficas- a expertos para aclarar conceptos, en un universo temático donde se dan cita el periodismo, los tecnicismos jurídicos y científicos, la psicología social y también las llamadas dimensiones valóricas .

“Lo que sigue mal que me pese es una reconstrucción. O si alguien quiere una invención: una realidad que resucita. Antes de escribir estas páginas tuve mis dudas. Cómo hay que contar esto: ¿Alcaraz habla, yo hablo, alguien escucha o hablamos todos a la vez, jugamos al libre juego de leer escribiendo?”

Tomás Eloy Martínez, “Santa Evita”

“Todo lo que cuento aquí son hechos, lo que no significa que se la verdad, pero si todo lo que puedo aproximarme a ella. El periodismo nunca puede ser del todo puro, como tampoco lo es una cámara; después de todo el arte no es agua de vertiente; las impresiones personales, los prejuicios, la selección que uno mismo hace, contaminan la pureza de la verdad sin gérmenes”

Truman Capote.

## CAPITULO UNO.

*Jorge del Carmen Valenzuela Torres:*

### **EL SANTO CHACAL**

“Tantas veces me mataron, tantas veces me morí.

Sin embargó estoy aquí, resucitando”

**“Como la cigarra” de María Elena Walsh**

Dijeron que no iba a sobrevivir, que sus días estaban contados. Dijeron que el infierno sería su eterna morada. Fue un lunes 19 de septiembre de 1960, cuando la escasa suerte que alguna vez tuvo Jorge del Carmen Valenzuela Torres se acabó para siempre.

Su debilidad, o más bien su torpe instinto, lo perdía de nuevo. Sabía que todo Chillán lo buscaba. Sabía, por los rumores que azotaban el campo, que nadie hablaba de otra cosa. Como pólvora había prendido la historia de un asesino temible que eliminó uno a uno a cinco pequeños niños y que ahora estaba libre, rondando por la inmensidad de los predios de la región. Él lo sabía, estaba conciente de que era el protagonista de esa historia de sangre y terror, aunque no recordara los detalles del crimen. Sin embargo, antes que el miedo a ser descubierto, pudo más su obsesión por el aguardiente.

Durante 24 días y 24 noches aguantó la presión. Se escondió en medio de las montañas, recorrió la cordillera y soportó las gélidas brisas nocturnas con la certeza que el resto de su vida pendía de ello, mientras la ciudad, primero, y el país entero, después, se preguntaban quién era el chacal capaz de tanta saña. Hasta que un día no resistió más y emprendió el regreso al pueblo.

Agotado, sucio, caminando como un sonámbulo sin poder dirigir sus pasos. Guiado por la inercia de una necesidad más fuerte que su propia voluntad. Presa de un deseo profundo e hipnótico, de una sed tan asfixiante que más parecía embrujo o maldición. Jorge Valenzuela Torres caminó sin cesar, utilizando la brújula natural que había adquirido por años de experiencia recorriendo esos terrenos como peón sin hogar. Y sin saber cómo, apareció en las tradicionales fondas de la calle General Cruz.

Eran cerca de las ocho de la noche, las ramadas aún estaban abiertas y repletas de gente que celebraba alegremente las primeras Fiestas Patrias de la década. Las banderitas chilenas de papel reinaban en todos los rincones. Las palmas, los pañuelos y el vino eran los grandes protagonistas de aquel carnaval nacional, donde el pueblo desahogaba sus penas.

En Santiago el Presidente Jorge Alessandri Rodríguez había finalizado la parada militar, desarrollada una vez más con toda tranquilidad y orden en el Parque Cousiño. Solo quedaban un par de horas para que la fiesta por “el cumpleaños” número 150 de Chile terminara y el país volviera a la “realidad”. Una bastante distante del espejismo de las fiestas patrias. Y es que las preocupaciones nacionales eran diversas. Solo Santiago contaba con 68 mil cesantes. Y según los estándares internacionales el rendimiento de los campos chilenos estaba muy por debajo respecto de los países industrializados. En ese mismo sentido, se alistaban los preparativos para recibir a comisiones norteamericanas que evaluarían la inclusión del país en la “Alianza para el Progreso”, un proyecto creado en Estados Unidos que prometía apoyo técnico y esperanza a los más necesitados, si el país desechaba las ideas socialistas impulsadas por la Unión Soviética y Cuba.

Pero en Chillán la fiesta continuaba. Vestido con un manto rasgado y sucio, Jorge se sentó a beber como si supiera que los tragos que tomaba eran los últimos que podría disfrutar. Su barba de varios días y sus pronunciadas ojeras eran la viva imagen de un fracaso inevitable. Su cuerpo revelaba un cansancio absoluto, rotundo y demasiado parecido a la derrota. En medio del gentío que atiborraba el lugar, la angustia con la que Jorge bebía era tan llamativa que terminó despertando el interés de los dos carabineros que estaban de guardia en la ramada. El cabo José Peña y el carabinero Jorge Vásquez, asignados para resguardar la seguridad e impedir las usuales

grecas entre borrachos, comenzaron a observarlo. Sin llamar la atención se acercaron a él. A esta altura Jorge, absolutamente borracho, se había levantado de la mesa y bailaba con frenesí la que sería su última cueca. De pronto el cabo Peña, recordó que en el estuche de las balas había guardado el recorte con la fotografía del “chacal”, publicada como exclusiva días antes por el diario La Discusión.

–No te muevas –dijo el carabinero desenfundando su arma y ubicándola frente a los ojos del criminal, unos segundos después. No pudo evitar sonreír, después de todo había encontrado al delincuente más buscado de la región.

Ambos policías solo tenían sus caballos y ante la premura del descubrimiento, optaron por conseguir rápidamente un vehículo con los vecinos del lugar y trasladar al célebre asesino al retén Pemuco. A las ocho de la mañana del día siguiente dieron aviso a los superiores y, en menos de una hora, todas las autoridades estaban en el lugar. El hombre de 20 años, 1.60 de estatura y escuálidos 60 kilos, confesó rápidamente. Era él el responsable de las muertes de Rosa Rivas Acuña y sus cinco hijos.

–Ya no me importa la vida, señor. Lo único que quiero es que me maten luego –decía minutos más tarde al intrépido periodista de La Discusión que logró colarse en el radiopatrulla que lo trasladaba a noventa kilómetros por hora al retén de Chillán, en una caravana que crecía a medida que avanzaban.

La noticia se esparció rápidamente. El suspenso que mantuvo en ascuas a la población durante casi un mes llegaba a su fin. “La bestia humana”, como lo apodó la prensa, al fin tenía rostro. Y todos querían verlo, mirarlo a los ojos y gritarle su desprecio. Grupos de pobladores y campesinos esperaban a la vera del camino para manifestar su amargura: “¡Asesino!” “¡No debían llevarte vivo, canalla!”. Gritos que retumbaban como eco a lo largo de la carretera.

La ciudad estaba revolucionada, las radios interrumpían sus transmisiones para dar despachos en directo y la gente esperaba en las ventanas la llegada del criminal.

El furgón se detuvo y el ansia se convirtió en furia. Una anciana de aspecto humilde, manos curtidas y pañuelo multicolor cubriendo su cabeza, se abalanzó sobre el vehículo y trato de forzar la puerta; “¡¡Voy a matar a este bandido!!”, gritaba con desgarro.

Cuando Jorge del Carmen Valenzuela Torres finalmente descendió de la radiopatrulla 102, llovía tenuemente sobre Chillán, no obstante, quinientas personas y mil ojos lo observaban con violencia. “¡Monstruo!” “¡Mal nacido!” “¡Cobarde!”, se escuchaba una y otra vez.

Su mirada buscaba un foco donde detenerse, aunque todo parecía borroso e irreal. Los periodistas intentaban arrebatarse palabras para completar sus despachos y la gente trataba de golpearlo, mientras los carabineros hacían lo imposible para sacarlo vivo de ahí y llevarlo a su prisión. Entre el caos y los empujones sus ojos se centraron en el equipo de transmisión de la Radio Ñuble. Como en una extraña epifanía, el asesino se sintió fascinado por el artefacto que permitía que toda la ciudad se enterara de la noticia de su arresto. Instantes más tarde su figura se perdía en la entrada de la comisaría, ubicada frente a la iglesia de la ciudad.

\*\*\*

Eran las 16:15 cuando ingresó a la celda número tres de la sección “incomunicados” ubicada al sur de la prisión. El juez sumariante a cargo del caso, Gabriel Poblete Poblete, había dictado orden de aislamiento a primera hora del día. Los guardias ya estaban organizados para vigilarlo, cada tres horas se renovarían los turnos de gendarmes que debían observar cuidadosamente cada uno de sus movimientos.

Jorge contempló un momento ese espacio. De las nueve celdas, la suya era la única ocupada, por eso cada uno de sus movimientos retumbaba. Solo tenía un colchón y una manta vieja. Pero esto no era nada nuevo, estaba acostumbrado a la soledad y el vacío.

Quince minutos más tarde tenía en frente una olla de comida. No pudo evitarlo y con la fuerza de una convulsión se lanzó a devorar sin detenerse, primero con la cuchara y después simplemente con las manos hasta que no quedara nada. Cuando no hubo ni un resto en el pote subió la mirada, respiró, y observó el rostro expectante del cabo que lo vigilaba.

–Si hubiera más también me la serviría, llevo tantos días sin probar ni una cosa– dijo. No hubo respuesta de parte del uniformado y el pasmoso silencio regresó en plenitud. Solo, como siempre estuvo, se entregó al sueño

de manera plácida y total como nunca en sus 20 años de vida. No sabía si sobreviviría y extrañamente no sentía urgencia por averiguarlo. Llevaba demasiado tiempo escapando y tratando de sobrevivir.

\*\*\*

No tenía noción de su fecha de nacimiento, pero tenía certeza que su historia había empezado en un fundo. En “Lo Bórquez”, a 24 kilómetros al interior de Chillán. Sus padres, al igual que él, eran “afuerinos”. Campesinos nómadas que trabajaban la tierra de sol a sol para un patrón que los dejara instalarse en un pedazo de sus tierras. Gente humilde acostumbrada a existencias breves, penosas y sacrificadas; amenazadas constantemente por la enfermedad, la inquietud y la muerte.

Malvina Torres Mella, nacida en algún mes de 1920 y Carlos Valenzuela Ortiz, su esposo, no tenían educación ni otra ambición que conseguir la comida que les permitiera pasar el día. Su máximo anhelo era encontrar un “buen patrón” que los cobijará en sus tierras y fuera “justo”. En ese eterno éxodo llegaron a la propiedad de Olivio Fuentes, donde se instalaron a trabajar y vivir en una pequeña ramada ubicada en uno de los rincones de la inmensa propiedad.

Tal como para la mayoría de los peones, su único escape era beber. La violencia, por lo tanto, inevitablemente formaba parte de los sucesos cotidianos. Durante sus primeros años, Jorge no conoció de colegios ni de profesores, sino de golpes y gritos. Su deber era ayudar a alivianar la carga de sus progenitores y trabajar con ellos sin importar su edad. Por eso, cuando su padre murió a manos de otro peón en una pelea de borrachos, escapó sin pensarlo dos veces. Jorge tenía solo ocho años de edad, sin embargo hacia tiempo que quería huir de los continuos maltratos que recibía y buscar vida como tantos otros campesinos lo hacían.

Su primera aventura fue convivir con la naturaleza, volverse parte del paisaje y acostumbrarse a una existencia salvaje. Tenía la certeza de que la vida comenzaba en el bosque y seguía en el río o en los montes. Por eso nunca tuvo miedo de lo que le deparara ese entorno. Empezó el viaje y caminó durante días por las pedregosas rutas de la región del Bío-Bío.

Comenzó a robar frutas y animales, elaborando un sencillo sistema que le permitiera sobrevivir. Habían pasado días o semanas quizás, y estaba cerca de San Fabián, otro pueblito de la región, cuando un carabinero lo recogió por considerarlo un “niño vago”.

–¿Cómo te llamas? –preguntó el carabinero. Jorge no respondió.

–Ya “Campano”, súbete no más, –gritó el cabo Ulloa aludiendo a las “campanitas”, flores que crecen a la orilla de los caminos y que Jorge se había acostumbrado a masticar a todas horas. Ese fue su apodo durante un tiempo. Ya vendrían muchos otros.

Cuando tenía 20 años, después de más de una década de peregrinaje, regresó sobre sus pasos y llegó a su antiguo “hogar” como el hijo pródigo. Sin embargo, no hubo bienvenida para él. Su madre, más sorprendida que alegre, lo recibió con un abrazo. Pero las sorpresas recién empezaban. Jorge tardó varios minutos en reaccionar cuando se enteró que ahora tenía dos nuevos hermanos, hijos, nada más y nada menos, que de su medio hermano Juan Miguel Valenzuela Henríquez.

Juan era hijo de una pareja previa de su padre, pero había vivido con ellos desde que tenía memoria. Cuando su padre murió, Juan tuvo que tomar las riendas del hogar y se quedó, como en una tragedia griega, con la esposa de su padre, una situación nada de extraña en los campos chilenos en aquellos años.

La pareja llevaba años junta y fruto de la relación habían nacido Sonia y Juan, con lo cuales Jorge tenía un parentesco extraño que ni siquiera intentó descifrar. Mal que mal eran sangre de su sangre y ese era el único dato realmente importante.

Tomó, durmió, prestó algo de ayuda y al cabo de un mes con su familia volvió a emprender la marcha a la vida que conocía. No podía evitarlo, ahora era un hombre sin domicilio ni hogar. Aparecía de repente, trabajaba cuando quería y se iba sin avisar. A eso se reducía su existencia y ya no había forma de cambiarla.

\*\*\*

La primera noche en la cárcel fue el indicio de que ese sería el lugar donde sería más feliz. Después de su plácido sueño lo despertaron a las 6:45 A.M. para tomar café. Cerca de las doce almorzó, “como si se fuera a acabar el mundo”, un plato de porotos con riendas. Nunca tuvo horarios ni certezas. Ahora la vida parecía ordenada y segura.

A las 14:45 fue llevado ante el juez Gabriel Poblete, quien lo interrogó por cuatro horas y media.

–¿Por qué la mataste?

–No lo sé, fue la malura de cabeza.

–Explíquese...

–Ese día estaba curado, señor. Ella misma me había traído una calabaza de vino de donde el “Manco”. La ñora también estaba puesta, señor. Comenzamos a discutir porque yo me la traje del otro fundo. Y cómo ella se puso altanera me hirvió la sangre y le atraqué un palo en el “celebro.”

La historia de Jorge y Rosa había comenzado solo meses atrás. Jorge apareció un día de julio de 1960 en el fundo “Las Encinas” junto a Luís Pereda, el conviviente de la hija de Rosa, Olivia, como era su costumbre, a pedir trabajo. Rosa se ocupaba de sus quehaceres y mientras cuidaba a sus cinco pequeños hijos que le ayudaban a terminar sus trabajos, Jorge se acercó y le preguntó por el patrón. La mujer, además de entregarle la información, le dio un vaso de agua porque lo notó cansado. Él le contó que había pasado frío y hambre, pero que quería trabajar. Así comenzó un romance fugaz, veloz, una atracción que tenía más que ver con la necesidad de ambos de seguir sobreviviendo.

Rosa Elena Rivas Acuña, tenía 38 años y había enviudado hacía seis meses estando embarazada. Su marido, Oscar Sánchez Sánchez, había muerto en una pelea en diciembre de 1959, dejándole como única herencia sus cinco pequeños hijos. Él la golpeaba regularmente, pero era su esposo y lo respetaba, incluso, podía decir que lo quería con uno de esos cariños extraños, que más parecen una pesada condena que un sentimiento.

La vida sin un hombre era difícil y sus fuerzas se veían disminuidas día a día. Su esposo era inquilino, pero si ella no cumplía con las labores a su cargo, el trato se terminaba sin importar los años de servicio o el destino de sus

hijos. A pesar de intentar multiplicarse, ella no lo lograba y Jorge apareció un día como una esperanza, esas que nacen de improviso y que invitan a creer que las cosas pueden mejorar. Era un hombre joven, trabajador y que ostentaba una caballerosidad que ella ya había olvidado. Le ofreció ayuda y regalos incluso, como aquellas piernas de carne de cordero que le entregó al segundo día de conocerla.

La historia se repitió. Cada dos o tres días aparecía con la mejor carne que ella y su familia habían comido en años. Un hombre como ese no podía desperdiciarse, pensó, por eso en menos de dos semanas ya vivían juntos. Ella prácticamente no lo conocía, pero quería creer que era lo mejor para su vida. Algo similar le pasó a Olivia, la hija mayor de su primera pareja, que con la misma velocidad había empezado sus amores con Luís Pereda Rosales, el otro peón recién llegado. La muchacha tenía 17 años y ya era considerada toda una mujer, por eso no le sorprendió que empezara un romance con aquel hombre.

A pesar de que Luís fue quién encontró a Jorge en el camino y lo llevó al fundo, Jorge convenció a Rosa de que no podían vivir todos en la misma casa, que pronto emigrarían a otro lugar y que era tiempo de que Luís y Olivia “buscaran su propia ruquita, porque los casados tienen que tener casa”. Y así fue. A los pocos días la joven pareja partió a buscar suerte a los arrozales de Linares, donde vivía un primo de Luís, en Mesamávida, una pequeña localidad ubicada en Longaví.

Pero la tranquilidad no duró mucho. Rosa no daba abasto con las labores de la casa y al dueño del fundo no le gustó que viviera con un hombre extraño. El mayordomo del lugar, Ramón Romero Fuentes, les llamó la atención y Rosa intentó explicarle que se trataba de un hermano y que se iría a la mañana siguiente. Pero los días transcurrieron y Jorge se instaló definitivamente. Sin mediar otra advertencia, un día a mediados de agosto, el dueño ordenó su desalojo. Carabineros irrumpió en su precaria vivienda y arrojó cada una de sus cosas fuera del lugar. Rosa gritó y lloró. Se aferró a las frágiles paredes de su casa e imploró por sus niños, por piedad, no tenía donde vivir, no tenía nada más que ese trozo de tierra prestado. Sin embargo, ninguno de sus lamentos logró conmovir a la autoridad. Ella y sus hijas ya no eran bienvenidas en aquel predio y tuvo que salir cargando sus escasos bienes para empezar de cero en otro lugar. Era la ley de los campos.

El balance de poder cambió desde entonces. Antes Jorge tenía influencia sobre Rosa, pero quién tomaba las decisiones finales como dueña de casa era ella. Ahora el “Canaca” como era conocido en los campos, era quién debía hacerse cargo de la situación y tomar el mando.

Caminaron hasta que anocheció y con la guía de Valenzuela llegaron hasta la isla de río Ñuble, conocida como “La Alfalfa” y perteneciente al Fundo Nahueltoro, propiedad de Luís Dinamarca Ubilla.

La isla era una pequeña porción de tierra que aparecía todos los años en esa época con el descenso de las aguas del río Ñuble. El terreno gozaba de abundante vegetación, matorrales, zarzamoras, arbustos variados, pastos, lo que la hacía un lugar especialmente idóneo para el pastoreo de los animales en primavera.

No pidieron permiso, simplemente se instalaron y pasaron la noche allí. Al día siguiente empezaron la construcción de un nuevo “hogar”. Bajo un frondoso quillay construyeron una quincha y allí se refugiaron como medida de emergencia.

Rosa criaba algunas gallinitas y lavaba ropas ajenas. En sus menesteres le ayudaban sus hijas Alicia, Rosina, Jovina y Judith, cuyas edades fluctuaban entre los 10 y 4 años. Jorge trabajaba esporádicamente, manteniendo su vicio de beber cada peso que llegaba a sus manos.

\*\*\*

La mañana del 20 de agosto fue cuando empezó el fin. Ese día amaneció despejado. El frío y las lluvias de la noche anterior dieron paso a un tímido sol que con el correr de la mañana fue tomando fuerza. Rosa llevaba días esperando para ir a cobrar el seguro social de su fallecido marido. Acompañada de su hija Alicia, la mayor, emprendió el viaje hasta la ciudad para acceder a la suma que rondaba los 140 mil pesos.

A media tarde estaba de vuelta con una expresión en su rostro que delataba su desilusión. Aquél día la ciudad celebraba el natalicio de Bernardo O’Higgins, padre de la patria e hijo ilustre de Chillán, por lo que los servicios públicos suspendieron sus trabajos a media mañana para los tradicionales

festejos y conmemoraciones. De todas maneras volvió con un bolsón donde traía seis panes y, en una calabaza, tres litros de vino.

Para pasar el mal rato Jorge y Rosa bebieron durante horas. Fue en el despertar de esa borrachera que se produjo el desastre.

Aún el sol se equilibraba en el borde de los cerros cuando Jorge despertó. La sed lo consumía, pero ya no estaba ebrio. Quería seguir bebiendo, quería aplacar la sed que toda la vida lo dominó. Por eso exigió a Rosa que le diera más dinero para aguardiente. Ella era su mujer y debía complacerlo. Pero Rosa también estaba bajo los efectos del alcohol y su sumisa personalidad había mutado en ira contenida. Sus ojos brillaban de rabia, y no solo se negó a darle un solo peso, sino que además le arrojó todos los reproches que sobria no habría sido capaz de pronunciar. Ni dos meses había durado el idilio. Él la había engañado y la vida que le daba era solo miseria. Ni tierra, ni techo, ni trabajo. Nada. Él no le daba nada, era solo un bandido que se aprovechó de su soledad.

Enfurecido y humillado, Jorge comenzó a golpearla y simplemente ya no pudo detenerse. Sin otra razón que la convulsión de su propia locura, comenzó a estrangularla. Después tomó una corva, uno de los cuchillos que se usan para cortar maíz. El primer golpe, Rosa lo recibió en medio del cráneo, después el brillante cuchillo se clavó en su estómago. Entonces sus gritos se apagaron y un breve silencio dio paso al acongojado y contenido llanto de las pequeñas niñas que observaban desde la penumbra, escondidas en un rincón de la ruca, la pavorosa escena. Para terminar definitivamente con su mujer, Jorge, alzó una piedra de aproximadamente 10 kilos de peso y la dejó caer con furia en el abdomen de Rosa Elena. Otra piedra de similar tamaño siguió a la primera.

Las cuatro niñas intentaron esconderse como acción refleja, como un impulso de alarma de que su hora estaba cerca. De inmediato Jorge se abalanzó sobre ellas. Golpeadas, heridas y asustadas las niñas corrían intentando hallar un refugio en medio de la nada en la que se encontraban.

La primera en caer fue Jovina, de ocho años. Intentó resistirse y escapar de las pesadas manos de Jorge, pero su ciega brutalidad pudo más. La siguiente fue Rosina, de tan solo cuatro años. “El chacal” había caído en un abismo de violencia irrefrenable. Parecía un ser sobrenatural y primitivo cuya vida pendiera de la desaparición definitiva de aquellas pequeñas. Judith, de

seis años, tampoco pudo escapar, Jorge la estranguló como a sus hermanas hasta despojarla del último halito de vida. Alicia fue la última, ella era la mayor y logró correr por los potreros hasta que cayó sin fuerzas. Hincada suplicó por su vida cuando la guadaña del “chacal” le rebanó el cuello.

El hombre regresó a la quincha y del canasto extrajo su botín. Habían pasado cerca de tres horas y todo parecía concluido. Cuando se iba, ya dispuesto a abandonar el teatro de su acción, vio al bebé que lloraba en el suelo. Tenía seis meses de vida, era el único varón de la familia, aún no estaba bautizado ni registrado, por lo que la historia nunca sabría su nombre. Era un bebé sin identidad y lloraba con toda la fuerza que sus pequeños pulmones le permitían. Jorge no supo que hacer, lo observó durante unos minutos y luego levantó su pie del suelo unos centímetros, instantes más tarde lo dejó caer con todo el peso de su cuerpo sobre el recién nacido. Repitió el movimiento un par de veces hasta que el ahogado llanto del bebé se apagó definitivamente. Después diría que se lo hizo para que no sufrieran, aludiendo a la tradición del campo: cuando no hay alimento para las nuevas crías de una camada de perros o gatos, se les mata, para que no sufran.

Terminado los gritos y las persecuciones, solo quedaban la sangre y los cadáveres. No había forma de explicar su arrebató. Por eso debía marcharse sin volver la cabeza de ese escenario repleto de desolación y muerte. Caminar sobre sus pasos hasta perderse para siempre.

\*\*\*

La Alfalfa era un lugar inhóspito. La casa más cercana estaba a unos tres y medio kilómetros al oriente, es decir, pasado el puente Nahueltoro, sobre el río Ñuble. Muy poca gente transitaba por el lugar, escasamente algunos inquilinos iban esporádicamente a vigilar y pastorear los animales. En uno de esos paseos fueron encontrados Rosa y sus hijos.

Seis días más tarde, el 26 de agosto de 1960, al mediodía un par de inquilinos del fundo Nahueltoro hallaron los cadáveres, mientras realizaban sus acostumbrados pastoreos a los animales del lugar. Con atemorizados ojos descubrieron a Rosa y a su pequeña guagua muerta. A toda prisa llamaron a Luís Dinamarca, su patrón, para que observara aquel horror. Dinamarca, con la

ayuda de sus peones, tomó los dos cuerpos y los llevó en su camioneta al retén de Cachapoal.

–Esto es sencillamente horroroso– exclamaba el sargento Alonso González Zúñiga, jefe del retén de Cachapoal, a medida que encontraba los cadáveres de las cuatro niñas muertas regados por el sector de La Alfalfa horas más tarde.

La autopsia firmada por el médico Marcos Levancini diría más tarde que “Rosa Elena Rivas Acuña, la madre, presenta lesiones contusas y cortantes en la región frontal y evidentes signos de estrangulación. En el resto del cuerpo se comprobaron lesiones múltiples provocadas con golpes de piedras o puntapiés. Desgarros hepáticos estomacal y pulmonar derechos. Seis costillas rotas, lesiones en ambos brazos a raíz de defensa y lucha. La muerte se debió a una anemia por los desgarros múltiples que sufrió internamente”.

Alicia presentó heridas contusas en la nariz, signos de estrangulamiento. Luego de ser atacada por el arma cortante recibió un garrotazo en la cabeza lo que le produjo hundimiento del cráneo. La muerte se debió a hemorragia cerebral al igual que con su hermana Jovina.

Judith de seis años tenía hundido el cráneo y presentaba muestras de desgarros internos en el pulmón izquierdo y en el pericardio. También se registraron en ella signos de estrangulamiento. Rosina, de cuatro años, fue estrangulada con un alambre que le seccionó ambas orejas, luego fue golpeada con un elemento contundente lo que le produjo desgarros pulmonares múltiples. Sin embargo, la causa de su muerte fue la asfixia, pues su cuerpo se encontró boca abajo.

El bebé de seis meses, de sexo masculino, presentó un hundimiento en la región torácico y lesiones en ambas rodillas, tal vez porque fue arrastrado.

\*\*\*

El funeral fue pequeño y humilde, el seguro social se encargó de proveer una fosa común para los seis cuerpos. La funeraria “La Victoria” donó los ataúdes, y muy poca gente acompañó el recorrido de las carrozas que partieron a las cinco de la tarde del 27 de agosto desde la Morgue. Olivia, la otra hija de Rosa, fue el único familiar presente en el entierro y los demás sólo

gente curiosa que quería conocer de cerca las víctimas del crimen que conmocionaba a la región.

Los detalles ya eran de conocimiento público. Desde el médico que había hecho la autopsia hasta los peones que encontraron los cuerpos, todos fueron entrevistados por los medios locales en busca de detalles que revelaran las crueles intenciones del “chacal”. Todos coincidían en lo terrible de los hechos “Es un crimen salvaje. El asesino tiene que ser un depravado”. “Duele el alma como han quedado estas criaturas. Tiene que ser un loco el homicida.” “¿Dónde está esa bestia humana?” titulaba la prensa, en un cuestionamiento que tenía a toda la región en una tensa incertidumbre: ¿Dónde se escondía aquél monstruo?

La policía se desvivía por encontrarlo. Siguiendo cada posible pista. Olivia, la única descendiente viva de aquella familia, se convirtió en la testigo clave, pues era la única que conocía la apariencia del asesino. Ella y su conviviente, Luis Pereda, dieron los primeros datos

–Se llamaba José o Jorge Castillo, pero le decían ‘Canaca’. Él siempre tuvo buen genio y era hasta querendón con las niñas más chicas. Era un poquito más viejo que yo, alrededor de 20 años. Carón con hartas espinillas, moreno. Con más cabeza que cuerpo. Parece cabro chico por lo bajo. Regular de gordura. –contaba Olivia a los diarios.

La leyenda crecía y crecía a medida que pasaban los días. Nuevas historias en torno al macabro suceso se desarrollaban en la ciudad. Algunos lo habían visto en las montañas, otros merodeando por los bosques. Estaba en todos lados, pero la policía parecía incapaz de encontrarlo.

Durante días se realizaron operativos en la cordillera para cercar los pasos del rufián. Primero fue la “Operación Abanico”, después la “Operación Montaña”, pero ninguna parecía dar resultado. Las aprensiones resultaban falsas alarmas. Como el caso de José Rolando Cáceres Venegas, un joven jornalero de 20 años que aprovechándose del terror que el “Canaca” había sembrado en la región iba de casa en casa por el campo haciéndose alimentar como rey sin pagar un centavo.

En una de aquellas jornadas llegó hasta el restauran “Puente Nuble” y comenzó su teatro. “Ya no puedo más. Llevo quince días huyendo de la policía.

El hambre me dobla las piernas...pero tengo las manos manchadas con sangre inocente. Yo soy la bestia humana”.

La gente del lugar con más miedo que solidaridad le acercó pan fresco, queso, cerveza. Mientras José comía, un chofer que almorzaba en el lugar se paró disimuladamente y corrió hasta la comisaría más cercana donde denunció lo sucedido. El estado de emergencia en que habitaba la ciudad volvió a encenderse y en menos de media hora el restaurant estaba repleto de carabineros y periodistas.

El asombrado jornalero, pálido de sorpresa explicó una y otra vez a las autoridades su broma. Al hablar con el diario local se limitó a decir: “No sé qué bicho me picó de hacer esta payasada. Los carabineros fueron buenos conmigo, si no, esta es la hora que estoy contando la talla a San Pedro más agujereado que un colador”.

\*\*\*

–¿Y dónde estuvo todo este tiempo?– Reprochaba el juez a Valenzuela Torres.

–Anduve vagando unos días y después me fui a buscar a la María González.

María Magdalena González era la pareja de Jorge del Carmen desde hacía meses. Ambos tenían una tormentosa relación, terminaban y volvían constantemente. El alcohol y los celos de la mujer eran una mezcla explosiva. En uno de esos habituales encontrones el sobrino de María y su amante terminaron a golpes. Fue tanto el escándalo que tuvo que intervenir la policía. Margarita, la hermana de María Magdalena, indignada con la situación, apenas Jorge salió de la cárcel lo echó de su casa y le prohibió que regresara. Él agarró sus cosas, las puso en una bolsa y se fue, como siempre. Días más tarde conocería a Rosa.

Jorge tocó su puerta una noche después de dos meses de haberla dejado. La mujer vivía con su madre en la población Bertolucchi de Chillán. Un lugar humilde sin postes de luz en las calles y donde cada año debían sufrir los desbordes del canal que atravesaba la población. El “Canaca” volvió entre sombras, hablando rápido y confuso. En pocas frases y sin mediar explicación le dijo que venía a buscarla para que se fuera con él. María Magdalena lo

quería, aunque no se llevaran bien ella lo consideraba “su hombre”. Así que aceptó su inesperada propuesta y dos días después ya estaba instalada en un bosque en las cercanías de Nebuco.

A los pocos días la situación se volvió insostenible. Las discusiones constantemente terminaban en golpes. Jorge estaba irritable y nervioso y María exigía conocer los detalles de su ausencia. Ella intentó irse dos veces, pero Jorge la convencía. Sin embargo la falta de comida y el frío que no amainaba, los hicieron recapacitar. Finalmente, él aceptó que ella se fuera y se ofreció a ir a dejarla de vuelta a la ciudad. No hizo falta mucho tiempo para que se enterara que toda la región lo buscaba. Sin una despedida dramática dijo adiós a María y volvió a perderse entre los cerros de la región.

\*\*\*

–¿Cuántas veces ha estado preso? –Interrogó el Juez.

–Tres o cuatro veces. –Respondía Jorge

–¿Y por qué?

–La última vez fue porque dijeron que me había robado unas cosas, ropa, no sé qué más.

–¿Y se las robó?

–...A veces la necesidad es muy grande...

–¿Y el certificado de nacimiento falso?

Jorge guardó silencio. Poco tenía que decir ante uno de los principales agravantes del caso y que hizo aún más complicada su búsqueda para la policía. La situación era que los antecedentes personales que la policía había logrado recopilar del asesino prófugo y los registros oficiales no coincidían.

A finales del año anterior, y mientras el jefe del Registro Civil de Chillán, Moisés Noriega, estaba de vacaciones, uno de los empleados se había dedicado a vender certificados falsos. Por eso, en el registro que tenía Jorge entre sus cosas y que había utilizado un par de veces para no ser arrestado, aparecía el nombre de José del Carmen Contreras Espinoza, nacido el 19 de marzo de 1945 y por lo tanto menor de edad.

Este antecedente hacía presumir que Jorge era un hábil bandido, que pretendía utilizar el mismo truco para librarse de la responsabilidad de su crimen. Durante la agitada búsqueda del “chacal” esta historia salió a relucir y

quedó en entredicho su identidad. ¿Era Jorge o José? ¿Qué edad tenía realmente? Después de largos días de investigación no quedaba duda, independientemente de su nombre o edad, el asesino era el “Canaca” que había intentado engañar a la policía con el cambio de identidad, aunque para él se tratara más de un acto de sobrevivencia que de un intrincado complot.

\*\*\*

¿Pueden 32 meses cambiar a un ser humano? La leyenda del “Chacal de Nahueltoro” dice que sí, que el hombre logró desprenderse de su antiguo yo, en ese lapso de tiempo, como una serpiente que muda de piel. Le cortaron el pelo, lo afeitaron, lo alimentaron, le dieron algo en que creer y creyó; le dieron la oportunidad de cambiar y cambió.

Los primeros meses sólo compartió con el padre Eloy Parra, sacerdote del lugar y quien se convertiría en su mejor amigo. Cuando salió del sector de aislamiento comenzó lentamente a integrarse a las rutinas de la cárcel, nunca pasó desapercibido. Su historia era noticia nacional y sus compañeros lo conocían bien. Pero el temor inicial de los reos fue cambiando por una especie de respeto. Empezó a jugar fútbol con el resto de sus compañeros. Era callado, pero tenía aptitudes para el deporte y eso era suficiente.

Poco a poco la tarea del padre Eloy, encargado de orientar espiritualmente a los reos, dio resultados. Jorge no faltaba a las misas que el sacerdote presidía e, incluso, mostraba interés por los temas que se abordaban. Un día, inesperadamente, el hombre se acercó al párroco y le pidió que le diera por primera vez la comunión. Ahora Jorge del Carmen conocía a Dios.

Eloy, además, le enseñó a leer utilizando el clásico Silabario Hispanoamericano con el cual niños de todos los rincones de Chile estudiaban las consonantes y las vocales para aprender a leer. El padre descubrió pronto que Jorge quería aprender, que estudiaba y practicaba sus lecciones y que pese a que jamás había tenido instrucción escolar, asimilaba los contenidos rápidamente. Resultaba que los delincuentes también podían educarse. La frase escrita sobre el arco de la entrada de la cárcel donde residía el “chacal” al fin tenía sentido. La cárcel podía convertirse en “un lugar de reforma y fe”.

Pero para ley eso no era suficiente. El proceso judicial continuaba, lento e implacable. Durante el otoño de 1962, Jorge del Carmen Valenzuela Torres fue trasladado a Santiago para someterlo a exámenes que determinaran el estado de su salud mental. Como era de esperarse Jorge no estaba loco, era un hombre como tantos otros en aquella época. Pobre, sin familia, y alcohólico. Nada que no se hubiera visto antes y, por lo tanto, totalmente capaz de responder ante la justicia por sus terribles actos.

Sin embargo, aquel viaje no fue en vano para él. Cuando lo llevaban al camión que lo trasladaría a Santiago una mujer de mediana edad se le acercó y le tomó la mano en medio de la sorpresa de los guardias. Ella había estado esperando ese momento para verlo. Conmovida por las noticias que llegaban a la capital, sentía una poderosa curiosidad de ver como lucía un asesino tan temible según las descripciones la prensa. Sin embargo, lo que vio fue a un ser humano que le causó una tremenda compasión.

–Me llamo Tilda –dijo la mujer.

–Jorge del Carmen Valenzuela, pa’ servirla –respondió mientras lo subían al camión.

En ese fugaz instante parecieron prenderse el uno del otro, porque Jorge al regresar a Chillán no dejó de hablar de ella y cuando recibió la primera carta de Tilda supo que su sentimiento era recíproco. Entonces comenzó a responderle cada una de las cartas. Ahora escribir tenía un sentido y una utilidad. Jorge recibió sagradamente dos cartas al mes firmadas por Tilda Jaque durante toda su estadía en la cárcel y respondió religiosamente cada una de ellas, hablándole de su vida en la cárcel y de los sueños que ahora había encontrado.

La leyenda dice que así pasaba sus días de encierro. Entre fútbol, misas, cartas de amor y trabajos manuales. Hábil para la cestería, Jorge, además, había aprendido a hacer “guitarritas chicas” o charangos que se vendían fuera de la cárcel.

Llevaba cerca de dos años preso y la confianza con el padre Eloy ya era casi absoluta. Él había sido el primero que lo había tratado con respeto cuando el mundo pensaba que debía morir. Por eso, una tarde le contó de su infancia y lo solo que siempre había estado. El padre Eloy, con 28 años y un pasado

misionero, no pudo evitar conmoverse con su historia repleta de abandono y soledad.

\*\*\*

Recogido por el cabo Ulloa, pasó varios meses a su cuidado, durmiendo en un retén o en una pequeña habitación de la capilla de la ciudad. Después viajó a San Carlos y se dedicó a cuidar chanchos en las parcelas del lugar. Un día uno de los hombres para los que trabajaba habitualmente le ofreció que se quedaría viviendo allí, como un afuerino más, no importaba su edad mientras pudiera ayudar a cortar leña, a cuidar las cabras y los establos.

Él aceptó sin pensarlo mucho y al cabo de poco tiempo ya se sentía a sus anchas. Allí conoció a otros niños como él. A todos les gustaba rondar por los montes, los potreros, el barbecho y las acequias. Uno de sus entretenimientos era quemar ratones después de perseguirlos y cazarlos cerca de las zarzamoras. Era la violenta ternura con que sobrevivían a las carencias y el abandono.

Un año después se marchó otra vez y llegó a trabajar cerca de la Quebrada Oscura, en la cordillera, donde paseaba a las ovejas y las cabras por las montañas. La misma práctica, los mismos trabajos que él ya conocía y dominaba, ahora era un “hombre independiente” y se valía por sí mismo.

Pasaron los años y Jorge recorrió varios de los fundos de la región, acostumbrado a las rutinas, al trabajo del campo, al ir y venir, a estar siempre en movimiento. Tuvo “buenos patrones” y otros no tanto. Algunos lo obligaban a buscar leña bajo la lluvia o le pagaban menos de lo convenido, otros eran más cumplidores. De todas maneras su filosofía era siempre estar de paso.

En esos años, además, adquirió la costumbre de beber. Para celebrar, para descansar de un día pesado de trabajo. Para pasar las penas o el frío; la solución era siempre la misma: ir a la “picada” más cercana y tomar vino hasta olvidarse del mundo.

\*\*\*

El 23 de febrero de 1962 el Juez del Crimen de Chillán, Gabriel Poblete, dictó su fallo después de un año y medio de investigaciones. Jorge del Carmen Valenzuela Torres era condenado a la pena de seis años y un día por la muerte de Rosa Elena Rivas; a cinco años y un día por cada una de las cuatro niñas, dos años y un día por las lesiones que provocaron a la postre la muerte de la guagua; 18 meses por falsificación de instrumento público y 18 meses por hurtos reiterados. En total 30 años y siete días.

En apelación ante la Corte Suprema viajó el grueso expediente a Santiago. Algunas diligencias debieron ser cumplidas, entre ellas el examen psiquiátrico del reo. Agregado al proceso y firmado por los doctores Augusto Torrico R. y Fernando Mariné, consigna en su resumen que José del Carmen Valenzuela Torres no presenta enfermedad mental alguna y se trata de “un simulador, que muy mal aconsejado, trata de sacar partido de ese examen”.

La prensa de la época calificó la sentencia de “clemente” y exigió a las autoridades que se aumentara la pena. Inmediatamente los abogados fiscales llevaron la sentencia ante la Corte de Apelaciones de Chillán. El 13 de noviembre de 1962, la sala se pronunció sobre el caso. “Los sentenciadores estuvieron de acuerdo en que el reo mencionado no es merecedor de indulgencia, por lo que la pena de muerte que se le ha impuesto debe ser cumplida”.

La justicia había hablado. Los ministros Manuel Ramírez Tamayo, Roberto Canales Gómez y Luis Silva Fuentes de acuerdo al artículo 531 del Código de Procedimiento Penal, habían determinado el final de la vida de Jorge Valenzuela Torres.

La noticia recorrió el país en poco tiempo, el “chacal” iba a ser fusilado. En la cárcel todos lo sabían, sin embargo hasta que no llegara el expediente no se daría la noticia al reo. Durante los días que duró la espera se prohibieron las radios y las visitas fueron restringidas. Jorge no debía enterarse hasta que tuvieran las facultades para aumentar las medidas de seguridad y evitar su muerte antes de tiempo.

El siguiente paso en el proceso judicial era la ratificación de la Corte Suprema. El expediente debía viajar a Santiago. La única opción para la

defensa –asumida por Humberto Roa Alvarado, un joven profesional del Servicio de Asistencia Judicial del Colegio de Abogados, casado y con siete hijos– era poner un recurso de casación de fondo para impugnar la pena. Sin embargo, la suerte estaba contra Jorge. Luego de impuesto el recurso existía un plazo fatal de 20 días para que el procurador designara o ratificara al abogado defensor.

La fecha clave era el 27 de enero de ese año. Alejo Sagrado, procurador de la Corte Suprema, viajó durante un mes fuera del país y solo a su regreso, el 4 de marzo, ratificó a Roa como defensor. No se habían cumplido los plazos y su alegato tenía muchas posibilidades de ser desestimado.

Así ocurrió el jueves primero de abril de 1963, cuando la Corte Suprema, presidida por Pedro Silva Fernández, declaró inadmisibile el recurso presentado por la defensa por estar fuera de plazo. De esta forma, se ratificó la condena de pena de muerte contra Jorge del Carmen Valenzuela Torres. Sin embargo, Humberto Roa insistió y antes que el expediente fuera devuelto, solicitó la reposición del expediente, para que los jueces revisaran su decisión. Una semana después la Corte indicaba un “no ha lugar a la solicitud de reposición”.

La última esperanza para Jorge era el indulto presidencial. Entonces dos copias del expediente con su historia emprendieron caminos distintos. Una al Ministerio de Justicia para que el Presidente Alessandri pudiera estudiarlo, pues él era el único que podía salvar del patíbulo al condenado a muerte. La otra copia debía volver a Chillán para que el tribunal hiciera cumplir la sentencia.

\*\*\*

La tensión en la cárcel se incrementaba. En uno de los almuerzos Jorge tuvo un encontrón con uno de sus compañeros y, en cosa de segundos, comenzaron a golpearse. Jorge fue incomunicado por su mal comportamiento lo que dio pie a quienes decían que se trataba de un hombre violento sin remedio.

En ese ambiente comenzaron los preparativos para su muerte. El protocolo decía que debía “entrar en capilla”, es decir, ser trasladado a una

celda especial para ser vigilado 24 horas al día. El día fatal sería el 16 de abril. Por el momento, Valenzuela Torres debía regresar a su acostumbrada soledad. El padre Eloy lo visitaba constantemente, pero no había consuelo para él. Por primera vez estaba contento con su vida, le gustaba su estadía en la cárcel, y ahora enfrentarse a la muerte lo derrumbaba.

La celebración de Semana Santa en la cárcel de Chillán ese año estuvo cargada de melancolía y el gran símbolo fue “el Canaca”. El domingo de resurrección la misa giró en torno a él y sus compañeros le hicieron llegar diferentes regalos para endulzar su asilamiento.

El padre Eloy también estaba perturbado. El capellán no tenía mayor experiencia en este tipo de situaciones, pues llevaba solo cinco años como sacerdote. Conocía la pobreza y sufrimiento de los campesinos porque sus primeras labores fueron recorrer las poblaciones más pobres de Chillán predicando el evangelio. Sin embargo, la eterna orfandad de Jorge lo conmovía de manera particular. Seguro de que debía intervenir de alguna forma, decidió hacerle su propio regalo y por eso salió en busca de su madre.

Después de un largo recorrido por los campos y con datos entregados por algunos periodistas finalmente dio con ella. La señora Malvina y su nueva familia estaban instalados en el fundo “Ableme”. Ahí junto a otros 70 peones cultivaban gran parte de las 700 hectáreas de viñedos, trigo, remolacha y papas. La mujer escuchó lo que el padre tenía que decir y cómo su hijo la necesitaba más que nunca. Eloy le dijo que era muy probable que Jorge no se salvara de la condena a muerte y que era la ocasión para que ella recuperara el tiempo perdido y lo acompañara en sus últimos días.

La humilde mujer intentó explicarle su historia, contarle sus circunstancias y de paso aclararle la complicada dinastía de su familia. Todo había empezado cuando su esposo Carlos Valenzuela Ortiz se casó con Agustina Henríquez. De ese matrimonio nacieron Ramón y Juan Miguel. Pero Agustina murió poco tiempo después, cuando sus hijos tenían cerca de diez años. Malvina era una niña que trabaja en la misma hacienda y como los hombres no pueden vivir solos, se convirtió en la mujer de Carlos, un señor que tenía edad para ser su padre. Con él tuvo dos hijos, Jorge del Carmen y José. A los pocos años Carlos murió y ella se quedó sola. Juan Miguel tenía casi su

misma edad y ambos quedaron a cargo de la casa. Jorge, por su parte era un niño travieso al que le gustaban los campos.

–Las primeras veces que se arrancó lo perseguíamos y lo traíamos amarrado. Después pensamos que solo iba a volver. Y no lo hizo. Pero yo nunca me olvidé de él.–le contó Malvina emocionada al padre Eloy, mientras prometía que iría a verlo lo antes posible.

Y así fue. El reencuentro entre ambos ocurrió unos días más tarde. Jorge recibió, después de años sin verla, la visita de su madre. La reunión fue contenida y llena de silencios, pero igualmente emocionante. Jorge le regaló todo el dinero que había reunido con la venta de los charangos y los canastos. Y ella lo abrazó largamente para contarle muchas cosas, para pedirle perdón, para explicarle sus circunstancias, para decirle sin palabras que aún lo quería como hijo.

\*\*\*

Una señal de esperanza ocurrió pocos días después, cuando la inminente visita de Joao Goulart, el Presidente de Brasil, congeló la ejecución de Jorge. Después de que el mandatario socialista dejara el país, el Presidente Alessandri se pronunciaría sobre el caso y pasaría lo que tuviera que pasar.

Mientras tanto a Joao Goulart se le tributó la más grande recepción de la que se tenía recuerdos. Durante los seis días que duró su visita recibió distinciones de todo tipo. La Central Única de Trabajadores (CUT) lo homenajeó; la Municipalidad de Santiago lo declaró “huésped ilustre”. Las multitudes lo esperaban y lo aclamaban en cada una de sus intervenciones públicas. Tanto éxito no auguraba el abrupto final que tendría su gobierno un año más tarde, cuando los militares apoyados por Estados Unidos lo derrocaran y lo obligaran a huir fuera de su país.

En la cárcel los días de Jorge transcurrían lentos, pero llenos de pequeños gestos. El club deportivo “Horizonte”, integrado por los presos y en el cual Jorge marcó varios goles, organizó colectas para que sus últimos almuerzos fueran más sabrosos (longanizas con puré por ejemplo) que los acostumbrados menús de la prisión. Además, dentro de la misma semana recibió la visita del obispo de Chillán Eladio Vicuña Aránguiz, quién conversó

con el durante largo rato y elogió la tarea espiritual desarrollada por el capellán Eloy Parra.

Días después cuando el avión presidencial de Goulart despegaba se inició el desenlace de la historia del “chacal”. A las pocas horas de la partida del primer mandatario de Brasil, el ministro de Justicia, Rodrigo Ortúzar, anunció la decisión del Presidente Alessandri. Ortúzar, quien desde un principio había aclarado que su opinión era no indultar este tipo de casos, advirtió que a partir de las opiniones médicas, la resolución de la Corte Suprema, y por considerar que se trataba de un crimen “atroz y despiadado”, el indulto era negado. La resolución oficial agregaba que “en defensa de la sociedad, de las mujeres de Chile y sus hijas debe cumplirse la sentencia (...) No ha lugar a la conmutación de la pena de muerte a la que se encuentra condenado Jorge del Carmen Valenzuela Torres”.

Horas más tarde, Jorge del Carmen fue trasladado al juzgado de Chillán para ser informado y firmar la resolución. Sin entender bien qué sucedía, escribió con dificultad su nombre al final del documento. Luego los guardias lo tomaron para regresarlo a la cárcel.

–¿Esa era la orden del señor Presidente? –le preguntó a uno de los guardias.

–Sí. –fue la respuesta.

–Me van a matar ¿cierto?

–Sí, –respondió el oficial con un gesto de cabeza.

–...¿Y el capellán? ¿Dónde está el capellán?

Jorge volvió a su celda a esperar la muerte que llegaría en cuatro días más de la mano de los fusileros. Su última petición era poder ver a su madre y despedirse. El padre Eloy debía cumplir este último deseo, pero sabía que Malvina no lo visitaba porque no tenía dinero para el viaje. Sin otra solución organizó una colecta que incluyó a los prisioneros de la cárcel de Chillan y a varios periodistas de la zona que conmovidos u obedeciendo a su olfato periodístico querían que esa dramática escena fuera posible.

El lunes 29 de mayo a las 10 de la mañana, a menos de 24 horas del fusilamiento, Malvina Torres llegó a la cárcel. Llevaba un vestido rojo, un chaleco azul hecho por ella misma y sobre su cabeza un pañuelo celeste. A su

lado estaba su pequeño hijo Juan, de nueve años, que aún no sabía leer ni escribir y que jamás había pisado un colegio. En la entrada la esperaba la prensa que, expectante, cubría este último encuentro entre la madre y el condenado a muerte.

El permiso no estaba listo, por lo que Malvina y su hijo tuvieron que esperar cerca de dos horas que la autorizaran a ver a Jorge. Cuando por fin se miraron no fue necesario decir mucho. El encuentro fue silencioso. De abrazos largos y ojos húmedos. No hubo despedida explícitas, ni ruegos, ni esperanza. Cada uno en la pequeña celda había aceptado que el destino de Jorge ya estaba trazado.

Sin embargo, todo lo que no supo decir en persona antes de morir, Jorge intentó plasmarlo en pequeños mensajes a la gente que quería. En sus últimas horas a través de su precaria escritura, quiso dejar constancia de sus sentimientos a compañeros y familiares. Uno de los mensajes se lo dedicó a Vicente Quijada, el cabo de prisiones que lo acompañó durante su vigilia:

*“Bueno querido amigo, aquí le dejo un dulce mensaje con la ayuda de Dios y la Virgen, porque fue un hombre muy bueno con mi persona. Bueno también le ruego que ruegue por mí, que yo rogaré por usted. Bueno mí estimado, sin tener más que decir, me despido muy cariñosamente y también le deseo mucha felicidad con su familia, mi estimado amigo Vicente Quijada, porque yo ya me voy para la otra vida con mucha felicidad con la ayuda de Dios y la Virgen. Adiós amigo”.*

Mientras tanto la prensa aguardaba expectante la hora del fusilamiento. “El Canaca”, sería el fusilado número 50 en la historia de Chile y, además, por primera vez tendrían acceso presencial al proceso. El artículo 82 del Código Penal, estipulaba que la ejecución debía realizarse con publicidad, y la orden desde “arriba” era dar preferencia a la prensa para asistir. Las fotografías estaban autorizadas, pero al sentenciado, nunca a los fusileros. Su muerte debía ser un gesto ejemplificador para los demás delincuentes del país. Los corresponsales viajaban desde todos los rincones de Chile. Quedaban pocas horas y todos los ojos del país nuevamente estaban sobre el “chacal”.

\*\*\*

El proceso había causado una expectación sin precedentes, la celebrada visita de Joao Goulart era también una manera de aumentar el suspenso de una decisión que no solo capturaba la atención los ciudadanos más pobres. En círculos académicos la historia del “chacal” y su redención en la cárcel, había despertado el interés y las discusiones de intelectuales.

Y la polémica acerca de su sentencia y de la pena de muerte continuaría por muchos años más. En Santiago, por ejemplo, el jurista y profesor de Derecho Eduardo Novoa, de la Universidad de Chile, había convertido el caso en tema de debates al interior de las aulas. El concepto de la “justicia de clase” era un tópico que parecía ineludible en aquellos años y el caso del “Chacal de Nahueltoro”, que tendría un dramático final, parecía el ejemplo perfecto.

Las ideas de cambios en las estructuras económicas y la mirada crítica acerca de lo que sucedía en la sociedad chilena, se colaban por todos los rincones. Estudiantes universitarios y profesionales también tenían algo que decir al respecto. Uno de ellos era Miguel Littín, un joven descendiente de inmigrantes árabes y griegos de 21 años que siguió con gran interés el caso.

Tanto así, que seis años después de la muerte de Jorge Valenzuela Torres, Littín debutaría como director de cine con la historia del “chacal” en una película que impactaría al medio chileno e internacional, no sólo en términos de taquilla, sino también sociales y políticos. En su obra, Miguel Littín mostraría crudamente la marginalidad del campesinado y el absurdo accionar de la justicia, dándole una nueva e inesperada vida a Jorge.

\*\*\*

El rodaje de la cinta comienza el sábado 2 de mayo de 1968 y la ciudad de Chillan vuelve a revolucionarse con la historia de Jorge del Carmen Valenzuela Torres. Se trata de un proyecto ambicioso y audaz. El joven Littín, de contextura gruesa y frondosa barba, le cuenta a los medios que ha investigado durante tres años al personaje. Que ha leído cada detalle de los archivos judiciales, de las publicaciones de la prensa. Ha hablado con sus compañeros de la cárcel y buscado a sus familiares. El cineasta afirma con

entusiasmo que su película será una cinta comprometida con el contexto social de aquel hombre y su época.

Bajo el sello de “Cine experimental”, y apoyado por el Departamento de Cine de la Universidad de Chile, Littin y su equipo –integrado por Héctor Ríos, director de fotografía, Samuel Carvajal, su ayudante; Fernando Bellet, asistente de dirección; Luís Cornejo, jefe de producción; Pancho Soto, asistente de producción, y Pepe Sánchez, asistente del director– intentan crear un acercamiento emocional con el caso, buscando la identificación del espectador con el personaje. Su idea es hacer “sentir” al espectador la injusticia de la “justicia de clase”.

“Nuestro film tratará de no ocultar ningún suceso. Será un reflejo descarnado de lo que fue la vida de un delincuente al cual en ningún momento pensamos convertir en un héroe o en un mártir. Será, en suma, un estudio del comportamiento humano, un análisis argumentado de los males y taras que aquejan a nuestra sociedad en la época presente”, le cuenta Littin entusiasta a la revista “Ecran” a días de comenzado el rodaje.

Nelson Villagra, un actor proveniente de una familia agrícola de Chillán, obtiene el rol principal. Villagra, con una respetada trayectoria en teatro declara que conoce la vida de la gente como Jorge. “Yo los veía por entre las rendijas de los vagones de tren, en la estación. Andaban de un lugar a otro en busca de trabajo. Esa fue mi mayor preparación”.

El resto del elenco esta conformado por Shenda Roman como Rosa, Rubén Sotoconil, Héctor Noguera como el padre Eloy, Marcelo Romo interpretando a un periodista y Luís Alarcón en el papel del cabo que recoge a Jorge cuando escapa de su casa. Ninguno de los actores ni el equipo técnico recibe sueldo, todo acuerdan trabajar por un porcentaje de las ganancias, si es que las hay.

La filmación dura once semanas y se realiza a pulso. Se trata de un equipo joven y apasionado que ve en el cine una forma de transmitir un mensaje social. No hay lujos, de hecho muchos de sus almuerzos se reducen a sándwichs de pan francés con sardinas de lata. El aparataje técnico se desplaza simplemente en dos citronetas de los miembros del equipo a los cuales se les paga la bencina. Trabajan con una cámara y el modesto equipo de filmación aportado por el Departamento de Cine de la Universidad de Chile.

Al término de la primera semana del rodaje, Villagra recibe una cinta magnetofónica con la última entrevista de Jorge del Carmen estando en capilla. En ese momento, el actor se siente absolutamente ligado a aquel hombre escuchándole hablar. Su interpretación se vuelve tan real como las locaciones que ocupan para rodar la película.

Con largos discursos consiguen que el dueño del fundo Nahuelto les preste las instalaciones de su casa de campo, lugar clave porque se trata del sitio donde sucedió el crimen. Allí se queda el equipo a alojar durante el rodaje de los exteriores. Además, Littín consigue que una familia campesina autorice a sus hijas a interpretar a las hijas de Rosa, asesinadas por Jorge. Esa precisamente era una de las escenas más complejas de realizar y las niñas, según contaría Villagra años más tarde, sentían pavor por su figura mientras interpretaba el personaje.

Cuando la filmación se traslada a la cárcel de Chillán, es la Escuela de Agronomía de la Universidad de Concepción que presta sus dormitorios para que el aguerrido grupo siga con su proyecto. Las grabaciones son extenuantes. El equipo entra a la cárcel a las ocho y media de la mañana y sale cerca de las cinco de la tarde. Los funcionarios del recinto penitenciario y los propios reos se convierten en improvisados actores y extras durante el proceso.

Héctor Noguera, actor que interpreta al Padre Eloy Parra, se transforma en medio del rodaje, en productor. Noguera recibe una inesperada herencia consistente en 4.900 escudos, lo que hoy serían un poco más de cuatro millones de pesos, que son utilizados para los gastos diarios de la filmación.

La noticia del rodaje vuela por todo el país. Y la polémica no se hace esperar. Comienzan a aparecer voces que critican que este grupo de jóvenes ensalce la figura de un asesino. Al principio Littín intenta poner paños fríos al asunto “¿Cómo critican algo que aún no han visto?”, declara. Pero las acusaciones comienzan a hacerse menos amables y algunos diarios, como El Mercurio, publican críticas, artículos, cartas al director y chistes, en que se alude a la película y al hecho de que el cineasta está “escarbando en la basura de la sociedad”.

Ante la insistencia, Littín responde enérgicamente en el diario Las Últimas Noticias. “Si entre la basura encontramos a un hombre, algo anda mal

y es inmoral quedarse en silencio. Creo que los cinematografistas no tenemos porque ser siempre unas payasos dedicados a entretener sin enfrentarnos con el drama que nos rodea. Si optamos por la irresponsabilidad nos puede llevar por el mismo camino llegar a echar al río a los mendigo porque afean la ciudad. Creo que el chileno es adulto y que debe conocer la realidad, y de ahí sacar las conclusiones que desee”.

El rodaje está por finalizar, y las últimas escenas remiten al inevitable desenlace de la vida de Jorge. Su fusilamiento nuevamente conmueve a todo el elenco.

\*\*\*

El día de aquel final el reloj marcaba las 7:18 horas. La lluvia caía a torrentes desde el cielo gris. Era el martes 30 de abril de 1963 en la cárcel de Chillan. Los 98 testigos, en su mayoría prensa de radio, TV y diarios de todo Chile, esperaban en una mezcla de tensión y ansiedad. Frente al banquillo se ubicaban los fotógrafos, algunos sentados y otros de pie, pero todos preparando sus lentes. El ojo puesto en el visor, con tanta gravedad que daría la impresión de que eran ellos con sus flashes los que iban a fusilar al reo.

A diez metros 16 sacos de arena, uno sobre, otro, formando una pirámide que apuntaba hacía arriba. El banquillo esperaba vacío y lúgubre. Momentos después un tétrico martilleo daba la señal de que se aproximaba el momento de la ejecución del condenado. Las manos a las grabadoras. Aparece en escena Jorge del Carmen Valenzuela Torres, la ley lo hace caminar. El frío y el silencio ratifican que la muerte ha empezado a hacer su trabajo.

Los grilletes le dificultan el desplazamiento. Sus pasos son lentos y lerdos. Como si no quisiera llegar. Va en silencio sin hacer ningún ademán. La imagen es perturbadora. Se ve estremecedoramente pequeño, indefenso y tranquilo. La vista vendada. Encadenado. Todos los ojos sobre él y parece que exhalara su muerte, que la contagiara, transmitiéndola por el aire hasta que todo a su alrededor se hubiera cubierto de ella.

El padre Eloy Parra no se despega de su lado y apela con voz emocionada a la clemencia divina. “Elevad a nuestro siervo todas las

tribulaciones. Líbralo señor, como libraste a Noe del diluvio, a Moisés de las aguas, a Daniel de los leones”, repite tratando de apagar con sus oraciones la dramática cadencia de los hierros de los grilletes.

Es hora de que lo acomoden para morir. Lo amarran y un médico pone un disco rojo sobre su pecho. El padre Eloy continúa con sus rezos, ahora en voz baja como susurrándole al oído: “Que tenga goces eternos, te rogamos Señor, que atienda sus pecados, que tenga misericordia en el cielo. Te lo pedimos humildemente, Señor”. El “Canaca” continúa ausente, sin replicar ni rogar. Sin resistirse en lo más mínimo. Todas las apuestas y predicciones de los diarios que anunciaban un espectáculo patético, han fallado.

Aparece la muerte. El comandante de prisiones encargado de la ejecución, Francisco Layera, se revuelve nervioso, atento a la entrada de los fusileros que pisan en puntillas y lucen uniformes nuevos. El oficial a cargo del pelotón, Capitán Iván Sepúlveda, lleva anteojos oscuros para evitar ser cegado por el fogonazo de los disparos. Las manos del “Chacal” descansan en sus rodillas, sosteniendo un cordel blanco de dos metros de longitud que le sirvió para llevar los grilletes mientras caminaba hacia el banquillo, el que luce immaculado en su madera recién cepillada.

Aparecen los ocho fusileros encargados de poner punto final a la existencia de Jorge. Llevan zapatillas blandas para que el condenado no pueda percibir su presencia. Ya están en sus puestos y respiran profundo. La “suerte” los escogió para apretar el gatillo, ya que la selección fue al azar entre los 31 vigilantes de la prisión. Lo mismo sucedió con sus fusiles, fueron recogidos al azar. Solo uno de ellos contiene una bala de fogeo, así lo establece el reglamento especial para las penas de muerte, para que todos puedan aplacar su conciencia pensando que se salvaron de ser los verdugos del prisionero. Layera pasa por el banquillo e instintivamente roza al condenado en el hombro, como una póstuma despedida. Toma al sacerdote del brazo y lo comienza a retirar. El silencio es profundo.

En una fracción de segundo Jorge Valenzuela queda frente a los fusileros. El oficial levanta el sable. De pronto la estampida. Cuatro balas en el corazón. Después, el doctor Pedro Lama dirá que dos proyectiles entraron por el mismo orificio, incrustándose en el pulmón derecho. El ajusticiado ha inclinado la cabeza hacia atrás y adelanta el pie derecho levemente. Todo

resulta tan increíblemente rápido que parece no haber salido una gota de sangre. Uno de los invitados, presa de la adrenalina del momento, grita: “¡Está vivo!”

Todos corren hacia él. De lejos parece que van a rematarlo. El capitán Iván Sepúlveda, que se adelanta con el doctor Lamas hacía el reo, aprieta instintivamente la cartuchera donde lleva el revolver destinado al tiro de gracia. El médico retira la venda que ata la cabeza del ajusticiado al banquillo y esta cae hacia delante, luego le ausculta el pecho. “Está muerto” dice, mientras el personal de prisión recibe la orden a gritos del alcaide Alfonso Piedra de detener a la gente que se abalanza sobre el cadáver.

Los testigos se van dispersando. Renacen las charlas. Jorge es desatado rápidamente, los gendarmes lo cargan en hombros y desaparecen con el cuerpo dentro del edificio. Va camino a la autopsia. Muchos corren al teléfono a dar la noticia. Los demás se concentran en el banquillo y cuentan los impactos en la madera, los que han quedado enmarcados en un manchón rojo, a la altura de donde estuvo el corazón de Jorge del Carmen Valenzuela Torres.

Solo en un rincón, el padre Eloy permanece con la cabeza gacha y lagrimas en los ojos. Levanta la vista únicamente para ver pasar por última vez a Jorge. Inmóvil lo observa, mientras Jorge del Carmen desaparece para entrar definitivamente en la leyenda.

\*\*\*

“El Chacal de Nahueltoro” se convierte en todo un éxito. Se estrena en octubre de 1969 en el marco del Segundo Festival Latinoamericano de Cine de Viña del Mar” junto a otras dos cintas íconos de la época: “Valparaíso, mi amor” de Aldo Francia y “Tres tristes tigres” de Raúl Ruiz. Corren los últimos meses de una década en que todo se ha transformado de manera rápida y brutal.

En Chile ya comienzan a cristalizarse profundos cambios sociales. Las fuerzas políticas se preparan para la elecciones presidenciales de 1970, que se intuyen como fundamentales para el futuro del país. El gobierno de Eduardo Frei Montalva vive sus últimos meses en medio del desgaste propio de seis años de gestión. El equipo de fútbol de la Universidad de Chile, "el ballet azul", está a punto de terminar la hegemonía de una década de títulos.

En el mundo la gente repudia la guerra de Vietnam, Estados Unidos gana la carrera espacial con su misión a la luna y David Bowie debuta en la industria musical con el disco clásico Space Oddity.

La película se estrena comercialmente el 4 de mayo de 1970 en los teatros Bandera, Astor, Santiago, Pedro de Valdivia, Gran Avenida y Normandíe de Santiago, causando gran impacto en toda la concurrencia. En la cinta realidad y ficción se confunden. Filmada en blanco y negro, con una cámara que semejaba la de un documental, recrea minuciosamente una historia todavía fresca en la conciencia colectiva, pero esta vez a través de imágenes en movimiento y no de relatos. “El Chacal de Nahueltoro” se convierte rápidamente en una obra del todo perturbadora.

Miguel Littín viaja a Berlín a presentar con gran éxito la cinta, los expertos comienzan a hablar del “Nuevo Cine Chileno” y tras su estreno, el filme provoca polémicas entre los directores y los estudiantes de cine. Los alumnos se dividirán en dos bandos, los partidarios de Littín y los de Raúl Ruiz, realizador de “Tres tristes tigres”.

Littín solo cosecha éxitos. Su película obtiene el premio al mejor filme nacional otorgado por la Asociación de Periodistas de Espectáculo (APES) en 1970. La cinta lo eleva a la notoriedad pública y un año más tarde, en 1971, el Presidente Salvador Allende lo designa a la cabeza de Chile Films, el organismo estatal encargado de producir películas.

Nelson Villagra también cosecha el éxito del filme y es aclamado por su interpretación de Jorge Valenzuela. El actor es reconocido a nivel nacional e internacional. Recibe alabanzas de todo tipo en festivales y muestras de cine. Su carrera, a pesar de que en el teatro es conocido e incluso consagrado, se eleva a nuevos niveles gracias a la película. Muchos olvidan el rostro del presidiario Jorge del Carmen para quedarse con el de Villagra como el eterno “Chacal de Nahueltoro”. La ficción traspasa el límite y se hace real de manera inverosímil. Nelson Villagra y José del Carmen se convierten en la misma persona para no separarse jamás.

El público también resulta profundamente conmovido por la historia. La tumba de Jorge comienza a ser visitada por lugareños que le hablan y le piden favores. Las mujeres le rezan para que descanse en paz. Su fama renace con fuerza en toda la región. Ahora el país lo perdona.

\*\*\*

Visitar la Localidad de Nahueltoro<sup>12</sup> puede ser tan extraño como llegar a Macondo o Comala, aquellos pueblos ficticios donde el realismo mágico latinoamericano encontró semilla para volverse universal.

De hecho la última vez que Nahueltoro estuvo en primera plana fue por un hecho insólito, propio de un relato de García Márquez. Se trató del nacimiento de un potrillo con patas de vaca. Los periodistas y la televisión acudieron en masa, a principios de marzo del 2007, al pequeño pueblo para comprobar tal inverosimilitud. Y era cierto, “el pata de vaca” existía y conmovía por sus vanos intentos de cabalgar con extremidades que apenas lo sostenían en pie. Las crónicas destacaban que tales malformaciones le quitarían pronto la vida al recién nacido. Una historia rara que volvió a poner los focos de la atención pública en Nahueltoro.

Fuera de ese episodio, la identidad del lugar seguirá irremediablemente ligada al crimen ocurrido hace 49 años. Aquel hecho de sangre puso a Nahueltoro en el mapa y hasta hora es su mayor referente.

Sin embargo, hoy esta historia parece desvanecerse. Nahueltoro se ubica en la comuna de Coihueco, la más extensa de la provincia de Ñuble, con sus 1.700 kilómetros cuadrados. Es uno de esos territorios donde el tiempo parece pasar más lento y donde se alojan parte de los dos millones y medio de personas que constituyen la población rural de Chile.

Hay un camino largo y polvoriento, que recorro a pie. Ya he viajado 40 minutos en bus desde Chillán, tomando el camino a Coihueco y desviándome en el cruce a Cato. Solo 20 kilómetros de buen asfalto, lo demás ripio. El único y monótono paisaje es el de las extensas praderas verdes del lugar, además de un riachuelo de unos dos metros de ancho y sus improvisados puentes de madera que parece que van a desplomarse apenas alguien decida pisarlos.

Ya en el camino, me encuentro con dos jóvenes que hacen el mismo trayecto que yo y comentan el último “18”, que por estos lados sigue siendo la mejor fiesta del año. Un hombre moreno con sombrero de paja, contempla el horizonte sentado en su casa color crema. Todo es silencio y tranquilidad.

---

<sup>12</sup> Nahueltoro es un vocablo de origen mapudungun que significa “tigre-toro”.

Nada parece suceder en este lugar. Los grandes protagonistas son los caballos y las banderas chilenas que le dan algo de vida al desolado paisaje.

Y llego al fin del camino de tierra. El famoso puente Nahueltoro luce todo su esplendor, la mayor inversión que se ha hecho en el lugar, a la orilla un retén de carabinero que parece tan vacío como todo en el pueblo.

El esqueleto de la localidad es su calle principal, donde hay casas a ambos lados. En el centro de la avenida se encuentra el restaurant “El Arroyito” una casa de madera verde, con un prado de patio donde habita un escuálido caballo. Esa también es la sede del club de fútbol local, que se llama igual que el pueblo y que parece victorioso por las varias copas que adornan el recinto. A través de una ventana se ve la cancha, arcos de madera, un poco de pasto y algo de tierra.

Al avanzar en línea recta se encuentra el “supermercado Mañihual” que no es otra cosa que un almacén de barrio que posee televisión satelital, al parecer el único con tal tecnología.

Siguiendo por la calle larga hay una treintena de casas, luego otra calle más corta que lleva a las imponentes ruinas de lo que fue un palacio. La residencia de la familia Barros Infante, dueña del fundo Nahueltoro hace muchos años.

Intento conversar con los vecinos, les cuesta creer que a alguien le interese su historia y se anticipan a las preguntas. Si busca familiares del “chacal” no hay ninguno por estos lados. Eran gente andariega que venía desde San Fabián, dice Juan Navarrete, nacido y criado en Nahueltoro, aludiendo a la historia del hombre más famoso de la localidad. El río Ñuble, límite natural con sus vecinos del norte, ayudó a borrar todo rastro al llevarse el escenario del crimen, agrega su esposa, Margarita Cáceres.

Hoy sus inquietudes son otras: que la comisión regional de sequía apruebe los 3, 5 millones de pesos que necesitan para hacer un pozo profundo. El administrador municipal Erwin Hinojosa dice que es un monto insignificante para el beneficio que implica: solución definitiva al problema de agua para 300 personas y una escuela.

Desde hace cinco años tiene una escuela básica municipal, unidocente, con cursos de primero a sexto básico combinados con 36 alumnos. Todo un adelanto. Pero no significa tampoco que esos sean todos los niños de

Nahueltoro. Lo que pasa es que muchos padres prefieren enviarlos a la vecina localidad de la Ribera –al otro lado del Ñuble– donde por lo menos llegan a octavo básico.

También hay junta de vecinos y dos comités de agua potable rural a los que la sequía los atormenta cada año. Y una buena movilización. Por cada punta del camino llegan los buses. Desde Coihueco y Chillán por el sur y desde San Carlos por el norte.

La gente cultiva remolacha, trigo y porotos o trabaja en la recolección de los generosos huertos de manzanos. Casi tan abundantes como las piedras.

No hay mucho más que hacer...

De regreso es el mismo camino para volver a la carretera y tomar el bus. Allí una gallina desorientada intenta encontrar su rumbo, mientras el antiguo y destartado vehículo emprende el regreso. El paisaje es genuinamente campestre, con la tierra preparada para la siembra. Árboles amarillos, rosados y verdes. En la primera parada se suben una abuelita y una niña pequeña que parecen conocer a cada uno de los pasajeros, excepto a mí. La escena se repite y una y otras vez en cada estación. Todos se conocen, se saludan, suben las cejas.

\*\*\*

Emprendo viaje a San Carlos, a ver si tengo mejor suerte. El más cercano amigo de Jorge del Carmen era el Padre Eloy Parra, que por estos días ya abandonó el servicio activo en las parroquias y en la cárcel y se encuentra al cuidado de las hermanas del Convento San Francisco. Cuesta que me dejen entrar a verlo. Esta muy desmejorado, me dicen, pero mi insistencia logra convencerlas.

El cura que convirtió al “chacal” en “ser humano” está acostado en una habitación oscura. Sin mayor decoración que un Cristo en la cabecera de la cama y un velador donde hay muchos medicamentos y una taza de té. Delgado, de tez pálida, pelo cano y ojos grandes, tiene un lejano parecido a Héctor Noguera, el actor que lo inmortalizó en la cinta de Littin y que hoy triunfa en teleseries como galán de la tercera edad.

Al padre Eloy los recuerdos se le mezclan. No le gustó la película, me dice. La gente de la cárcel fue la que más lo ayudó, opina. Me cuenta su versión, así, saltada y a veces bajando la voz hasta convertirse en un susurro inentendible. Cada tanto tose y su frágil y delgado cuerpo, parece estar a punto de quebrarse.

–¿Por qué Jorge del Carmen se convirtió en algo así como un santo?– le consultó.

–La gente se identifica con él, no con lo que hizo sino con su cambio. Cuando tuvo la oportunidad de cambiar lo hizo, se humanizó. Él entró a la cárcel como un campesino analfabeto, ateo y alcohólico y murió como un hombre creyente y sin odio. Porque cuando se dio cuenta de lo que hizo le dolió, se arrepintió, pero aceptó su castigo con mucha serenidad. Eso es muy admirable.– responde el padre en un esfuerzo que lo hace quedarse en silencio por varios minutos.

\*\*\*

La última parada en el viaje es el cementerio, el nuevo reino de Jorge. Al llegar al lugar no es difícil encontrar la tumba, la persona encargada la conoce de memoria. Y sorprende verla atiborrada de flores frescas y velas. Parece exagerado incluso, al contemplar las desoladas tumbas vecinas. Y al considerar que el destino de los cuerpos de Rosa y sus hijos, que ya no existen ni en el cementerio de Chillán. Sus fosas comunes fueron ocupadas nuevamente pasados 20 años de la muerte. Nadie los reclamó, no se les puede encender velas ni dejar flores.

Y ahí está la tumba de Jorge Valenzuela Torres "cuyo cuerpo fue enterrado de pie", según dice la florista más anciana de la entrada del cementerio. Hay tres retratos de Cristo y un cuadro con un prado y la cordillera, que probablemente representa el paisaje más común de la región. Las placas son tantas que desbordan las dos tumbas de abajo y también la de arriba. La más antigua es de 1976. "Gracias Jorge por favor concedido" "Gracias por mejorar a mi sobrina" "Gracias por mejorarme. Nancy" "Gracias Jorge por haber escuchado mi súplica".

Jorge ahora es un santo. O, a juzgar por los agradecimientos, alguien con excelentes influencias en los reinos celestiales.

Mientras contemplo la tumba, dos mujeres se acercan, una le prende velas y la otra comienza a rezar. Ninguna resulta ser familiar, pero cada vez que van a ver a sus deudos, pasan por ahí y le dejan velas.

–A veces le pido perdón a Dios por venirlo a ver, porque él era malo. Pero creo que Dios lo perdonó– dice la señora de más edad.

–Dios perdona a todos– agrega la otra mujer –Y él, tanto que sufrió– remata.

Ahí está la placa que el propio Nelson Villagra le dejó a Jorge. “El arrepentimiento y la verdad fueron tu redención”, dice el actor, que hace cuatro años, a mediados del 2005, vino especialmente a homenajear a su personaje preferido, y con un emocionado discurso agradeció todo lo que la historia de Jorge hizo por él.

Una mujer joven se acerca a la tumba y le deja flores.

–¿Es tan milagroso como dicen?–, le pregunto.

–Yo me encontré aquí en la tumba con alguien a quien le hizo un milagro y le salvó a una hija– me cuenta.

La escena se repite sin cesar, es domingo y parece que cada visitante al cementerio antes de irse viene a saludar a Jorge. Quién fue o qué hizo ya no es importante. Ahora es un santo. Y aquel crimen que tiñó de sangre todas las conversaciones de la región hace cuarenta años, que llevó a la crónica roja a retomar los titulares y las portadas de los medios, que llegó al cine y representó al arte chileno en el mundo, es una historia olvidada. Esta es la última vida de Jorge, la de un hombre que en menos de medio siglo logró reencarnarse tantas veces que de ser un temido asesino, hoy recibe velas y ruegos en su tumba.

Un padre con su hijo comienzan a observarme. El niño me mira sin disimulo, mientras tomo fotos de la tumba.

–¿Quién es?– le pregunta a su padre

–Un santo que hace milagros– responde.

Definitivamente las leyendas son inmortales, como lo es ahora el “Chacal”.

## CAPITULO DOS

**José Roberto Martínez Vázquez:**

### **YO, EL PEOR DE TODOS**

“A veces me siento un artista, a veces me siento un criminal”

**Charles Manson, asesino en serie.**

*Puedes llamarme Tila, mi nombre real no es importante. Soy solo un delincuente habitual. ¿Cómo y por qué llegué hasta aquí? No lo sé. Mentira, sí lo sé, pero no había querido contar mi realidad, porque sé que todo lo que hice fue muy malo. A lo mejor no me creas, pero todo los actos que cometí los hice intentando mejorar el remedo de vida y familia que tengo. No pido perdón porque sé que lo que hice es imperdonable. Creo que, primero o después, estuve preso. Aunque siempre he estado preso. Muchos días de cárcel y muchas noches durmiendo sobre el suelo de cemento, sin una frazada. Pero ustedes ya me han juzgado, no vale la pena tratar de defenderme. Soy el monstruo que todos necesitan. No me importa. Soy parte del producto interno de esta sociedad. Admito que soy un resentido social. Y no es mucho lo que puedo hacer; a lo sumo, morir; pero no es fácil morir. Tampoco lo es vivir.<sup>13</sup>*

\*\*\*

Once de la noche y llueve con violencia sobre la capital, un auto corre a toda velocidad por la carretera General San Martín. De pronto, en medio de una curva, pierde el control y choca de frente con un poste de luz. En pocos minutos llega la policía y la ambulancia. El conductor está ebrio, pero a salvo. El servicio de electricidad se interrumpe en toda la comuna.

---

<sup>13</sup> Extractos de declaraciones judiciales y a la prensa de Roberto Martínez Vázquez

En el modulo Alfa de la cárcel de Colina Roberto Martínez Vázquez se pasea inquieto. Sobre la cama el libro “Accidente” de Daniel Steel que relata la forma en que un choque cambia radicalmente la vida de un grupo de personas. El Tila mira hacia el horizonte y come un yogurt. Sus ojos se clavan en su máquina de escribir y las hojas junto a ella, que conforman la autobiografía que acaba de terminar, aún sin título. Un golpe lo despierta de su letanía. Uno de los gendarmes de turno le trae uno de los fármacos que los psiquiatras le recetaron. El Tila recibe el medicamento, se lo toma, alcanza a caminar dos pasos cuando todo se va a negro.

Lentamente camina hacia la ventanilla de su celda y percibe que la oscuridad es total. Se acuesta sobre su cama y guarda silencio. La cámara de vigilancia que lo observa 24 horas al día y siete días a la semana aún no se ha apagado. La calma solo se interrumpe cada diez minutos, cuando el gendarme de turno golpea la celda y grita “¿cómo estás?”. “Bien”, responde Roberto. La escena se repite cuatro veces. Ya son las 23:50 y la promesa es que la luz regresará pronto. “¿Cómo estás?” repite otra vez el gendarme, pero la respuesta se desvanece. El hombre golpea más fuerte la celda y vuelve a preguntar. Nuevamente no hay respuesta. El oficial activa su radio y avisa que algo anda mal con el psicópata.

Los minutos se hacen largos, todos actúan aceleradamente como si supieran que algo grave está por suceder. Los gendarmes ingresan a la celda y entonces observan, a la luz de sus linternas, el terrible cuadro. Roberto, el Tila, se colgó por el cuello con el cordón de su máquina de escribir eléctrica. En la penumbra logran ver su cuerpo semidesnudo, vestido solo con una polera y calzoncillos, que cuelga de uno de los barrotes de la ventana. A ciegas y con gran dificultad comienzan a desatarlo. La tensión aumenta a cada segundo. Los centinelas gritan por ayuda, un paramédico intenta reanimarlo. Un gendarme alumbra con una linterna, mientras el paramédico sostiene su brazo e intenta encontrar su pulso. Pasan cuatro minutos de incertidumbre, pero la respiración ya no existe. Golpean su corazón, pero ya no late. No cabe duda, el psicópata logró quitarse la vida. Toda la secuencia quedará grabada no solo en el recuerdo de los gendarmes sino también en el circuito cerrado de televisión del penal, registrada por la cámara ubicada dentro de la celda.

La energía eléctrica vuelve pasada la una de la madrugada. A esa misma hora ingresan al módulo "Alfa" el magistrado del 31° Juzgado del Crimen, Carlos Carrillo; el juez subrogante del Juzgado de Letras de Colina, Bernardo Neira, y detectives de la Brigada de Homicidios.

Horas más tarde la conclusión es que Roberto Martínez Vázquez murió asfixiado. Se anuncia un sumario interno. Roberto no debía morir. Debía pagar por cada una de sus culpas.

\*\*\*

Es el 6 de agosto del año 2002. Roberto espía desde las sombras un lujoso condominio ubicado en el sector más de alto de la ciudad. Ahí está en la hermosa calle Bartolomé de las Casas con aceras relucientes y jardines de césped recién cortado, el número 1751 corresponde a un imponente condominio en la comuna de Vitacura. En el departamento 12 un matrimonio chileno-argentino ve televisión acostado en su cama. Son cerca de las diez de la noche. Roberto trepa como la mala hierba, esa que nadie quiere y siempre aparece, en el edificio. Se escabulle y logra llegar al balcón del matrimonio. Una vez allí, fuerza las protecciones de una de las ventanas e irrumpe en el domicilio.

El televisor se apaga y un segundo de silencio y calma anteceden al desconcertante ruido de un hombre que se abalanza sobre los cuerpos semidormidos del matrimonio. Entre la penumbra del sueño, y la pesadilla de una presencia extraña y violenta sobre su cama, solo se escucha un grito de sorpresa. Antes que ellos puedan reaccionar a la inesperada y trágica situación que rompe aquel cotidiano final de día, Roberto arranca el cordón del teléfono que está junto a la cama sobre el velador y ata al hombre de 53 años, de nacionalidad argentina.

El Tila grita que no se atrevan a hacer nada. Le pone un cuchillo en el cuello y le dice lentamente que si no coopera se puede desangrar. Luego se dirige a la mujer que desnuda observa la macabra escena. Roberto le ordena que se ponga ropa interior y la obliga a ir al baño. Mientras caminan le susurra al oído, "si esto no hubiera sucedido, jamás nos habiéramos conocido", al tiempo que desliza sus manos por los glúteos de la mujer.

Después de recorrer sin prisa el departamento, regresa a la habitación con la actitud de un sheriff que ingresa a su territorio. Se burla de la pareja, y parece disfrutar el miedo que causa su presencia, incluso compara su “performance” con la película “La naranja mecánica”. El Tila está dispuesto a desplegar su propio “horror-show” tal como Alex, el desbordado personaje de la película de Stanley Kubrick, un chico que asalta y roba para mantener su estilo de vida y que se define a sí mismo por los crímenes que comete, mientras acompaña sus violentos asaltos con la música de Beethoven.

El Tila aprovecha su poder y entonces frente al esposo atado sobre la cama, le arranca la ropa a su mujer y la ultraja. Sus sollozos se convierten en un débil eco, en la acción de un hombre que actúa con rabia y determinación. Terminada la vejación amarra a la mujer y les explica que sus dulces vidas burguesas también pueden desmoronarse y ser miserables como la de la gente humilde y pobre que lucha diariamente por tener algo que comer sobre la mesa.

Entregado el mensaje comienza a disfrutar de su propia fantasía. Revisa los closet, se prueba la ropa, se mira al espejo como si estuviera en un centro comercial destinado a proveerlo de sus mejores artículos. Las horas pasan y Roberto se pasea a sus anchas, revisa el refrigerador y come algo, luego se arroja sobre un sillón y satisfecho duerme unos instantes. Un rato después decide que es hora de empezar una nueva jornada. Va al baño y como si estuviera intentando parodiar la vida en el barrio alto, se quita la ropa, se ducha, se afeita y luego se pone el mejor traje del dueño de casa. Ocupa su perfume y roba su reloj. Terminado el rito sonrío en el espejo, se despide de los moradores del hogar que tiemblan tras 10 horas de horror. Sus últimas palabras a la pareja, son una consulta tan fútil como perturbadora. “¿A qué hora empieza a funcionar el Metro?”.

Después de eso abandona el lugar, con un bolso lleno de artículos pequeños, lujos más que un botín contundente. Sin embargo, lo que ha robado el Tila es otra cosa: la confianza y la tranquilidad de un matrimonio, que nunca más será como antes. Su huella indeleble hará que la pareja deje la capital, abandone aquel departamento y huya durante muchos años de sus propios recuerdos de esa noche.

Seis días más tarde el Tila aborda el taxi de Hugo Balladares en calle Placer y pide que lo lleven a Padre Hurtado con el camino San José, en la salida sur de Santiago. El muchacho se comporta como un pasajero habitual, teje una conversación liviana e inofensiva mientras recorren la ciudad en medio de la noche. Cuando todo parece rutina y las barreras de la desconfianza han caído, saca su pistola y obliga al conductor a abandonar el auto. El taxista en una reacción osada, lo sigue. En la bizarra persecución Martínez arrolla a Daniel Guzmán, de 23 años. Luego, abandona la escena corriendo a pie, dejando abandonados el bolso de ropa robada y su carnet de identidad.

\*\*\*

*Hay que empezar por el principio, pero mi es historia larga y, lo que es peor, confusa. Como siempre la culpa es mía: nunca he podido pensar ordenadamente y mi memoria es muy mala. ¿Cómo fue mi infancia? ¿De verdad quieren saber? Mala, muy mala. Me maltrataron desde los cuatro años para que me dejara de hacer en los pantalones o en los pañales. Para quitarme el pañal me chicoteaban con ortigas, sí, ortigas. A esa tierna edad me sentaban sobre ladrillos calientes. También abusaron de mí, pero no quiero hablar de eso, no quiero darle pie a otras personas para que digan que estoy intentando victimizarme. Si quisiera hacer eso les habría contado que a los seis años conocí el sexo a la fuerza, que iba al colegio a pie pelado para no ensuciar los zapatos. ¿Saben lo que es que cuando chico te llegaran regalos y que después de abrirlos te dijeran ‘no jugués con ellos, guárdalos, porque los vas a hacer tira’? A mi papá lo veía una vez al año y a mi mamá tenía que decirle señora y a otra mujer tenía que decirle mamita. Tenía que ir a la escuela con parches en la cabeza tres veces en el año, por los golpes. Así fue mi infancia, y la droga llegó pronto, pronto. A los doce años empecé a consumir, primero marihuana, después neopren, en ese tiempo era el boom del neopren. La prunitrazepan, ahora se llaman innopen, e incluso tienen mejores sensaciones...*

\*\*\*

Pero las cosas no siempre fueron así. Roberto Martínez Vázquez aislado en el modulo alfa de la Cárcel de Alta Seguridad escribe e intenta volver a su infancia. Sabe que nació el 19 de abril de 1976, que su madre se llama Matilde del Transito Vázquez Vázquez, que la llaman “Tila”. Tiene pocos recuerdos de su padre, nunca lo vio mucho. Siempre lo condenó por abandonarlo, por tener una vida mejor, cosa que él jamás tendría, por criar otros hijos, educados y limpios, mientras él vagaba sin rumbo ni cariño. Volver a la infancia es difícil cuando los recuerdos son oscuros, dolorosos, llenos de pobreza y caos.

Se crió en la población José María Caro, una de las más peligrosas de la capital. Su hogar era en una estrecha vivienda de la calle Uno Sur, hecha de madera y cemento y donde la humedad dejaba huella en los muros cada año. Ahí vivía con su madre que sufría de esquizofrenia, y dos tíos que abandonaron la casa para dedicarse al comercio sexual. En la población se les conocía como la Patty, y al otro le decían el Toto. Ambos murieron hace algunos años.

Cuando los tíos de Roberto salían a trabajar como travestis por las calles de Santiago, lo dejaban amarrado en la casa para evitar que huyera. Su madre pasaba largas temporadas sin saber del mundo, sin siquiera levantarse de la cama. En la población donde se crió se cuenta que una vez lloró tanto que una persona tuvo que introducirse por el techo de su vivienda para soltarlo. Otro de los rumores comunes es que su tío Patty, que vendía globos y arañas de goma en el Parque O’Higgins, habría abusado de él antes de los dos años y que además lo vestía como niña para divertirse.

Esta costumbre la habrían heredado de su propia madre, la abuela de Roberto, conocida como “la Gitana”, una mujer maciza y cruel, dueña y señora del hogar. Ella imponía las reglas y ejecutaba los castigos, por ejemplo amarrando a su nieto en el patio a la vista de todos para que no la molestara en sus labores. “La Gitana”, dicen en el barrio, hacía y deshacía en esa casa. Matilde, ya en aquel tiempo, tenía una grave enfermedad mental y no sabía ni de su alma. Pasaba temporadas completas internada en el psiquiátrico de El Peral. Durante breves periodos se dedicó a vender bufandas en Bellavista. Recorría el barrio empujando un carrito y durmiendo en una bencinera del sector con otro paciente que conoció en el hospital.

Él era Tomás Bueno, un hombre que también seguía tratamiento psiquiátrico en el Peral. Tomás conoció a Roberto cuando este tenía dos años. Su primera impresión fue sobrecogerse con la imagen de un niño en estado "salvaje", totalmente abandonado, con heridas en todo el cuerpo y la cara sucia. Tomás se convirtió en su padrastro durante cinco años. De esa relación además nació Alberto, medio hermano de Roberto.

"Recuerdo que cuando lo conocí era un niño callado, le gustaba callejear, pero no era de los más maldadosos. Nadie se preocupaba mucho por él. Tenía ojitos de gato, eso me acuerdo", dirá Tomás Bueno años después.

Pero el abandono del niño continuó. A los cuatro años Roberto fue retenido por vagancia. En aquella época ya había heredado el apodo de su madre, y era conocido como "el Tila". Vivió hasta los cinco años con Matilde, y después fue enviado a Valdivia por su padrastro, Tomás, dedicado a recoger cartones para tratar mantener a la familia. El hombre en un intento por "salvarlo", decidió que lo mejor sería alejarlo de ese ambiente "familiar".

En Valdivia lo acogió su tía Ruth. Sin embargo las reglas y los castigos hicieron que al poco tiempo escapara a San Antonio, donde durmió varias noches a las puertas de un mercado persa. En diciembre de 1987 fue matriculado en el colegio Juan Leyton de Llo-Lleo, sin embargo nunca cursó el quinto básico ya que jamás asistió a clases. A pesar de eso en su curriculum él escribía que había cursado toda la enseñanza básica en ese establecimiento.

El 9 diciembre de 1987, por orden judicial del Primer Juzgado de Letras de San Miguel, fue internado en el Hogar El Redil del Ejército de Salvación, debido a una denuncia de abusos por parte de un familiar. Permaneció ahí hasta el 6 de octubre de 1988 cuando se fugó para volver a Valdivia. De todas formas allí quedó registrado el buen comportamiento del muchacho. La asistente social Mariluz Mora Quevedo emitió un informe psicológico con la evaluación de Roberto señalando que "muestra un rendimiento equivalente a una capacidad intelectual normal brillante y alta armonía a favor del área manual".

Incluso, un psicólogo que lo examinó recomendó "tratarlo por medio de métodos razonables y no por medio de castigos, recompensándole cuando se

portara bien y tratando de ignorarlo cuando se portara mal"<sup>14</sup>. Su libreta de notas del hogar el Redil, donde Roberto cursó dos semestres del quinto año básico, muestra buenas calificaciones.

De vuelta en Valdivia volvió a integrarse al colegio "Rehuen", una pequeña escuela rural cerca de la casa de su tía. Sin embargo las cosas nunca fueron fáciles. Roberto era retraído, no entablaba relaciones sociales fácilmente. Sus compañeros de curso se mofaban de él por las llagas permanentes en sus pies cuando hacían las clases de educación física. Lo que ellos no sabían era que sus zapatos estaban tan viejos que él prefería andar descalzo fuera de la escuela. A los 13 años salió de Valdivia cuando su madre biológica consiguió recuperarlo con una orden judicial. En Santiago empezaría una carrera delictual que dejaría huellas.

\*\*\*

Acaba de iniciarse la década de los noventa. La democracia ha vuelto a Chile en todo su esplendor y el nuevo gobierno promete que por fin la "alegría" se instalará en un país gris, acostumbrado a desapariciones y represión. Roberto tiene 13 años y está a punto de debutar en las grandes ligas del delito. Esa noche de abril quedará inscrita en su hoja de vida como la primera vez que violó a una mujer.

Junto a otros tres jóvenes menores de edad de la población José María Caro entra a un departamento ubicado en el centro de la ciudad para robar.

El ataque empieza a las nueve y media de la noche del 28 de abril de 1990. Los adolescentes ingresan por la ventana que está abierta, se deslizan con cuidado, pero el lugar no está vacío. En medio de la penumbra observan la figura de una mujer y sin mediar aviso se abalanzan sobre ella, se trata de una profesora del Instituto Gothe de nacionalidad alemana y solo 31 años.

Anne Susanne se encuentra en la cocina y de pronto siente pasos en su hogar. Antes de que pueda reaccionar se encuentra con los asaltantes frente a sus ojos. La mujer se resiste y ellos le arrojan un macetero al rostro. Anne queda inconsciente. Los hombres comienzan a desvestirla y se dan cuenta de

---

<sup>14</sup> Registros del hogar El Redil del Ejército de Salvación.

que la mujer esta en su periodo menstrual. Como acción refleja y sin ninguna consideración le arrancan de cuajo un tampón que lleva en sus genitales y comienzan a violarla. Ella yace en el suelo sin saber si lo que sucede es real o no, mientras los jóvenes revisan el departamento. Abren el refrigerador y comen algo. Roberto la observa unos instantes y luego la ultraja con aún más brutalidad. Mientras lo hace toma un cuchillo y lo pone en el cuello de la mujer con tanta fuerza que deja marcas visibles. El Tila la mira a los ojos y le dice que es la primera vez que "tiene" a una mujer rubia.

La profesora cierra los ojos y se abandona al dolor. Terminada la vejación Roberto le ata las manos con guantes de goma robados de un cajón de la cocina. El ruido logra atraer la atención del conserje del edificio. Los jóvenes se asustan. Roberto mira por la ventana y ve un carro de Carabineros en la puerta del edificio. Sale al pasillo sigiloso y se topa frente a frente con el conserje del edificio. Comienza a correr. En medio de la adrenalina decide subir a la azotea, el mismo lugar por donde habían entrado. Desde el techo del edificio, se descuelga por el tejado y escapa. Sus dos amigos no corren la misma suerte y caen presos.

Su buena racha no dura mucho, dos días más tarde lo detiene la Comisaría Judicial de José María Caro. Cuando le piden el nombre, Roberto entrega el de su padrastro, quedando así registrado como Tomás Bueno en las fichas de la institución.

Según la ley era inimputable. Poco antes ya había protagonizado un arriesgado robo en el departamento de un japonés en Providencia. Ahí también se descolgó desde la azotea hasta un balcón en el sexto piso. Se llevó poleras, zapatillas y un video.

En el caso de la profesora alemana tuvo suerte. El mayor de los agresores se echó la culpa y quedó como el único procesado. Además, los exámenes del Servicio Médico Legal no consiguieron acreditar la violación y la causa quedó solo como robo con violencia.

De todos modos Martínez fue internado en la sección de menores de la Cárcel de Puente Alto, por sus características sociales: a los trece años, sin padre, con una madre con severos trastornos mentales y cómplice en un delito grave.

La ciudadana alemana abandonó el país apenas se recuperó de la fractura nasal y los hematomas múltiples que le dejaron los golpes, además de intentar sobrellevar un severo estado de shock después de la traumática experiencia.

\*\*\*

***Prisionero de la verdad***

*Letra: Roberto Martínez Vásquez (1992)*

*Estoy preso en mi pensamiento  
Este encierro no me ha de afectar  
Mirando duros fierros y faroles  
Sé que tengo que pagar  
No me importan los prejuicios  
Solo espero libertad  
Prisionero de la verdad  
Esperando buenos días  
Y una visita que ha de llegar  
No me importan las comidas  
Sean buenas, sean malas  
Siempre han de estar  
Mirando por la reja  
Si me vienen a llamar  
Prisionero de la Verdad  
De esta cárcel voy saliendo  
Aunque solo en mi pensar  
Si escuchas mi llamado  
Ven aquí sin preguntar  
Entonces sentiré que soy amado  
Y mucho más  
Prisionero de la verdad  
Prisionero de la verdad*

\*\*\*

José Roberto Martínez Vázquez escribió la canción “Prisionero de la verdad” durante su estadía de 20 meses en la sección de menores de la Cárcel de Puente Alto, un lugar tétrico que entre 1980 y 1997 se convirtió en el infierno de los adolescentes que por delitos o protección debían pasar una temporada purgando sus pecados.

Las estadísticas dicen que al menos 20 mil niños y jóvenes pasaron por la sección de menores de la Cárcel de Puente Alto. Fueron casi dos décadas en las que aquella cárcel fue el gran centro que recogía a los menores infractores. Tanto así que en los '80 la mitad de los niños chilenos acusados de algún delito había estado en Puente Alto. Pero lo que hacía aún más dramática la situación era que, aparte de los infractores, el lugar también servía de “refugio” a muchos jóvenes que debían ser protegidos de las diversas agresiones que ofrece el mundo adulto: golpizas, violaciones, abandono. A todas luces este no era el lugar indicado para protegerse de esos males.

Roberto debió adaptarse rápidamente a ese escenario. Un lugar sombrío y helado compuesto por insalubres barracones donde se amontonaban entre 30 y 40 muchachos. Allí los niños permanecían encerrados bajo llave 16 horas diarias por decisión de la autoridad. La falta de personal imponía esas reglas que les permitían a los vigilantes dormir y organizar turnos de vigilancia más convenientes para ellos.

Como una selva llena de rejas y de espacios agobiantes, los jóvenes tenían su propio sistema de reglas dictadas por el más fuerte. Se imponía aquél que provocaba más miedo. Solo tenían cabida dos “razas”: Los “choros” y los “perkins”, los poderosos y los sometidos. No cualquiera podía considerarse “choro”; la antigüedad, el prontuario, la fuerza y las cicatrices eran la forma de diferenciarse. Se aplicaba la violencia propia de las cárceles de adultos, pero multiplicada por la energía de los adolescentes y la crueldad de los niños. El horror no tenía límites.

Según los relatos de la gente que conoció de cerca los espantos de esta “cárcel de niños”, la crueldad era infinita. Se dice, por ejemplo, que a los primerizos, es decir los más débiles de la cadena, se les aplicaban todo tipo de castigos para quebrar su confianza y someterlos al “sistema”. Se los usaba como bacinica. Los meaban en la boca. Y cuando jugaban cartas en la noche

ponían las velas sobre el cuerpo de estos muchachos para usarlos de palmatoria.

Los esclavos recibían el apodo de "perkins" y su destino era el sufrimiento. Debían satisfacer los deseos de los "choros" y de los amigos de los "choros". Eran violados constantemente, pero no de cualquier forma. Ellos debían desplegar el juego de seducción completo, debían comportarse como mujeres e incitar al jefe para "calentarlo". Las humillaciones eran constantes, pero todos sabían que eso era parte del irracional código de ese mundo.

Roberto, bajo y de contextura esmirriada, debió soportar ese rol. Aunque no estaba procesado por ningún delito, las autoridades consideraron que debían "protegerlo" de su contexto familiar y social y que Puente Alto sería una mejor escuela, y efectivamente lo fue. Aunque en esos meses su único consuelo era que su estadía sería corta. Un año y medio más de dolor era algo soportable para alguien acostumbrado a los golpes.

Y no solo para él, aquella cárcel se convirtió en un foco y una escuela de delincuencia. Pasado diez años los menores ya eran bombas de tiempo para sí mismos y para la sociedad. "Los análisis de los expertos eran claros: en esas condiciones, el único resultado posible será adultos traumatizados, psicópatas, bandas de crueles delincuentes vengativos y violadores"<sup>15</sup>.

Y es que Puente Alto se lo tragaba todo. Nadie se sorprendía al divisar en medio de ese desolado y angustiante paisaje a niños de seis años deambulando asustados en los patios del correccional. Durante las rutinas diarias había escenas de película de horror: niños y adolescentes agachados o en cuclillas durante los almuerzos, echándose frenéticamente la comida a la boca con las manos, como chimpancés. La única diferencia es que ellos ostentaban pulseras de oro y zapatillas Nike.

Poco a poco los recién llegados se iban acostumbrando a este ambiente hostil. Algunos aprendían a defenderse. Otros, como Roberto, debían aguantar los abusos para sobrevivir. Sin embargo en Puente Alto todos, buenos y malos, "choros" y "perkins", vivían en un constante estado de tensión. Los reclusos eran incapaces de relajarse, de salirse de la cárcel mentalmente. Al cabo de

---

<sup>15</sup> Ávalos, Sergio. "Niños en la cárcel". Revista Mensaje. Junio 1985.

unos meses en el lugar todos tenían una mirada vidriosa, como la de un animal acorralado.

El discurso oficial hablaba de rehabilitación. Se intentaba contrarrestar la violencia del lugar con algunas instancias aisladas que permitieran a los jóvenes desahogar sus frustraciones. El Tila o “gitano”, como lo llamaban, brillaba en esas instancias. El muchacho participaba en cada iniciativa que los asistentes sociales, psicólogos o voluntarios de la cárcel intentaban poner en práctica. Si había concursos de pintura, el Tila ganaba el primer lugar; si se trataba de escenificaciones teatrales, no solo actuaba sino que además escribía los parlamentos. Aquel joven bajo y callado se convirtió en la gran esperanza para los funcionarios de la torre de tres de Puente Alto de que la rehabilitación podía ser posible.

Sin embargo no lo sería. La forma en que estaba planteado el sistema desde sus inicios hacía absolutamente inviable aquel milagro. La historia dice que los niños comenzaron a llegar a Puente Alto en 1981, época de una de las mayores crisis económicas del país. A partir de ese año, el Estado de bienestar comenzó a ser desarmado y dejó de participar en áreas como la educación, la salud la previsión o el trabajo<sup>16</sup>.

Los hogares estatales que recibían a chicos para ser protegidos y a infractores para ser sancionados fueron traspasados a privados. Pero el modelo no funcionó. Pocos particulares quisieron hacerse cargo de menores delincuentes. Su aumento, atribuido a la crisis económica del '82, generó una masa creciente que fue poco a poco llegando a las cárceles de adultos del país.

En Santiago esta población se concentró en Puente Alto. Una cifra que se duplicó en la década mientras el dinero para su cuidado fue en franca disminución. Si en 1981 el Estado entregaba al Sename (Servicio Nacional de Menores) 440 mil pesos por niño al año, el '98 esa cifra bajó a 166 mil pesos. En la misma época se llevaron a cabo masivas erradicaciones de los campamentos de las comunas de Santiago y Las Condes.

---

<sup>16</sup> Álvarez, Jorge. La Experiencia Neoliberal en la Atención de Menores en Riesgo Social en Infancia en Riesgo Social y Políticas Sociales en Chile. Instituto Interamericano del Niño, Montevideo, 1994, pgs. 275 a 283.

La premisa de esta política era que reunir la pobreza permitiría focalizar la inversión social. Entre 1979 y 1985 cerca de 40 mil familias llegaron a La Pintana, San Bernardo y Puente Alto. Los nuevos hogares no tenían la infraestructura básica. No había plazas, ni centros médicos, ni escuelas, ni centros deportivos, ni vigilancia policial. Sólo pobres que no se conocían. Muchos de los jóvenes encarcelados provienen de esos barrios aislados. Su vida en libertad y en la cárcel era demasiado parecida. En ese modelo desastroso una generación completa de jóvenes se curtió y fue empujada a la bestialidad. Y cuando lo liberaron fue como soltar a animales enjaulados

\*\*\*

*Nada de lo que pasé ahí fue justo. Acepté mi declaratoria de culpa y me dieron 18 meses. Era como un juego de ajedrez. En este mundo algo así es tan normal, que puede pasar por delante de las narices de la gente y no se dan ni cuenta. Me daban ganas de agarrar a la fuerza de la ley –como se les llama– y ponerlos a todos en filita y pegarle en la cara a uno solo para que se caiga hasta el último. Pero no sé, ya no podía derribar el muro que ya tenía sus kilómetros de espesor... sobre todo si lo estoy haciendo con una mano.*

*Ahí dentro entendí que lo que había ahí era gente igual que la que hay afuera. Ambiciosa y buscando lo mejor para sí y no importándole lo que está alrededor suyo. Lo distinto es que esta gente está encerrada.*

*Empecé a escribir canciones en el '90 y poesía desde antes. Me incliné por la poesía cuando me enamoré. No sé, era algo especial, tenía que tratarla (a la mujer) igual que a un zapato nuevo, algo que no debía ensuciar.*

*Ahí dentro hacer poesía era como algo que hiere sin hacerme sangrar. Traté de no verme ni yo mismo la herida. Y es ahí donde venían los momentos de alegría, aunque estuviera preso. Pero cuando me arranaba (deprimía), cuando me daba cuenta de que todos los días eran lo mismo y eso no me gustaba, no me quedaba más que llorar. O si no, buscar a cualquier persona, una persona que sepa escuchar al menos.*

*Cuando saliera quería hacer una casa, pero construida por mí mismo. Con subterráneo, piscina y todo. Trabajar, comprarme un terreno. Y bien baratita, de barro... medio ecológica.*

\*\*\*

Roberto Martínez llamó rápidamente la atención de abogados y psicólogos del centro por su inteligencia y sus aptitudes. Participó en todos los talleres y actividades que realizaron. Actuó en obras de teatro, pintó y escribió poemas. Y además fue uno de los seleccionados para "Canta con toda libertad" una iniciativa de Mario Rojas, folclorista y productor musical, que en 1992 hizo talleres de creación para jóvenes encerrados en esa cárcel.

Martínez era amable. Usaba un lenguaje distinto a los otros muchachos recluidos. Parecía haber estudiado y cada vez que periodistas intentaban conocer la realidad del centro, proponían a Roberto como entrevistado. Era un caso ejemplar, un niño abandonado que se dedicó a delinquir, pero que había aprovechado las pocas posibilidades que le daba la cárcel.

Precisamente por eso, antes de cumplir los 16 años de edad fue puesto ante las cámaras de televisión en un reportaje sobre la vida de los menores en las cárceles. Ahí contó con voz tímida y en un principio sin querer revelar mucho, algo de su dolorosa infancia.

“Por diferentes problemas no pude estar con mi mamá y a los dos años me fui de ahí. Y fui a parar al sur. Fue difícil por la disciplina que me imponían ahí, me daban tratos muy duros así que me arrancaba de allá y me venía para acá para Santiago”.

Poco a poco el niño artista le revela a la periodista Patricia Bazán, de Canal 13, parte de sus íntimas reflexiones: “La gente pobre no puede seguir pobre, así siempre va a estar rebajada, va a ser rebajada por lo demás. A ninguno de nosotros nos va a gustar andar con los pantalones usados, ya que somos adolescentes nosotros, chuta, tenemos que tener polola, por lo menos ya pensar en cómo proyectarnos hacía el futuro. Y me gustaría andar presentable cosa de no dar un mal aspecto”.

“Yo creo que si me entregaran lo necesario, yo sabría responder con lo necesario (...) No es por justificar pero el que roba no es tan culpable y al que lo roban no es tan inocente”<sup>17</sup>, dice el joven ante la absorta mirada de la periodista que intenta comprender todo lo que le ha sucedido.

---

<sup>17</sup> Bazán, Patricia. Reportaje “Niños en la cárcel” Contacto, Canal 13. 15 de Julio de 1993.

Cuando terminó su condena el personal del Sename también intentó darle una mano. Lo convirtieron en junior de la oficina e incluso le armaron un sueldo con aportes de los funcionarios. Gloria Gaete, psicóloga de la cárcel de Puente Alto en aquellos años, recordaría tiempo después que “dada las características que él mostraba era muy posible, aparecía como un terreno bastante fértil de poder sembrar, de poder cultivar y de poder cosechar resultados favorables. Por eso hubo gente que se vinculó con él, que se preocupó por él, se preocupó por darle incluso opciones laborales”.

Roberto era el “niño maravilla”, un ejemplo, un chico con interés para aprender, que le gustaba leer y se despeñaba correctamente en su trabajo. Todos pensaban que si alguien merecía una segunda oportunidad era él. Después de criarse y “educarse” entre las cuatro paredes de una celda, era un milagro que aquel joven aún tuviera ese espíritu de superación. Muchos funcionarios del Sename incluso lo alojaban en sus domicilios cuando él les decía que no quería volver a su casa.

De hecho, terminado su trabajo como junior le extendieron un certificado firmado por Rebeca Araya Basualto, jefa de la Unidad de Comunicaciones del Sename, donde se destaca la “capacidad de trabajo y honradez” de Roberto.

Sin embargo, el Tila no pudo escapar mucho tiempo de su realidad y volvió a su hogar mal constituido con una madre enferma y un padre ausente. A sus barrios con calles estrechas, casas pequeñas, plazas sin árboles, canchas de polvo y jóvenes que no pensaban en el futuro, sino en sobrevivir en el presente.

\*\*\*

La madrugada del 5 de marzo de 1994 Roberto Martínez Vásquez comenzó lo que sería su modus operandi. Acompañados de otros dos tipos llegó al barrio alto de la capital. “El Chino” era el contacto al que había que acudir, hijo del jardinero de una de las más lujosas residencias del sector, facilitaría el ataque a la casa y haría todo mucho más sencillo porque conocía el lugar y sabía quienes estarían ahí esa noche.

Eran cerca de las dos de la mañana, cuando Roberto y sus amigos ingresaron a la casa del empresario Eduardo Silva, de 65 años y ex gerente de El Mercurio, ubicada en la calle El Canal en el exclusivo barrio de Lo Curro.

Se adentraron desde la ventana de uno de los baños de la casa. Caminaron en penumbra por el pasillo y en minutos estaban frente al dueño de la propiedad que dormía plácidamente junto a su esposa María Cristina Prado.

De pronto el empresario se sobresalta y abre los ojos como tratando de despertar de una pesadilla. Entonces ve a los tres intrusos frente a su cama. Un terror indecible, como el coletazo de una descarga eléctrica, le atraviesa el rostro. Roberto se lanza encima de él y el hombre emite un alarido. Antes que pueda hacer algún movimiento, el Tila lo agarra del cuello y comienza a amenazarlo con un cuchillo. Los segundos parecen congelarse.

El empresario se desespera, se mueve, forcejea y el cuchillo se clava en su piel. La sangre comienza a correr. Roberto y sus amigos lo amarran mientras la sangre empapa sus ropas. Uno de ellos se encarga de maniatar a la empleada doméstica de la casa. Luego toman a la mujer, le atan las manos y la obligan a revelar los lugares de su hogar donde guarda sus mayores tesoros.

—¿Dónde están las joyas, el dinero y los objetos de valor?

Comienzan a recorrer la lujosa residencia. Caminan con la calma de un turista, mientras la mujer solloza por la salud de su esposo. Lo revisan todo, toman whisky e incluso ríen, mientras el empresario sigue sangrando y la empleada de la casa continúa amarrada.

Después de dos horas el botín consiste en una pistola calibre 33, un abrigo de piel, poco más de 100 mil pesos en efectivo y otras especies domésticas por valor aproximado a los tres millones de pesos. Parecen satisfechos y es hora de huir.

El grupo escapa en el automóvil Subaru Legacy del año, propiedad del jefe de hogar. Se alejan del lugar con rapidez. Corren a toda velocidad con los rostros llenos de satisfacción. Es necesario celebrar y por eso deciden hacer escala en el topless “Unicornio”, ubicado en Providencia, donde beben y celebran el éxito de la operación.

El amanecer los sorprende rumbo al norte. La velocidad aumenta y la alegría también. Ahora solo se trata de acelerar hasta llegar al nuevo destino. Los planes son ir a San Felipe, donde el “Chino” tiene un *dealer* de marihuana. Allí se darán la gran vida por un rato.

Sin embargo, las cosas no resultarían tan sencillas. La agitación del “triumfo” que acaban de lograr les pasa la cuenta y en medio del viaje Roberto

pierde el control del auto. Las carcajadas se apagan violentamente. El auto se vuelca a la orilla de la carretera cerca del embalse Rungue. Todo se va a negro por un instante. Parece el final, pero es solo el principio.

Roberto abre los ojos y se da cuenta que sus amigos han huido. Él está atrapado y no logra zafarse del auto y salir de ahí, antes de que lo descubran. Escucha unas voces, se trata de un grupo de obreros que descubrieron el accidente antes ir a su trabajo. Sigue forcejeando y logra llegar a la pistola que guardó en su bolsillo. Un tiro al aire, termina de súbito los cuchicheos de los observadores. ¡Váyanse!, grita Roberto, mientras se esfuerza por deshacerse del auto. Ahora está de nuevo en libertad, y los hombres asustados por el loco que grita y da tiros al aire, observan solapadamente desde la distancia.

Roberto emprende camino, avanza cojeando varios metros hasta que logra que un bus se detenga y lo deje subir. Está solo de nuevo, pero parece salvado. Sin embargo unos minutos después el bus es interceptado en un control de tránsito por Carabineros. La noticia del asalto, ya se conoce. La mujer del empresario logró dar aviso y llevar a su esposo a la clínica más cercana. Roberto es detenido y puesto a disposición de la ley.

\*\*\*

### **“De la vida”**

**(José Roberto Martínez Vázquez)**

Tus padres te trajeron a vivir,  
Inconcientes te trajeron a sufrir.  
Te han dado la vida  
Y con ella aflicciones que hoy te castigan  
Y a mí por mis acciones.  
Tu sociedad, tu justicia me ha quitado lo poco,  
Lo único que me quedaba de libertad  
En esta moribunda tierra  
En esta cárcel hay soledad,  
Soledad que me amarga,  
Soledad que me hace sufrir.  
Días y noches de miel amarga  
Y yo solo quiero vivir  
Para así poder existir  
Y así sobrio de libertad y deseo  
Me embriago en la soledad.  
Me ahogo pero trato de flotar  
Con mis ansias de libertad.  
Sí, no lo niego, he obrado mal.

\*\*\*

Cuando llegó a la cárcel de Colina I, el Tila sabía que todo comenzaba de nuevo. Su nuevo “hogar” sería la Calle 4, reservada para delincuentes sexuales. Él ya conocía el sistema y las formas para sobrevivir en el encierro. Con 18 años recién cumplidos de nuevo estaba en la cárcel y la condena decía que debía estar otros seis años, por robo con violencia.

A poco andar sus compañeros le dieron un nuevo sobrenombre, lo apodaron el “serrucho” porque trabajaba en la sección de mueblería y tenía talento para la carpintería. Ahora su vida se desdoblaba en sus intentos por

encajar, participando en todo tipo de actividades y el miedo de ser un perkins, un personaje que ya había interpretado antes y que no quería repetir, aunque ese tipo de destinos fueran muy difíciles de quebrar.

Jorge Aguilera, el psicólogo encargado de los beneficios penitenciarios del penal, lo entrevistó varias veces y conoció en ese momento su historial médico y familiar. Se enteró de su infancia marcada por violencia intrafamiliar, por maltratos físicos y del tratamiento psiquiátrico por hiperactividad a la edad de diez años al que se sometió Roberto. Pese a sus difíciles antecedentes, en cada entrevista el Tila se mostraba cordial y accesible.

El psicólogo observó de cerca a aquel muchacho entusiasta que parecía tan llano a participar en las actividades del penal. Sin embargo, pudo ver que el miedo de Roberto se había cumplido. Su carácter silencioso, contrapuesto al de los líderes de la cárcel, lo hizo convertirse nuevamente en un perkins, encargado de lavar los platos, preparar el almuerzo y en el peor de los casos “complacer” a sus “jefes”.

Pero el “serrucho” no se dejaba abatir y participaba en todo tipo de actividades para conseguir el beneficio de la libertad. Por ejemplo se sumó a encuentros cristianos donde invocaba al Señor y leía pasajes de la Biblia. Cambió su vestuario y se convirtió en un “hermano”. También tuvo acceso a cursos y se mostró interesado en capacitarse en panadería y gasfitería para adquirir un oficio. Sin embargo, y pese a su intachable desempeño, nunca le entregaron los beneficios a los que intentó postular.

Pese a esto siguió exhibiendo una conducta más que correcta. Se aficionó a la lectura de textos de filosofía e incluso intentó, sin buenos resultados, desistir de su debilidad por las drogas, fundamentalmente anfetaminas y marihuana. Aunque nada de eso parecía conmover a los encargados de vigilarlo.

En cada una de las entrevistas con los psicólogos de la cárcel, algo no encajaba. Roberto era sumiso y parecía un buen candidato para recibir beneficios y la ansiada libertad, pero sus características positivas y su afán de mostrarse como un hombre rehabilitado nunca lograron convencer. Inevitablemente los evaluadores tenían la sensación de que el joven que tenían enfrente solo quería manipularlos, fingir una personalidad que no era la suya, falsear sus emociones y engañarlos para poder salir de la prisión.

Jorge Aguilera recordará años después que habían ciertas fallas en aspectos fundamentalmente de su personalidad. “El tema del control de los impulsos y la modulación de la agresividad, dilucidaban ciertos rasgos de inmadurez e inestabilidad emocional que siempre terminaban descartándolo como candidato”, dirá.

Transcurrieron los años y una y otra vez sus solicitudes fueron rechazadas. Finalmente Roberto logra salir de la cárcel el 3 de junio del 2001, después de cumplir su sentencia completa. Entonces vuelve a su vida, a la calle, a empezar de cero. Regresa a su hogar y se encuentra con el triste cuadro de su progenitora que lleva un año de encierro, aquejada de una de las peores crisis de su enfermedad.

Roberto vuelve a la población José María Caro como el hijo no pródigo después de años en prisión. Todo parece congelado. Ahí está su madre, la oscuridad, el cuarto en penumbra, el olor a lo humano, las sabanas revueltas, los cabellos enredados y sus muñecas heridas por viejas cicatrices. Ahí está Matilde, la Tila, con su cara redonda, acostada en la cama con su pelo color azabache que prácticamente le llega a la cintura, ausente como una machi en un instante de revelación. Allí está la mujer de voz ronca que lo crió, coronada por un halito de pañuelos empapados de lágrimas. No es la primera vez que presencia esta imagen, por eso no se sorprende. Esta es y siempre ha sido su realidad.

\*\*\*

*Cuando estuve preso en la cárcel fui "perkins" y también me maltrataron. Eso significa que debía lavar la ropa y si a alguien se le ocurría, me ocupaban como mujer. No sé si soy homosexual, los homosexuales tienen dominio sobre sí mismos, yo no. Tengo preferencia personal por las mujeres, pero a quién le importa cuando uno está siendo agredido. Antes tuve miedo a todas esas cosas, pero como a los 16 años le perdí el miedo. ¿No es patético lo que cuento? Pero es mi vida.*

*De la gente en la cárcel, no espero nada. Pero sé que casi todos tienen la misma historia que yo, todos necesitaron oportunidades y lo único que recibieron fueron migajas. Por esa parte sé que me van a comprender.*

*Mi mamá ganaba 30 mil pesos por una pensión de invalidez. Estuvo un año encerrada en su pieza, sin nadie. Sola. Y cuando salí de prisión, el primer día, tuve que ir a hacer el aseo a su pieza. Yo, encerrado en un calabozo después de 15 ó 30 días, salía enfermo. Imagínate ella. ¿Qué por qué desaproveché las oportunidades? Mi mamá no tenía baño. Ella no reaccionaba con nada y tuve que luchar con eso y, además, salir a buscar trabajo.*

*Me idealizaron. Me mostraron como un ejemplo. Mostré mi potencial. Pero era tiempo de otras personas que no tenían nada que ver conmigo. He seguido escribiendo y pintando. Pero todo eso tiene un costo, la pintura cuesta plata y no podía quedarme en la casa. No tenía plata ni para ir a buscar trabajo. Esas oportunidades solo sirvieron para mostrar mis reales capacidades.*

\*\*\*

Caen las últimas hojas del otoño en Santiago, es jueves 16 de mayo del 2002. Una noche cualquiera. Pero tal como siempre ocurre, las desgracias aparecen cuando menos se esperan, sin anuncios ni señales. En su departamento de la calle Rosal, en pleno Barrio Lastarria, una pareja de 32 años ve televisión y disfruta de la quietud y belleza de unos los barrios bohemios más apetecidos del centro de la ciudad. El viento azota fuerte y Daniela, que al otro día debe reiniciar su rutina como ejecutiva bancaria, se levanta a cerrar la ventana del baño. Ahí empieza la pesadilla. Sin ruidos ni presentimientos, lo ve. Roberto está ahí, frente ella como una aparición, con una pistola en las manos. Entonces la escena se congela. Nadie se mueve, nadie respira, nadie pestañea. Un grito devuelve todo a la normalidad. El Tila se acerca mientras la apunta con el arma, le habla en voz baja, le dice que coopere y todo será rápido, mientras roza su cuerpo con la pistola, Daniela tiembla.

En cosa de minutos, el Tila ha convertido una noche de rutina en un infierno completo. Mauricio Ruiz, el propietario del departamento y pareja de Daniela, está atado y encapuchado sobre la cama matrimonial sin poder ver a su pareja, solo imaginando su sufrimiento. A su lado yace su mujer con ojos llorosos y su cuerpo abandonado a la abusiva lujuria del Tila. Manuel se mueve

tratando de reaccionar ante los llorosos murmullos de su mujer, pero no lo logra. Y los ahogados gritos continúan al igual que los golpes de resonante violencia. Manuel se mueve frenéticamente intentando hacer algo, pero solo logra emitir una queja casi animal, un ronco lamento frente a la terrible pesadilla que trascurre a su lado. Un segundo después el Tila ubica el afilado cuchillo en su estomago, y le ordena que se quede quieto o morirá.

Pero este es el clímax de su crimen, antes Roberto Martínez ha evangelizado a sus víctimas con discursos sobre el sufrimiento de los pobres, y las injusticias sociales que miles de personas viven diariamente ante los ojos de gente como ellos, felices y bien alimentados ¿Qué clase de estilo de vida es ese? Uno que desprecia a la gente humilde, que se ríe de su sacrificio, les grita Roberto para luego golpearlos en medio de sus episodios delirantes.

Terminado el ultraje de la mujer, el Tila recorre el departamento observando todo eso que detesta, pero que al mismo tiempo parece encandilarlo. Disfruta del bien abastecido refrigerador, come con ansiedad la variada oferta que encuentra en la cocina. Revisa los libros que la pareja acumula en los estantes, se detiene particularmente en los de filosofía e improvisa un debate con sus interlocutores. Se siente dueño del lugar. Pasan un par de horas que para la pareja parecen semanas, meses, en las que minuto a minuto van siendo despojados de todo, del control de sus vidas, su dignidad, la seguridad de su hogar.

El Tila ocupa el baño, se ducha y luego elige cuidadosamente la mejor camisa del dueño de casa. Prueba los perfumes, se mira al espejo y sonrío como si en ese instante estuviera experimentando una epifanía, la obtención de eso que siempre buscó y jamás tuvo. Arroja su ropa vieja al basurero y sale del lugar para desaparecer en la fría bruma del amanecer.

Antes de irse roba dos celulares y algunas joyas. Y parte con la misma tranquilidad con la que había llegado, sin saber que cuando finalmente se ordené el puzzle en torno a sus actos, esa noche será la clave para detenerlo.

\*\*\*

La única vez que el Tila mató fue por venganza. Su novia abortó a su hijo y él le pagó con la misma moneda. La quemó y luego se comió sus intestinos. Eso fue lo que dijo, eso fue lo que se publicó ampliamente en los diarios y se comentó en la televisión. Aunque esa historia caníbal nunca cuajó totalmente, porque su versión no coincidió con las pruebas científicas realizadas al cadáver de la joven. Su abogado defensor, Carlos Quezada, tampoco creyó nunca aquella historia. El jurista desde el principio sintió que eso, como muchas otras cosas en la vida del Tila, era parte de su afiebrada imaginación y de su afán de impactar a la opinión pública. Nadie podría descartar o afirmarlo. Este es otro de los enigmas que la existencia de Roberto no fue capaz de responder.

La historia de Maciel y Roberto se gestó entre el polvo de las calles de la población José María Caro, ubicada en el eje urbano Sur-Poniente santiaguino. Una zona con una densa carga simbólica e histórica, por la gran organización y movilización social de sus vecinos durante la sangrienta dictadura militar, que ahora era ampliamente asociado como un sector donde abundaban la delincuencia y el narcotráfico.

En ese escenario se conocieron ambos jóvenes. Ahí nació su historia, común, pequeña y dolorosa. Ella tenía 15 años y en ese entonces era una muchacha morena de grandes ojos negros y que alguna vez tuvo una sonrisa brillante, que la adicción a la pasta base carcomió totalmente. Eran vecinos y cómplices en el deseo desbordado que le provocaba la droga. Al principio compartieron la euforia y la alegría forzada, la sensación de despegarse del suelo e irse muy lejos de todo. Pero también pasaron juntos horribles e interminables noches torturados por la añoranza de la droga, sintiéndose tan desesperados como enfermos.

Maciel Zúñiga Pacheco vivía junto a su madre Magali Pacheco, una mujer humilde que siempre trabajó en La Vega para mantener a su familia. Además en su casa de la población La Victoria residía también su abuelo, Juan Pacheco Cortés. Maciel conocía el poder de las drogas. Su padre, que abandonó a la familia años antes, se suicidó en medio de la depresión y la angustia que le producía su adicción. Maciel y su familia sabían que estaba

sumergido en el vicio del alcohol y que no había forma de recuperarlo. De todas formas siempre se las habían arreglado solas.

La futura polola del Tila apenas iba al colegio y trabajaba embalando fruta en la feria Lo Valledor. Con el dinero compraba droga, pasta base de cocaína más exactamente. Con el correr de los meses fue adelgazando y desvaneciéndose ante los ojos de todos a su alrededor.

Maciel era un fantasma para su familia, casi no pasaba en su casa, salía con “amigos” y había muchos días en los que no regresaba. Su madre jamás fue capaz de contenerla, se le escapaba de las manos y cada vez que prometía que esta vez si sentaría cabeza, que esta vez si se portaría bien, a la mujer no le quedaba más remedio que creerle. Aunque Magali Pacheco sospechaba lo que ocurría con su hija, nunca pensó que sería tan grave. Ya había insistido en que se rehabilitara y siempre tuvo la esperanza que su hija podría salir del vicio. Pero la triste realidad era que la vida de Maciel era la droga y su espacio de libertad la calle. Era una adolescente abandonada a los dominios de su adicción.

Dos años antes de morir, cuando cursaba octavo básico, permaneció internada durante varios meses en el Centro de Orientación Femenino y se sometió a un tratamiento de rehabilitación. Nunca intentó escapar, pero la ansiedad y la angustia hicieron que se acostumbrara a auto inferirse heridas en los brazos. De hecho, se pudo reconocer sus restos y tener certeza de su identidad gracias al hallazgo de uno de los brazos mutilados, completamente tajeado.

Su madre nunca supo del embarazo. El aborto, como tantas cosas, lo hizo a escondidas. Así era ella, ya no pedía permiso para nada, tomaba sus propias decisiones. La pasta base también le había dado la ilusión de independencia, de control, de poder. Por eso ninguno de sus familiares se enteró de lo que la muchacha había hecho.

Una tarde regresó a su casa después de días de ausencia. Delgada y notoriamente demacrada. Se cambió de ropa, se bañó y almorzó con su madre. Horas más tarde volvió irse, se despidió de su abuelo Juan con un "me voy a rumbear, pero a lo mejor no nos vemos nunca más". Esa fue la última vez que sus familiares la vieron con vida. Días después se enterarían con estupor de

que el cadáver incinerado encontrado en la línea del tren y que fue el comentario obligado de todos los vecinos, era de la mismísima Maciel.

Roberto la había invitado a su casa. Sin resentimientos por sus acciones. Ambos fumaron pasta base y se reconciliaron. En medio del reencuentro, el Tila le propone un juego sexual, que ella consiente. La ata a una silla y le venda los ojos. Entonces desnuda sus verdaderas intenciones. Comienza a estrangularla, pero no tiene éxito. Ahí le clava un cuchillo en el abdomen. Luego descuartizó el cuerpo y la incineró.

El domingo de esa semana, se celebraba el día de la madre y Magali Pacheco esperaba a su hija Maciel con ansias. Sin embargo, el regalo que recibió fue el más terrible que una madre puede obtener. Aquél domingo en la tarde la Policía de Investigaciones tocó su puerta. El aviso, frío y preciso, se clavó como una estaca en su alma: era muy probable que el cadáver encontrado en la línea férrea fuera de su hija. Dos días después tuvo la certeza cuando le entregaron el examen de ADN y coincidió en un 99,9 %.

En dos ocasiones anteriores Maciel había regresado de la muerte, después de que su madre hiciera constancias policiales por presunta desgracia y la policía asociaría su desaparición con los atropellos de dos mujeres en la vía férrea. Magali no pudo evitar pensar que su hija otra vez regresaría y se burlaría de su angustia. Pero esta vez no lo hizo.

Roberto mientras tanto fue arrestado y confesó el crimen en una declaración extrajudicial, que después desmintió. Sin embargo, no se dio la orden de detención. Sólo el hecho de que contaba con una orden de detención pendiente, impidió que fuera dejado en libertad.

Magali no recordará haber visto mucho al Tila antes de su encuentro en tribunales. Fue semanas después de la muerte de su hija cuando lo tuvo cara a cara, frente a una jueza. Maciel nunca lo presentó formalmente y tampoco él la iba a buscar a la casa, ella lo conocía solo de vista hasta aquel encuentro en que su rostro quedó grabado para siempre en su memoria. Fue un instante breve, pero inolvidable. Él entra en la sala con dos guardias y la mirada en el suelo. Al verla, con voz susurrante y ojos vidriosos, levanta la vista y le dice: “discúlpeme ¿ya?”.

\*\*\*

*Los primeros días de mayo llegó a mi casa Maciel Zúñiga, la había conocido como seis meses antes como una drogadicta del sector y entablamos una relación amorosa. Éramos pareja, aunque no formal. No salíamos y esas cosas.*

*En febrero me enteré que estaba embarazada. Me alegré mucho por eso, mi anhelo más grande era tener un hijo. Tuve plata, como \$ 300 mil y le pedí que nos organizáramos, que se quedara conmigo (...) luego de esa semana en mi casa, se fue.*

*Cuando me enteré que ya no estaba embarazada, no pude con la rabia. Ojo por ojo, diente por diente. La maté con un cuchillo. Después estuve juntando la leña, me acordé de la película “La Lista de Schindler” y de los incineradores, así que decidí quemarla.*

*Sé que matar a la Maciel fue gravísimo, pero lo que vino después fue mucho peor y esto lo mantenía en absoluto silencio hasta ahora. Fui caníbal. La única razón para comerme parte de la Maciel fue de rabia. Quería encontrar el feto, quería comerme el útero.*

\*\*\*

Eran cerca de las nueve de la noche, Roberto había emprendido un viaje hacia el barrio alto de la capital. Parecía ser conciente de que se trataba de su gran golpe y por eso se vistió para la ocasión con un impecable traje negro formal, una camisa negra y corbata del mismo color. El único detalle que arruinaba su atuendo eran sus discordantes zapatos café, ya no cabía irritarse por eso, en su vida las cosas nunca eran perfectas.

Pronto se alejó de sus territorios llenos de barriadas de casitas bajas, todas iguales, con barro y perros esqueléticos, para adentrarse en esa otra ciudad, luminosa y feliz, que existía en los altos cerros de Santiago y que siempre había sido la ciudad de los “otros”. Observó todo como si estuviera presenciando una película. Las casas bien pintadas con muros altos y amplios jardines. Un ambiente aséptico y perfecto. Autos del año adornando los frontis de las calles. Ningún muro rayado. Toda la arquitectura de final feliz, como de postal.

Recorrió la comuna de Lo Barnechea con sigilo y finalmente llegó a su destino. Se adentró en los cerros que rodeaban el imponente condominio Huinganal. Nadie entiende cómo logró burlar a los cinco guardias que operaban cada dos turnos y los 24 vigilantes que recorrían el sector. Tampoco fueron de utilidad las siete cámaras de video en las afueras del condominio, ya que ninguna registró la imagen del Tila.

Se escabulló e ingresó por la cocina. Ahí encontró el cuchillo que le serviría de arma. Se movió lentamente por el departamento y observó todo con detención. Miró con desprecio y envidia la lujosa vivienda. Todo era bello y bien ubicado. Arrugó la frente y frunció el seño, tal vez recordando la casa de su infancia siempre en penumbra y que olía a enfermedad, a sábanas sin cambiar y aire recalentado, ese aire quieto de los cuartos que jamás se ventilan.

Sin ser escuchado llega hasta la habitación, donde juega un niño de once años. El Tila saca una pistola y comienza a hablarle con malestar, detestando su suerte, le golpea la cara y lo empuja. Le recrimina por tenerlo todo y le cuenta, como si fuera una aparición de la noche, que él nunca tuvo nada a su edad, él estaba en la calle, sin nada. Lo golpea y luego calmadamente, mirando a los asustados ojos del niño le dice: “Tu padre te salvó”. Juntos caminan hacia el living donde se escuchan las voces del televisor. Ahí tres mujeres, la madre de 42 años, la hija de 18 y la nana de 52, observan el aparato.

La imagen es escalofriante. El Tila aparece en escena encañonando al pequeño de la casa, grita y amenaza a las mujeres. La desgracia parece adherirse inevitablemente a ese lugar. El Tila no se detiene y ocupando al niño como escudo conduce con violencia a las residentes del condominio hacia una habitación donde las amarra con hábil técnica.

Enardecido les ordena que le entreguen medicamentos, una de ellas abre una cajón y saca una caja de ansiolíticos. Entonces el Tila las obliga a ingerir fuertes dosis de benzodiazepinas y ansiolíticos para que pierdan el control sobre sí mismas. Con la situación bajo control, Roberto se siente seguro, toma una Biblia del velador de la habitación y comienza a leerles un pasaje del libro del Deuteronomio del Viejo Testamento, en el que Moisés se despide de su pueblo y les advierte que si no guardan una fidelidad a ultranza a

las escrituras, serán ingratos y poco merecedores del amor de Dios. Él los ha elegido, y ellos han de honrar esa confianza o desaparecer.

Terminado su escenificación pastoral, la joven estudiante universitaria se convierte en la siguiente víctima. Roberto es el amo del lugar, se dirige a cada una por su nombre y con soberbia les ordena que le entreguen dinero y joyas. La muchacha confundida le da sus tarjetas de crédito y joyas. Divertido con la escena, comienza a jugar con ella y empieza a tratarla como su novia, la obliga a que vaya a la cocina y le prepare algo para comer. Los segundos transcurren lentos, la muchacha llora y tiembla.

Con la adrenalina fluyendo por su cuerpo, la sangre batiéndole en los oídos y el cerebro cegado de miedo, la joven intenta improvisar una comida. En un momento de descuido abre uno de los cajones del mueble, saca un cuchillo y se lanza sobre su captor, hiriéndolo en la espalda. El Tila, la reduce rápidamente y descarga su rabia contra ella, la golpea brutalmente y para castigar su osadía, la viola. Luego la apuñala varias veces para demostrar que con él no se juega.

Pero su furia aún no ha sido saciada, mientras la joven yace en el suelo de la cocina mal herida, el Tila regresa a la habitación, golpea a la madre y luego la viola delante de su hijo y su nana.

Como amo y señor de las vidas de sus víctimas, se pasea por el lugar repitiendo su acostumbrada fantasía de poseer todo lo material que nunca tuvo. Adueñarse de ese lugar, beber los licores, probarse la ropa. Ser uno de ellos por unas horas. Pero también odiar ese sitio y lo que representa, su lujo, su tranquilidad y su calidez. Como muestra de su profundo desprecio por aquella vida comienza a defecar en la alfombra del living y luego en diferentes lugares del departamento. Dejando huellas tangibles de su desprecio. Antes de partir al amanecer, vuelve a preguntarle a sus víctimas, donde podía tomar locomoción para regresar a su realidad.

\*\*\*

*Salí de mi casa y me compré 10 mil pesos en pasta base. Además me habían dado un frasquito de éter... tomé una micro y llegué allá. La primera idea que tuve fue sustraer un vehículo, pero no para venderlo ni nada de eso,*

*sino que con la idea de chocarlo, de hacer una carrera en la Kennedy para sentir desahogo. Quería quitarme la vida*

*¿Si pensé en matarlos? Sí, pero no quise hacerlo... no se dieron las condiciones... Quizás si lo hubiera hecho, no estaría preso. Para librarme de la electricidad que me aplicaron los señores detectives dije que en mi casa bajo el horno de barro tenía cuerpos de víctimas que ahora consta al tribunal jamás existieron y la prensa en su afán carroñero... hice suponer a la opinión pública que allí se encontraron partes de aquella mujer lo que es falso. Aunque esto cause perjuicios en quienes me juzgaron.*

*La sociedad pone lo que es bueno y malo. Mis parámetros y mi escala de valores se adaptan al momento, según las circunstancias. Definitivamente no creo en el amor, es una utopía para aquellos que lo pueden alcanzar. Bueno es comer, respirar, sobrevivir, una familia, que alguien lo espere a uno.*

*¿Qué es malo? ¿Por qué eleva la conversación, señor juez? ¿Si quiero agregar algo? Sí, quiero irme a mi casa, quiero una vida.*

\*\*\*

La aparición del “psicópata de la Dehesa” se convierte en una sombra que eclipsa la quietud del barrio más acomodado del país durante semanas. Los medios cubren con pelos y señales cada paso de la investigación. La prensa no da respiro en su labor. El vértigo informativo comienza a producir las más disímiles tesis.

¿Se trata de una venganza?, ¿drogas, amantes, adicciones? Cualquier pista podría servir, por eso se escudriña en el pasado y los pecados de los protagonistas ABC1 de aquel macabro hecho policial. La sangre vuelve a la primera plana y el misterio del psicópata con discursos de reivindicación social lo invade todo.

A mediados del 2002 las encuestas<sup>18</sup> informan que un 97 por ciento de la población está al tanto de la existencia del psicópata. La pesadilla burguesa del marginal sin rostro, rondando los barrios y condominios más exclusivos, entrando por la ventana, robando los bienes conseguidos con esfuerzo,

---

<sup>18</sup>Encuesta Fundación Futuro julio 2002, página 2.

violando a sus mujeres, se hace realidad a través de los diarios y la televisión. Un hombre que nadie ve, que ni los guardias ni las rejas ni las cámaras de vigilancia, capturan. Un ser resentido, rabioso y violento que no solo quiere robar sino también castigar.

El miedo y clamor público hacen que las autoridades reaccionen con premura y que se redoble la seguridad. Los políticos hacen llamados públicos a todas las instituciones, justicia, policía, gobierno, el criminal debía caer antes de que otra víctima apareciera.

Ante la brutalidad que emplea Martínez Vásquez sobre la familia de La Dehesa, la presión mediática se hace insostenible. El propio ministro del Interior, José Miguel Insulza, y su subsecretario, Jorge Correa Sutil, urgen pública y privadamente a la policía y los tribunales a resolver el caso.

El juez Carlos Carrillo es el encargado de resolver el misterio, articular la investigación y coordinar a Carabineros y a la Policía de Investigaciones para encontrar al responsable del asalto en La Dehesa.

Como un jugador de ajedrez, la primera movida del juez es conocer a su adversario. Estudiar sus movimientos y tratar de entender sus acciones. A poco andar se da cuenta de que no era la primera vez que ocurría un ritual como el de La Dehesa. Junto a la policía analiza las similitudes con otro asalto acaecido en Vitacura.

En ambos casos ataca de noche, ingresa a los inmuebles sin elementos, salvo una pistola, para perpetrar sus ataques, obteniéndolos en el lugar del crimen. El sujeto además corta los cables telefónicos y pide cordones de zapatos para atar a los agredidos. Las amarras también son similares. Ata las muñecas de las víctimas atrás de sus los talones para inmovilizarlas. El delincuente además pide medicamentos para dopar a las mujeres. En ambos departamentos come durante su larga permanencia en los inmuebles.

Con las pruebas a la vista, no hay duda de que se trata de pesadillas equivalentes; infiernos orquestados por el mismo criminal. A poco andar otro asalto remite al mismo sujeto. Se trata de uno ocurrido tiempo antes en la calle Rosal ubicada en el barrio Lastarria. Otra vez las mismas huellas, un “autor” que deja marcas y sello particular. Conocidos los nuevos antecedentes la Corte de Apelaciones de Santiago deja al juez Carlos Carrillo a cargo de los tres expedientes.

Se forma una fuerza de tareas en cuanto comienza a sospecharse de un delincuente atípico. Los jefes policiales recorren el departamento de La Dehesa. Evalúan sistemáticamente las pesquisas. Ya han perdido mucho tiempo y si no aparece pronto el psicópata rodarán cabezas. Entran la Brigada de Robos, la de Delitos Sexuales, la de Las Condes, la jefatura de Inteligencia y el Laboratorio de Criminalística. Con retrato hablado en mano, se examinan cinco mil carpetas de violadores y asaltantes. Finalmente aquel infinito universo de delincuentes queda acotado a 22 “finalistas” que se disputan el título del “delincuente más buscado del momento”.

Paralelamente se rastrea a reducidos, mercados persas y otros lugares buscando las especies robadas, hasta dar con un medallón sustraído en La Dehesa. Cuando se filtra el retrato hablado comienzan a llegar denuncias a todas horas. El sospechoso aparecía por todos lados, pero nadie podía atraparlo. Un equipo se dedica a filtrar las llamadas; otro viaja a Osorno a descartar una pista vieja. La prensa amplía la cobertura del caso.

La Corte de Apelaciones de Santiago también reacciona. El martes 1 de julio designa oficialmente al magistrado Carlos Carrillo como juez con dedicación exclusiva para investigar los crímenes del sicópata. La medida, es la última oportunidad para resarcir los errores anteriores en la investigación, como lo fueron la tesis de la venganza contra la familia de La Dehesa, el hecho de no periciar inmediatamente un cuchillo ensangrentado dejado en el condominio de El Huinganal, las descoordinaciones policiales y el descubrimiento, semanas después del delito, de que el psicópata había pinchado las ruedas del auto de una de las víctimas.

Además del interés generalizado por encontrar al psicópata, la revelación de una red pedófila hecha por el programa “Contacto” de Canal 13 deja a Investigaciones en un escenario aún más delicado. Todo el mundo exige resultados. La adrenalina empieza a correr, es necesario encontrarlo lo antes posible. Se analizan en detalle los pormenores de los abusos sexuales a las víctimas. También los detalles del ritual y de las amarras. Los comentarios que hacía luego de las violaciones. Cualquier cosa podía ser ese pequeño destello que iluminara el enigmático cuadro

Desde el caso de Rosal surge una pista –especies robadas en el departamento vendidas entre reducidos– que lleva a la policía a una casa del

pasaje Acapulco, en la población José María Caro. A pocas cuerdas de la casa de Martínez se instalan puestos de vigilancia.

El cerco se estrecha. Entre los 22 perfiles aparece Roberto Martínez. Se piden sus huellas. Se busca su paradero. El destino por fin parece sonreír, las cosas se van aclarando como en un puzzle que al fin toma forma. El Tila ya estaba detenido por la muerte de Maciel Zúñiga, como siempre, en la cárcel de Puente Alto.

Cuando se percatan de que la ficha de la Brigada de Homicidios señala que Martínez tenía una herida en la espalda, el triunfo se siente en el aire. De inmediato la imagen de la joven violada en La Dehesa, hiriendo en las costillas a su agresor se posa en sus mentes.

La ficha de Martínez decía que su herida era producto del forcejeo con Maciel. Sin embargo en la misma institución aún estaba la camisa manchada con la sangre del Tila. De inmediato se le envía al Laboratorio de Criminalística para el análisis de ADN. La mañana del lunes el Lacrim comienza su trabajo. Por la tarde está cotejado. Es el mismo de los tres asaltos.

A las cuatro de la madrugada del martes en el cuartel central se terminan de hacer los análisis. Durante la noche se redacta el informe al juez Carrillo. Una vez que el juez notifica al procesado, se dirige a la Corte de Apelaciones y, junto al presidente del tribunal de alzada, Carlos Cerda, informa su resolución.

\*\*\*

A la 1.30 de la mañana, El Tila es sacado con violencia de la celda colectiva en la que lleva varias semanas, recluso en el lugar donde pasó casi toda su adolescencia: el penal de Puente Alto. El operativo es prioritario y es encabezado por el jefe del Departamento de Seguridad de la institución, el mayor Guillermo Cisternas.

Esa misma madrugada se realiza la ronda de reconocimiento en la Escuela de Gendarmería. Martínez se enfrentaría una vez más a sus víctimas de La Dehesa, esta vez tras un vidrio ahumado. La "sala de reconocimiento" era una improvisada oficina ubicada en el primer piso del edificio de Carmen 1160.

Roberto llega al lugar cerca de las 2:40. Los testigos, algunos mejor preparados que otros para el momento, se aprestan a iniciar la diligencia. Ahí están juntos y unidos por la cruel figura del Tila, la madre y su hija ultrajadas en La Dehesa y la pareja atacada en su departamento de calle Rosal, en el barrio Lastarria.

El reconocimiento comienza. El momento consiste en que Roberto debe ser formado junto a otros cinco voluntarios parecidos a él (funcionarios de Gendarmería) para que las víctimas identifiquen a su agresor. Roberto se da cuenta de lo que ocurre a pesar de la potente luz de un foco que lo ciega. Entonces comienza a empujarse cinco centímetros, hacer muecas, cambiar el ceño y el rostro para tratar de disimular su identidad.

"Es él, estoy segura". La respuesta se repite sin excepciones. Los cuatro testigos reconocen a Roberto Martínez como el criminal que los atacó, pese a que éste era cambiado de lugar cada vez que correspondía el turno a otra víctima. El caso por fin estaba resuelto: el psicópata de La Dehesa había caído.

La noticia dará vueltas por todo el país. Los policías se felicitaran una y otra vez, y el temible violador quedará preso eternamente. Sin embargo, el plan no funcionará y meses después en medio de un apagón en la Cárcel de Alta Seguridad, después de poner punto final a su autobiografía, el Tila se quitará la vida.

\*\*\*

El informe sobre José Roberto Martínez Vázquez efectuado en el Servicio Médico Legal y que incluyó un examen psiquiátrico y uno psicológico, sobre la base de una entrevista clínica y la aplicación del Test de Roschard, practicado el 12 de julio del 2002, arroja las siguientes conclusiones:

*"Se concluye que el examinado presenta un trastorno grave de la personalidad de tipo antisocial (sicopática), caracterizado por la presencia de narcisismo patológico, tendencia a establecer relaciones de tipo explorativo, ausencia de la capacidad para experimentar culpa y acentuados elementos de sadismo".*

*"Se caracteriza por su incapacidad para sentir culpa, fuertes sentimientos de envidia y una constante búsqueda del placer mediada por la voluntad",*

*"Roberto Martínez Vásquez no presenta elementos psicopatológicos que constituyan enajenación mental alguna o que modifiquen su imputabilidad en los ilícitos que le imputaren".*

*"El peritado finge una psicosis desconocida y presenta rasgos fríos y asóciales de la personalidad que lo configuran como un peligro para la sociedad".*

*"Se dice bisexual, mezclando en esta concepción su gusto indefinido personal poco claro y las experiencias pasivas y activas de esta forma de sexualidad".*

*"Finge abiertamente una enfermedad mental de complejión extravagante y se autoconfigura como un poliadicto inverosímil de cuanta sustancia pasa por esta unidad".*

\*\*\*

Después de la irrupción mediática de Roberto, la fiebre por entrar en su cabeza y descifrar la maraña de emociones que lo hacían ser como era se desbordó. Las teorías sobre su comportamiento y la verdad de su personalidad, ocuparon decenas de páginas de diarios y considerables minutos en radio y televisión.

Tiempo después el especialista Alejandro Cuevas, terapeuta del Centro Psiquiátrico de Chile, al intentar aproximarse a los rasgos de su personalidad dirá que Roberto calificaba en muchas instancias como un "psicópata". La ausencia de empatía, uno de los principales rasgos, que según los especialistas, define a un sicópata, será el gran argumento.

Cuevas lo afirmará aduciendo el comportamiento de Roberto con sus víctimas, mostrará definiciones y estudios y afirmará que "él era incapaz de ponerse en la situación de otro y sentir pena o tristeza por lo que le acontece a un semejante. De hecho, no entiende los sentimientos ajenos y por lo tanto no se siente responsable de ello. Sólo le importa lo que él sienta en cada momento".

Esta sería la razón para cometer acciones despiadadas sin preguntarse en ningún momento qué siente su víctima. Esta sería la razón de su “maldad” sin límites, de la falta de freno para el maltrato físico o psicológico. Las emociones de sus víctimas resultaban completamente insensibles para él.

Sin embargo, Roberto caería, como siempre, en un grupo especial. Uno en que los sujetos son capaces de distinguir. Una especie de “ausencia de empatía selectiva”. Un hombre capaz de diferenciar emociones como la ira o la rabia, percibiéndolos como una amenaza y ante la cual no puede evitar reaccionar desmesuradamente. Por lo tanto, no era incapaz de saber que le estaba ocurriendo a la otra persona.

¿Por qué ocurre esto? ¿Por qué en teoría le ocurrió a Roberto? Para nadie está muy claro. Los más audaces creen que todo se reduce al mal funcionamiento de la amígdala. Una ironía absoluta, ya que según esto el mal no estaría ni el corazón ni la cabeza sino en la garganta. Sea como sea, esa incapacidad de ponerse en el lugar de otro, habría hecho desde el principio de su vida que sus relaciones interpersonales jamás funcionaran. Los sentimientos ajenos serían una realidad infranqueable, imposible de comprender.

Un tema que se desprende es el de la autoestima, un punto en el cual los psicólogos y psiquiatras todavía no han llegado a un acuerdo. Algunos creen que los psicópatas presentan una baja autoestima. Ello les lleva a un aislamiento y a desarrollar hostilidad hacia todos los que le rodean. De este modo, también sienten la necesidad de imponerse por la fuerza a sus semejantes.

Según los expertos, los individuos del tipo del Tila quieren ejercer un control sobre sus víctimas. “Quieren que estas les veneren y les obedezcan. Es necesario que se sitúen en un plano inferior para que ellos puedan imponerse superiores. Consideran que tienen el derecho y, si los que les rodean no les rinden tributo por las buenas, tendrán que hacerlo por las malas. No suelen ser capaces de tener relaciones de igualdad, por lo que esa pugna por imponerse puede desencadenar la agresividad, ya sea física o psicológica”.

Sus fantasías irían siempre en ese sentido. Tendrían en cierta forma, delirios de grandeza que necesitan exorcizar humillando a los demás. Por eso buscarían que sus víctimas queden completamente a su merced, que cedan el

control de su personalidad en sus manos para que puedan hacer lo que les plazca.

Sin embargo, otras corrientes consideran justamente lo contrario. “Los psicópatas padecen hipertrofia de la autoestima. Es decir, tienen un concepto demasiado elevado de ellos mismos que no se corresponde con la realidad”, agregará Cuevas. Ello hace que se sientan superiores a sus víctimas a las que desprecian por inferiores.

Otro rasgo que delataría que en la mente de Roberto yacía un psicópata es la autojustificación. El discurso que el Tila utilizaba constantemente en sus declaraciones mediáticas sería consecuencia de esto. La culpa es siempre de las circunstancias y no de él. De este modo, justifican su impulsividad. “La sociedad es quien los llevó a cometer esos actos. Algunos, por ejemplo, recuerdan traumas infantiles no superados y achacan a estos su comportamiento. De esta forma, se sacuden cualquier tipo de responsabilidad. Este es el caso del Tila, por ejemplo”.

Pero sin duda la característica más marcada, que los especialistas, abogados y funcionarios que compartieron con él repiten, es la manipulación. Otro rasgo clave que serviría para calificarlo de psicópata. Pues según los expertos los psicópatas son extremadamente manipuladores. Emplean su inteligencia en conocer las debilidades de los que les rodean y se aprovechan de ellas. “Suelen ser especialmente hábiles a la hora de saber lo que tienen que hacer o decir para establecer buena relación con su objetivo. Saben actuar para conseguir sus propósitos y sobre todo para lograr que los demás se comporten como ellos pretenden. Esto les procura una sensación de poder y dominación y también les hace sentir superiores al resto”.

\*\*\*

Cuando se sabe que el mismo hombre está detrás de tres de los asaltos más violentos del último tiempo, la atención de los medios explota. Roberto Martínez Vázquez, de 26 años, se convierte en el “criminal del momento”. Su rostro pasa a ser un icono. Rápidamente figura en todos los canales, la pantalla lo muestra desde todos los ángulos. Su figura puesta en las primeras páginas de la prensa se reproduce en los quioscos por sus cuatro costados. Un atacante serial detrás de tres brutales asaltos con violación en Vitacura, calle

Rosal y un condominio de departamentos en Camino el Huinganal, en La Dehesa, es la historia que todos quieren contar y nadie debe perderse.

La locura por indagar en este sujeto que ahora, con las luces de la televisión y los flashes de los diarios se ha convertido en otro, en un personaje de ficción o de cine, es total. Nuestro propio Hanibal Lecter, un psicópata frío y calculador, un ser predispuesto al mal capaz de todo. Un muchacho marginal que logró ponerse en el centro de la atención mediática del país completo.

Pero la leyenda trasciende a los medios e incluso sus compañeros de prisión le temen, lo miran con desconfianza y recelo. El comentario obligado de los presos es que su celda huele a azufre y a nadie le gusta tenerlo cerca, ni a los reclusos ni tampoco al personal de Gendarmería. Todos lo evitan, hablan en voz baja cada vez que lo divisan o pasan cerca de su celda minuciosamente resguardada. Por un tiempo el Tila se ha convertido en la encarnación del mal.

Su abogado Carlos Quezada recordará años más tarde que la expectación y el interés por conocer pormenores de la vida del Tila, era desbordante. Su teléfono sonaba a todas horas incluso durante la madrugada. Su mujer embarazada, presa de los nervios, sufría y maldecía el día en su esposo se había involucrado con aquel criminal.

Sin embargo el abogado consideraba que el Tila, era uno más, un joven perdido como tantos otros que existen en nuestro país, salvo que la lupa gigante de los medios se había posado sobre su cabeza para maximizar sus delirios.

Quezada sostendría que no existía ningún psicópata. Solo se trataba de un invento mediático, que provocaba morbo y vendía diarios, un invento que el Tila supo sostener de buena forma con sus constantes declaraciones y gestos a la prensa. “Él manejó a los periodistas como quiso, con Informe Especial fue súper sumiso, porque era para la televisión. Con La Tercera fue súper violento, porque nadie lo veía. El periodista que lo entrevistó me contó que después tenía pesadillas con él”, dirá su abogado tiempo después de la muerte de Roberto y de que el huracán por fin terminara.

¿Quién era realmente el Tila? ¿Un cruel depredador, un hombre acorralado, un niño perdido? El encargado de defenderlo ante un país que lo observaba con temor y desprecio, llegó al caso por casualidad después de que uno de sus colegas, también defensor de oficio, rechazara trabajar con el Tila

bajo el argumento de la objeción de conciencia. Defender al Tila para él era una prueba ética que se negaba a cumplir. Quezada sin embargo aceptó el desafío.

El abogado dirá que la verdadera esencia del resentimiento de Roberto estaba en la relación con su padre, quien lo abandonó cuando pequeño para formar otra familia con la que tuvo un buen pasar a diferencia de lo que vivió él. Esto, cree el jurista, desataría esa rabia primitiva que mostró en sus actos.

Pese a todo, la lucidez de Roberto, su inteligencia, causaba un efecto magnético. Provocaba sorpresa y curiosidad que un joven sin educación pudiera articular discursos profundos y casi filosóficos sobre el bien y el mal y la esencia de la vida. Uno de los que cayó cautivo del enigma del Tila, fue el propio juez encargado de la investigación: Carlos Carrillo.

El magistrado de 45 años, casado, y con 21 años en el Poder Judicial, se vio fascinado por las enormes contradicciones del muchacho y en cada una de sus entrevistas con él intentaba descifrarlo. El juez, que estudió Derecho en la Universidad de Chile y fue compañero de importantes figuras políticas como el senador Alberto Espina, el diputado Gabriel Ascencio y la ex diputada María Pía Guzmán, incluso accedió a que el reo tuviera una maquina de escribir para que pudiera escribir su historia. Dejó que tuviera una radio para quebrar en algo su soledad. Le facilitó libros de historia, novelas y música clásica, fundamentalmente Wagner, en medio de las largas conversaciones que sostuvieron en el tribunal.

“El juez Carrillo hizo un gran trabajo, resolvió el caso en un mes, después de una investigación llena de errores que parecía agotada. Y se involucró bastante en el caso, le regaló una maquina de escribir y cuando el Tila se mató fue uno de los primeros en llegar y eso que era de madrugada. Eso es poco común por decirlo de alguna forma”, confidenciará el abogado Quezada

Sin embargo, no solo curiosidad provocaba el Tila. El ministro del Interior José Miguel Insulza declaró enfáticamente a la prensa que se sentía orgulloso de Investigaciones y que esperaba que el Tila se secara en la cárcel. “La policía hizo lo que tenía que hacer, espero que la justicia haga lo propio y que lo sequen en la cárcel por un tiempo... la verdad es que espero que no vuelva a salir más”, dijo enérgicamente el ministro.

\*\*\*

*Sr. Insulza:*

*Siendo yo un delincuente desde niño creí que el sistema esta en pie para aplicar justicia y no para secar individuos en la cárcel.*

*Independientemente de mi edad creo que el pasado Ud. de haber sido consultado habría propuesto lo mismo.*

*Observo que por la calidad de sus ingresos dificilmente sus hijos lleguen a estar en riesgo social.*

*Ud. habla de mi vida como si fuese para delinquir y no en delitos que cometí intentando mejorar el Remedo (sic) de vida y familia que tengo.*

*Creo que a eso su merced no le aplicaría ni una gota de empatía. Afirмо esto en base a sus declaraciones a la prensa y en la obserbación (sic) de su alcurnia y solicito que ud. como es profecional (sic) de informes, burocracia y estadísticas se de (sic) un tiempo en su apretada agenda para leer los tales. Quizas (sic) de esa manera, ya que nunca serán en terreno, se de (sic) cuenta que muchos chilenos y yo No nacimos delincuentes.*

*Respetuosa y atentamente se despide de ud.*

*Roberto José Martínez V.*

*Delincuente Habitual<sup>19</sup>*

---

<sup>19</sup> Carta enviada por José Roberto Martínez Vásquez a José Miguel Insulza, ministro del Interior. 17 de Julio del 2002

\*\*\*

El entierro de Roberto Martínez Vásquez en el patio número ocho del Cementerio Metropolitano cierra definitivamente su historia. Unos pocos vecinos y amigos de la población donde se crió lo acompañaron y además apedrearon a los periodistas que insistentemente querían conocer el parecer de la familia durante el funeral. El sumario realizado por Gendarmería para determinar responsabilidades en la muerte del Tila no llegó a ninguna conclusión y no hubo sanciones.

Sin embargo, el último gran enigma que se llevó Roberto Martínez Vásquez fue el de su propia historia, el trayecto de su vida explicada con sus palabras. Su última gran obra, la autobiografía que escribió, se borró de la faz de la tierra después de su muerte. Los que alcanzaron a leerla dicen que se trataba de un compendio de páginas numeradas en las que no se hacía referencia a los ataques que perpetró en barrios altos de la capital. Eran retazos en primera persona de su existencia, de su infancia en Valdivia, recuerdos de sus intentos y sus fracasos. Supuestamente cuando sintió que su obra estaba terminada, también puso fin a su vida.

Durante los mil días que estuvo aislado y vigilado detenidamente, ocupó la máquina de escribir que le regaló el juez a cargo de la investigación, para exorcizar los muchos demonios que rondaban en su cabeza. Se dedicó con furia a repasar su historia, a revivir e ironizar sus actos que para muchos estaban repletos de crueldad y dolor.

Su novela hoy es un escrito perdido, ni su familia, ni su abogado, ni las editoriales que se pelearon el texto, saben qué fue del manuscrito o no quieren revelarlo. Un misterio más, que el psicópata-artista se llevó a la tumba.

Los que lo vieron crear su última obra dicen que cuando estuvo terminada su mayor preocupación fue encontrarle nombre. Su autobiografía debía tener un título a su altura para ser publicada. Su afán era que todos supieran de su propia boca quién era en realidad. Sin embargo su último deseo jamás se cumplió. Su último gran esfuerzo, como su vida, se vio truncado. Su historia y sus palabras quedarán para siempre en la nebulosa.

## CAPITULO TRES

*Alejandro Saúl Schayman Klein:*

EN EL NOMBRE DE LA HIJA

“Prefiero matar a un recién nacido en su cuna,  
antes que albergar deseos no realizados”

J.M. Coetzee.

Tuvo que contener el aliento para no entrar en pánico. La vida de Tamara estaba en juego, no había tiempo que perder. Una fuerza mayor e inexplicable controlaba sus movimientos y lo empujaba a seguir adelante. Se trataba de un duelo en que la vida y la muerte movían sus piezas y él debía hacer algo. Por eso se lanzó en una frenética carrera por salvar la vida de su pequeña hija.

Alejandro había llegado hacía unos segundos de la calle, había insistido en pasear a Tamara, aunque Marianne prefería que la niña saliera lo menos posible. En sus cuatro meses de vida, sus únicas salidas fuera del lujoso apartamento de la familia Schayman- Kychenthal fueron a la clínica donde se hacía constantes chequeos. Alejandro quería que la niña rompiera ese estrecho círculo de habitaciones de hospitales. Esa era una de las muchas situaciones en que el matrimonio estaba en desacuerdo.

Aquel 28 de marzo de 1996 la bebé había amanecido mejor, con un aspecto más saludable, un pequeño indicio de que su pequeña vida podría por fin despegar después de meses de exámenes y tratamientos sin controlar los extraños síntomas que la aquejaban. Que la niña tomara un poco de sol no parecía una idea tan descabellada.

Pero ahí estaba Tamara, cruzando de extremo a extremo como una violenta ráfaga de proyectiles. Primero lacia, adormilada, ausente, casi vacía. Y luego presa de fuertes espasmos que se adueñaban de su cuerpecito sin poder controlar los vómitos. Alejandro la acostó sobre la cama y luego se posó a su lado. Marianne dejó la habitación unos segundos y cuando volvió la pequeña Tamy botaba agua por su nariz.

La instrucción del pediatra de cabecera, Jacob Cohen, era imperativa: había que internarla de inmediato. La menor frente a sus ojos apenas respiraba y cada vez parecía menos viva. En un lapso de segundos él y Marianne estaban frente al edificio abordando un taxi para correr a la Clínica Las Condes, la misma donde Tamara había nacido, la misma que visitaban regularmente tratando de disipar la sombra de la muerte que se había adherido como lapa a la espalda de la recién nacida.

El reloj marcaba las 19:20 y aunque el auto viajaba a toda velocidad, el trayecto entre Martín de Zamora con Sebastián Elcano, donde vivía la familia, hasta Estoril, resultó eterno. Tamara parecía cada vez más ausente entre los brazos de Alejandro. Por eso el corpulento hombre, sin saber que más hacer, comenzó a darle respiración boca a boca, tratando de transferirle aunque fuera un pequeño hálito de vida. No hubo respuesta. La desesperación aumentaba segundo a segundo. Alejandro Schayman trataba de escuchar los débiles latidos del corazón de su única hija, mientras le susurraba palabras cariñosas, tratando de hacerla regresar del limbo de la incertidumbre donde había escapado.

A las 19:30, con cuatro meses y 16 días de edad, Tamara Priscilla Schayman Kychenthal ingresó en estado de coma, consecuencia de un paro cardiorrespiratorio, al servicio de urgencia de la Clínica Las Condes. Días después se enterarían de que su hija había resistido horas con los huesitos de los pies quebrados; con uno de sus bracitos y ambas costillas partidas en dos. La no-vida de Tamara acababa de empezar.

## **La vida de Alejandro**

Fue en un pequeño hogar de Argentina donde Abraham Schayman y Priscilla Klein, un matrimonio judío-polaco, encontró a Alejandro y Ricardo, dos

recién nacidos abandonados por sus padres. Se los llevaron a Bolivia, lugar donde se radicarían definitivamente para educarlos sin hacer diferencias, con todas las facilidades que su acomodada situación económica les permitió.

Allí Alejandro crecería como un ciudadano del mundo. Y así fue. Su vida transcurrió entre el país altiplánico, Estados Unidos e Israel. A pesar de ser emigrante, la familia Schayman- Klein logró en pocos años amasar un capital considerable en una de las ciudades más ricas de Bolivia: Santa Cruz. Y su anhelo era que sus hijos vivieran sin sobresaltos y pudieran estudiar sin otras preocupaciones.

El jefe de la familia, Abraham Schayman, provenía de Cracovia, Polonia. Su padre había escapado del holocausto e ingresado a América por Buenos Aires. Abraham no tenía estudios formales, pero era dueño de una pequeña empresa en La Paz y cuando se instaló definitivamente en Santa Cruz se convirtió además en dirigente deportivo de The Strongest, un conocido equipo de fútbol profesional de la ciudad.

A partir del negocio familiar y el éxito de las camisas “Corona”, Alejandro tuvo muchos lujos a los que muy pocos jóvenes en Bolivia accedían. Schayman se codeó con lo más selecto de la sociedad cruceña. Creció encerrado en pequeños círculos. Primero en el de la comunidad judía donde estableció los primeros y más duraderos lazos de amistad y después en el exclusivo colegio American Institute, un establecimiento estadounidense donde, entre otras destrezas, aprendió a hablar fluidamente inglés. El único inconveniente consistía en que la mayoría de sus compañeros eran metodistas y no resultaba muy bien visto que un judío estudiara ahí.

Sin embargo, sus padres remediaron pronto la situación enviándolo a Israel para reencontrarse con sus raíces y conocer a parientes que residían allí. En ese viaje, Schayman no solo recorrió Israel sino también Egipto y Siria. Durante meses se dedicó a hacer turismo y a encontrarse con los orígenes de sus padres adoptivos. La vida le sonreía y si no fuera por el imperativo llamado del pater familia, que lo conminaba a regresar al nido familiar, se habría quedado haciendo su vida en el Medio Oriente.

Así, Alejandro, el hijo pródigo, alegre, creativo, y bueno para las fiestas, regresó. Con su presencia imponente, su metro ochenta de estatura, corpulento y con pinta de gringo, apareció semanas más tarde alegrando el

hogar de sus padres. Pero su estadía en Bolivia no duraría mucho más. Tal como se estilaba en el estrato social en el que se movían los Schayman, la posibilidad de estudiar en el extranjero era una opción incuestionable. A los pocos meses el retoño partió de nuevo, esta vez para estudiar publicidad en Estados Unidos.

Sin embargo, la nostalgia de sus padres, quienes lo mantenían con todos los lujos, fue mayor. Después de insistentes cartas y llamados lograron disuadirlo. El acuerdo era sencillo: Alejandro debía regresar y estudiar más cerca de su familia. El plan no era nada de novedoso, el menor de la familia estudiaría en Chile tal como sus primos.

### **Una bebé triste**

Prometía ser uno de los momentos más felices en la vida del sonriente matrimonio Schayman-Kychenthal: “Es una niña absolutamente sana y el parto fue normal”, sentenciaba el médico de la Clínica Las Condes el 12 de noviembre de 1995, pocos minutos después del nacimiento de Tamara Priscilla Schayman Kychenthal. Alejandro y Marianne por fin tenían en sus brazos a su primogénita.

Ahí sobre el pecho de Alejandro, frágil y vulnerable, yacía Tamara. El hombre la observaba absorto, como tratando de reconocer en su olor o en sus ojos su propia historia, tratando de despertar aquel instinto de pertenencia, ese sentimiento como el de los lobos que parecen inconfundiblemente ligados a sus crías. De lejos observaban la escena los abuelos maternos, Ursula Bab y Hans Kychenthal, los emocionados abuelos, dueños de una de las empresas más sólidas en el país en el rubro de los regalos publicitarios. Parecía una postal, una imagen como de final feliz, que rápidamente se desvanecería.

La pareja inmediatamente contrató a una empleada para que se hiciera cargo de los cuidados de la pequeña, mientras la madre primeriza se acostumbraba al ritmo del bebé o de la “beba” como le decía cariñosamente su padre. Alejandro, por su parte, estaba en su mejor momento. Flamante publicista de la empresa de sus suegros podía darse el lujo de regresar temprano o trabajar desde su hogar para compartir los primeros días de la existencia de Tamara.

Sin embargo, la felicidad duraría poco. Diez días después de nacida la pequeña presentó un extraño síntoma que hizo que su madre se preocupara. Desde la noche anterior la niña había estado inquieta, llorona, sin poder dormir. Incluso para las avezadas niñeras Tamara daba mucho trabajo. Al día siguiente los malestares de la bebé continuaron, su llanto era constante y cada vez más desgarrado.

Finalmente la luz de alarma se encendió cuando llegaron los vómitos y en sus deposiciones encontraron restos de sangre. Algo estaba pasando, y fue evidente tanto para la nana como para la madre primeriza. Ambas corrieron a la Clínica Las Condes, donde el doctor Cohen, médico de cabecera y conocido pediatra de la comunidad judía, la atendería. Él mismo les prometió hacerse cargo personalmente de examinar a la niña.

Las primeras horas fueron de incertidumbre y estómagos apretados. Alejandro, advertido de los síntomas de su hija, se hizo presente rápidamente en la clínica, al igual que los abuelos de la menor que no le perdían detalle a su frágil nieta.

La conclusión inicial del especialista es que se trata de intolerancia a la lactosa. Entre el nerviosismo y la ansiedad de la familia, que quería seguridades más que hipótesis, el facultativo les explicó con voz cordial que se trataba de una afección de la mucosa intestinal que dificulta digerir la lactosa y que los síntomas más comunes eran dolores, espasmos e hinchazón abdominal, diarreas ácidas o estreñimiento, que sería el caso de Tamara y que eso explicaría el dolor en las evacuaciones y pequeñas lesiones anales, además de los vómitos.

–¿Pero qué podemos hacer si ella es recién nacida y solo toma leche?– preguntó Marianne con angustia.

–Lo primero es confirmar que se trata efectivamente de intolerancia a la lactosa con algunos exámenes. Y mientras tanto variar su alimentación por una leche que no contenga lactosa– recetó el médico.

Días más tarde quedará descartada la posibilidad de la intolerancia a la lactosa y un manto de dudas e incertidumbres se volverá sobre los extraños síntomas de Tamara.

## La aventura chilena

Chile era un destino apropiado para el consentido de los Schayman. El veinteañero ya había recorrido el mundo y desechado varias carreras, y era hora de que sentara cabeza. Estudiar en el extranjero era una tradición entre los jóvenes de clase alta cruceña y Santiago constituía un destino conocido para la familia, pues su tío había estudiado medicina en Chile, al igual que sus primas que habían ejercido en el hospital José Joaquín Aguirre.

Así Alejandro llega a Chile en 1981 para emprender una nueva aventura académica: estudiar cocina internacional en Inacap. De un momento a otro había decidido que su “nueva vocación” era ser chef. Su padre, aunque algo reacio en un primer momento, aceptó el nuevo capricho de su muchacho y lo envió con todos los gastos pagados a Santiago.

Chile era un destino cotizado por los bolivianos, por esos años el país vivía un espejismo de bonanza económica que desaparecería en el año 83, cuando el modelo económico impuesto por los “Chicago boys”, expertos en el área económica del régimen militar, se enfrentara a la crisis de la deuda externa.

Sin embargo, nada de eso afectaría el buen pasar de Alejandro y su familia. Después de entrar en contacto con la comunidad judía en Chile logró aclimatarse fácilmente a la idiosincrasia nacional y hacerse de amigos con los que acostumbraba a salir e ir de juerga. De estudiar, poco y nada. La filosofía del muchacho era clara “disfrutar la vida, aunque cuando llegaran las notas quedara *la escoba*”.

Tanto así que después de un par de años en el Inacap decidió dejar la carrera y volver a intentar con el área de la publicidad. Entonces se matriculó en la Escuela de Mónica Herrera, prometió ser más aplicado para por fin conseguir un título profesional.

En el año 1986 la situación social del país era cada vez más tensa, las protestas para terminar con la dictadura del general Pinochet se masificaban y la represión, que parecía haber descendido, volvió a instalarse con fuerza por parte de los militares.

En ese contexto el paso del cometa Halley se convirtió en un espectáculo que podía ayudar a descomprimir el ahogado ambiente, desviando

la disconformidad ciudadana hacía una experiencia repetible solo en 76 años más cuando el cometa regresara a la tierra. Los medios de comunicación lo entendieron así y realizaron un sinfín de especiales fortaleciendo el entusiasmo masivo por la llegada del astro.

No es extraño, entonces, que los chilenos esperaran con una ansiedad *astronómica* la noche del 10 de abril de 1986, cuando el cometa se encontraría en su punto más próximo a la Tierra.

Sin embargo, el malestar contenido también se canalizaba hacia estos golpes de efecto del gobierno militar y en la primera semana de abril ya circulaban por doquier miles de hojas sueltas que mostraban al general Augusto Pinochet atado a la estela del cometa, despidiéndose de esta tierra. Debajo del dibujo, las juventudes opositoras al régimen llamaban a los jóvenes a reunirse en todas las plazas del país para contemplar el fenómeno nocturno, pero particularmente en la céntrica Plaza Italia que, debido a su excesiva luminosidad artificial, probablemente era uno de los lugares menos indicados del planeta para vislumbrar el cielo. De todas formas todo el mundo entendió que se trataba de una nueva y original manera de desafiar la reciente prohibición gubernamental de efectuar encuentros públicos.

Entre los entusiastas estaba Alejandro, aunque sin ningún afán de desacato político, el boliviano había decidido con grupo de amigos subir hasta Farellones para tener una vista privilegiada del espectáculo celeste, sin las molestias de los soldados vigilando de cerca el comportamiento de los espectadores. Entre los muchos asistentes en aquella noche de abril de 1986, estaba una delgada y pálida joven estudiante de traducción llamada Marianne, quien era la única hija del clan Kychenthal-Bab, una acomodada familia de la comunidad judía chilena.

Uno de sus conocidos se la presentó a Alejandro y la química fluyó espontánea. Estuvieron toda la noche juntos y cuando creyeron ver el destello del cometa en el firmamento ambos sonrieron. De ahí en adelante los encuentros se repitieron en el Estadio Hebreo que ambos frecuentaban constantemente.

## **El misterio de los síntomas**

En un lujoso departamento, con su madre, su abuela y dos nanas vigilando su existencia, la temprana vida de Tamara no era plácida. A los diez días de nacida, cuando aún era la novedad de la familia y los amigos, comenzaron sus dolencias. Al mes y medio de vida, antes de que aprendiera a sonreír, Tamara comenzó a apagarse.

Sobre su pequeño cuerpo aparecieron extraños moretones, manchas que no tenían ninguna explicación y que cubrían gran parte de sus extremidades. No solo era eso, la niña muy pocas veces sonreía, parecía estar siempre incómoda en su propio cuerpo. Como tratando de salirse de su propia piel. Días después Marianne advirtió que además habían nacido úlceras en su diminuta boca y que en el periné, la parte baja de los genitales, la situación se repetía.

¿Qué pasaba con Tamara? ¿Por qué si había sido diagnosticada como un bebé normal, parecía presa de una extraña maldición que le quitaba poco a poco la vida? Los moretones siguieron esparciéndose por el pecho y el nuevo diagnóstico de los médicos fue que se trataba de un posible desorden plaquetario. Los médicos les explicaron que Tamara probablemente padecía un mal congénito, hereditario, y tenía menos plaquetas de lo normal y que eso explicaba la presencia de petequias, las manchitas rosadas que habían cubierto su pecho.

Los exámenes siguieron, las conjeturas también, sobre todo cuando se descartó el desorden plaquetario y apareció sobre la mesa la idea de alguna forma de hemofilia, basada en la dificultad de la bebé para coagular cada vez que le sacaban sangre.

A mediados de marzo de 1996, tras una nueva internación de la pequeña, se contactó al doctor Patricio Vives, un médico chileno que trabajaba en el Hospital de la Universidad de Harvard, en Boston, Estados Unidos. El propósito era ver la posibilidad de un traslado a esa ciudad que parece tener la solución a todos los males que no encuentran respuesta en el mundo médico.

Tras examinar a Tamara, Vives quedó de revisar los exámenes con especialistas de Boston y avisar si el viaje procedía o no. Nunca alcanzó a contestar, porque dos días después la pequeña entró en coma.

## **El sueño chileno**

Alejandro y Marianne se casaron a finales de 1993, en una ceremonia que reunió a una gran parte de la comunidad judía santiaguina. Pese al amor que se profesaban, el matrimonio se realizó bajo el régimen de separación de bienes.

Pese a esto, el matrimonio fue para Alejandro un salto importante. Ahora, y con solo 29 años Schayman gozaba de una posición envidiable. Recién casado, entró inmediatamente a trabajar en la empresa de sus suegros, Kychenthal S.A, dedicada al mercado de los regalos publicitarios durante casi tres décadas. Ahí asumió el rol de publicista estrella con un sueldo que superaba el millón y medio de pesos, toda una fortuna para la época.

Desde el inicio de su relación con Marianne y sobre todo tras casarse con ella, Alejandro accedió a la clase alta de Santiago. La pareja vivía en Las Condes, viajaba a Miami y veraneaba en Reñaca, todo sin ninguna restricción económica. La vida que siempre había querido ahora era una radiante realidad.

"Yo era un ser pusilánime. Buscaba mucho el bien material y mis suegros me proveían de todo. Hasta me daban la plata para la bencina. Ni siquiera era necesario que trabajara. La Marianne era mi amor, mi amiga, mi polola, mi mamá, mi cuenta bancaria, mi tarjeta de crédito, todo. Dependía mucho de ella, emocional y económicamente", contaría Alejandro a la prensa años más tarde, cuando su vida ya había caído en desgracia.

La falta de determinación de Alejandro y la constante presencia de los padres de Marianne en la convivencia de la pareja desatarían muchos conflictos que tiempo después serían imposibles de contener. "Yo creo que me comporté como un perfecto imbécil. Nunca tuve una fuerza de decisión en mi casa, porque mi suegra manejaba las cosas. No me puse en el papel de dueño de hogar, de papá, de esposo, fui un desastre", relataría Alejandro.

## **El secreto de Tamara**

Parecía una pequeña bella durmiente de cabellos dorados y tez pálida, solo que su refugio no era un castillo sino una incubadora y su ajuar dos balones de oxígeno que le permitían seguir respirando.

Llevaba cinco días internada en la clínica, la cual continuó realizando diversos exámenes, hasta que se detectó que la bebé tenía fracturas antiguas en sus costillas y su brazo derecho. También se descubrió hemorragia retiniana que denunciaba derrame intracraneano. Un diagnóstico como este no tenía otra posible causa más que un golpe de alto impacto. Por lo que una nueva teoría apareció en el horizonte.

El 3 de abril de 1996, el doctor Carlos Hinzpeter, de la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI) pediátrica de la Clínica Las Condes, emitió el primer certificado oficial sobre su estado de salud. En él se consignaba que la niña presentaba múltiples fracturas: cráneo, costillas y húmero derecho (hueso del antebrazo). Además de hematomas y hemorragias intracraneales, entre otras lesiones. El diagnóstico fue drástico: estaba en coma y en peligro inminente de muerte.

La remota posibilidad, tantas veces descartada, ahora parecía ineludible y así lo consignaron Hinzpeter y René Tejías en un primer informe clínico sobre ella: “En este contexto, se sospecha de Síndrome del niño golpeado”.

Aunque en realidad se trataba del “Síndrome del niño sacudido” un conjunto de síntomas que hasta entonces muy pocas veces se relacionaban. En 1974 el radiólogo John Caffey describió un cuadro clínico caracterizado por hemorragia intracraneal e intraocular que finalmente terminaba con daños neurológicos permanentes y retardo mental, producto del “sacudimiento violento” del bebé. En los noventa aún existía muchos mitos sobre el mal y muy poca conciencia de lo que aquel acto podría provocar.

Varios años después la Academia Americana de Pediatría publicaría un informe técnico haciendo especial énfasis en el alto índice de sospecha requerido para el diagnóstico de este mal, “dado que los pacientes en general presentan cuadros inespecíficos y con historias clínicas inconsistentes”.

Tamara no tuvo suerte y el descubrimiento del síndrome se obtuvo en 1996 cuando ya era demasiado tarde.

–La niña tiene fracturas en los brazos, piernas y costillas, y creemos que podría ser una situación de maltrato infantil. Lo mejor es que busquen un abogado– le dijo el director de la clínica a los atónitos padres.

–No puede ser, la niña está enferma. ¡Tiene una enfermedad que no sabemos!– respondió nervioso Alejandro.

Sin embargo, todo parecía indicar lo contrario, por fin los extraños síntomas de Tamara parecían seguir un patrón. “Cambio de comportamiento, irritabilidad, letargo o adormecimiento, pérdida del conocimiento, disminución del estado de alerta, vómitos, convulsiones, paresias e hiperflexia”. Todo encajaba y no había duda: se trataba de maltrato infantil.

Ese mismo día, la denuncia formal de maltrato la hizo por teléfono el médico Jaime Mañalich, otro de los tratantes. El parte N° 402 de Carabineros dio cuenta del primer interrogatorio policial, que se produjo en las dependencias de la clínica, en el que Schayman y su mujer debieron contestar las preguntas de los policías.

Allí explicaron que sólo supieron de sus fracturas antiguas el día en que la internaron y que la niña tenía problemas de salud casi desde el comienzo de su corta vida, a partir de un supuesto diagnóstico de vasculitis. Los nerviosos padres intentaron explicar que los médicos habían concluido que podía tratarse de una inflamación de los vasos de las arterias y que esa podría ser la razón de los moretones en el cuerpo de su hija. La vasculitis es una enfermedad de carácter autoinmune en la que el cuerpo no se reconoce a sí mismo y se ataca. Sin embargo esta teoría había sido descartada a través de biopsias. Durante la conversación continuaron enumerando los diferentes diagnósticos respecto al extraño mal de la menor, dejando en claro que la idea del maltrato era la más descabellada.

## **El sospecho entre nosotros**

Los días posteriores a aquella revelación fueron de tensión absoluta en el hogar de los Schayman-Kychenthal. Toda la familia, incluidos los padres de Marianne que habían seguido de cerca los síntomas de su nieta, parecían presos de un constante desasosiego.

Alejandro y Marianne acogieron la recomendación del médico y pusieron su caso en manos del estudio Rivadeneira, Zegers y González, en busca de asesoría profesional, ya que en su calidad de padres de la niña eran los primeros sospechosos.

Rodrigo Zegers y Patricio González escucharon a la pareja y luego se entrevistaron con cada uno por separado varias veces para conocer exactamente qué había pasado con Tamara.

Al tratar de rearmar las secuencias de la vida de Tamara, innumerables espacios en blanco asomaban una y otra vez. Una de las sospechas de los abogados era que, según el cuadro relatado por el matrimonio, cada vez que la menor presentaba un nuevo síntoma o lesión era después de estar a solas con su padre.

Cinco días más tarde, el 8 de abril, los juristas citaron a Schayman a una entrevista para plantearle detalles que necesitaban en busca de esclarecer el caso. Aquél día Alejandro se mostró excesivamente nervioso, transpiraba y se tomaba las manos continuamente.

Pasaron varios minutos, de excusas y frases sin hilvanar hasta que, según la versión de los abogados, Schayman confesó que el responsable de todos los males de su hija, era él mismo. Con un tono metálico y sin matices confesó que había maltratado a su hija desde su nacimiento hacía cuatro meses. Pero la razón para un acto tan deleznable era aún más inquietante que la propia revelación. Schayman dijo que todo lo había hecho porque Tamara lo ponía "nervioso". Sin saber cómo explicar ese sentimiento oscuro y siniestro que había engendrado desde el mismo momento en que había tomado en los brazos a su pequeña hija, contó que simplemente "odiaba lo que debía querer".

Pasaron cerca de cuatro horas en que Alejandro trató de poner en palabras los indecibles sentimientos que tenía hacia su hija. Dijo, por ejemplo, que cuando la bañaba la apretaba más de lo normal para hacerla llorar. O, sin

saber por qué razón, le incomodaba verla dormir placidamente y por eso en mitad de la noche la despertaba de manera brusca. Sin medir sus palabras, incluso afirmó que le tenía envidia.

–Basta, no siga contando– dijeron los abogados cuando el hombre aún no concluía su relato.

Tiempo después Schayman aseguraría que esa confesión fue hecha bajo presión de los profesionales para proteger a su mujer Marianne, que en ese momento esperaba su segundo hijo.

### **Confesión en el jardín**

Se levantó como todas las mañanas, se duchó y aprovechó el luminoso y soleado día de otoño para ir a pasear a su perro. Cuando volvió se encontró con Marianne que lo esperaba en el jardín del edificio.

–¿Tú zamarreabas a mi hija?– espetó Marianne sin rodeos.

–No me acuerdo– respondió Alejandro después de un instante de denso silencio.

–Ya lo sé todo, no tienes para que seguir mintiendo, los abogados me contaron lo que hiciste. Me dijeron que el día del parto la habías apretado... que todos los días le sacabas la cresta, ¡que la zamarreabas, que la tratabas como muñeca de trapo!– grito Marianne conteniéndose de no caer desmayada.

–Los abogados lograron su objetivo, ¿no? Ahora tienen un culpable– susurró Alejandro.

Schayman miró un segundo a su esposa y luego comenzó a repetir la historia que horas antes había revelado a los juristas que llevaban el caso. Le dijo que no sabía por qué razón con la Tamy se ponía hosco, como que le daba rabia que ella tuviera todo y que fuera feliz, cuando a él le había ocurrido todo lo contrario.

Una confesión tras otra cayó como balas sobre Marianne. Su esposo continuó su trágico relato y le contó que cuando la vestía lo hacía bruscamente, para luego revelar que los moretones de los pies ocurrían cuando le ponía los zapatitos, porque lo hacía a la fuerza.

Marianne parecía congelada en el tiempo y el espacio. Ahí estaba el hombre con quien había decidido compartir su vida, el padre de su hija enferma y del hijo nonato que llevaba en su vientre aún de semanas de gestación. Ahí estaba su jardín perfectamente cuidado, su auto del año, su lujoso departamento. Ahí estaba su vida perfecta y prístina a punto de derrumbarse. ¿Cómo había ocurrido todo eso? ¿Cómo había caído sin aviso en un infierno redondo y completo? ¿Cómo el hombre de su vida era un ser capaz de actos tan atroces y dolientes? ¿Qué se puede hacer con una traición como esa? ¿Con tantos juramentos desmentidos, tantos proyectos abandonados, tantos sueños perdidos?

### **Todos contra Schayman**

La decisión de Marianne fue acudir a la justicia y denunciar al padre de su hija como autor de las lesiones de Tamara. El lunes 11 de abril, Marianne Kychenthal hizo lo que consideró su deber, e interpuso una querrela contra su marido por "lesiones gravísimas" ante el Décimosegundo Juzgado del Crimen de Santiago.

En el escrito Marianne se hizo parte del ahora consensual diagnóstico médico sobre la afecciones de su primogénita: "El extremo deterioro de la salud de nuestra hija no es consecuencia de ninguna enfermedad, sino de golpes, heridas y maltratos de obra causados por terceros, que pueden provocarle la muerte y que, de no ser así, la dejarán demente de por vida".

Además consignó como principal responsable a su esposo. "Como consecuencia de la firme actitud de los abogados, mi marido, el querellado Alejandro Saúl Schayman Klein, me confesó que él era el autor de los gravísimos golpes, heridas y maltratos que tienen a nuestra hija común, de cinco meses de edad, al borde de la muerte".

Cinco días después el Servicio Medico Legal le daría la razón a Marianne en un lapidario informe sobre el estado de Tamara: "Lesiones de diversa data, todas producidas por objetos contundentes, de carácter grave. Corresponde inequívocamente a un caso de maltrato infantil".

Alejandro acusó el golpe y 24 horas después que su mujer iniciara el trámite judicial, intentó quitarse la vida. La noche del 12 abril fue internado en el Hospital Salvador. Desde la noche de ese día hasta la mañana del 15 de abril, la única respuesta que dio Schayman cuando despertó, respecto de su intento de suicidio, fue “que se sentía responsable de lo ocurrido”.

Cuando Marianne se enteró, recordó que su marido había intentado suicidarse dos veces antes de casarse con ella. Aquellas veces el hombre no pudo entregar más razones que una infancia infeliz y culpó a su madre adoptiva, Priscilla Klein, un mujer que catalogaba de violenta, aunque jamás dejó de preocuparse de ella hasta que murió víctima de un paro cardíaco a principios de los noventa.

### **Confesión judicial**

El principio del fin había empezado para Alejandro. La mañana del 15 de abril, después de ser dado de alta del hospital Salvador, fue llamado a declarar ante la Policía de Investigaciones. Se sentó en la fría sala del recinto policial y comenzó a contar su historia.

–Cuando tomaba la guagua me sentía como una piedra, no tenía ningún tipo de sentimiento hacía ella. Transpiraba con ella en mis manos y lo que hacía cuando la sostenía eran movimientos bruscos, forzados, y sentía alivio cuando la tomaba otra persona– comenzó diciendo Schayman, para después describir sus primeras interacciones con la menor, y quitar la máscara de lo que parecía la historia de una familia feliz y de un padre embobado con los encantos de su primera hija.

–La primera semana en que Tamara llegó a la casa me sentí angustiado, tenso, nervioso; probablemente lo que relacionaba con mi infancia, ya que mi madre adoptiva me decía que no iba a ser feliz, ya que ella no lo era, y me trataba de gordo, maricón. Sentía envidia de verla durmiendo plácida y feliz, y me decía que ella tampoco podría serlo, de manera que cuando la tomaba, lo hacía en forma brusca, me daba lo mismo la posición en que la tomara y la apretaba contra mi pecho. Cuando debía mudarla, la zamarreaba, además la tomaba en forma brusca, siempre le hacía el “abrazo del oso”.

–En cierta ocasión– siguió recordando Alejandro– con un jabón sólido de glicerina en las manos comencé a restregarle la entrepierna en forma brusca, mecánica, rápida. Lo que hizo que sangrara de una úlcera que tenía en esa zona”.

Su relato era parsimonioso y sin emoción. Como si estuviera describiendo hechos ajenos, que le ocurrieron a otra persona, a otra niña de cuatro meses cuyo padre no siente lo que debería sentir. Como si sus recuerdos fueran una historia más de esas que se ven por televisión, pero no que le suceden a nuestros seres queridos, meras anécdotas y no los sucesos de un crimen que terminaron con su única hija al borde de la muerte.

Pero aún tenía muchas cosas que contar. Otra escena dramática y terrible saldría de sus labios, ocurrida en febrero de 1996, cuando Tamara tenía apenas tres meses de vida y todo el equipo de la Clínica Las Condes intentaba descubrir qué sucedía con la pequeña. “En una determinada ocasión del mes de febrero recuerdo haberle hecho un chupón en uno de sus bracitos. Pese a que mi cónyuge me dijo que podía meterle el dedo doblado a modo de chupete en su boca, le introduje el dedo índice hasta el fondo del paladar, provocando un sangramiento. Además, en cierta oportunidad le introduje los dedos índice y medio de mi mano izquierda en forma brusca en la boca, lo que le ocasionó la ruptura de la parte inferior de la lengua”, relató Schayman.

Su confesión continuó con detalles de zamarreos y juegos como el del “piloto”, en que el lanzaba a su hija por los aires para atraparla antes que cayera al suelo. Aunque no lo reconoció, su relato de aquellos “juegos” era perfectamente compatible con el “Síndrome del niño sacudido”.

–En alrededor de dos ocasiones me quedé a solas con la niña. Algo me decía que no podía dejarla dormir, tenía que estar despierta conmigo, para lo cual la zamarreaba– diría.

Dos días después fue detenido y llevado a declarar ante el juez, esta vez no mencionó ninguna de estas agresiones o sentimientos anormales ante su hija. Más tarde diría que fue presionado para su confesión extrajudicial por los abogados Rivadeneira, González y Zegers, patrocinantes solo de Marianne, bajo el argumento de protegerla por el embarazo que tenía en ese momento.

## **El terremoto mediático**

Las luces se encienden y las cámaras apuntan directamente a Tamara. La televisión ha irrumpido en la habitación de la pequeña, donde ella yace ajena al huracán que está a punto de provocar.

El caso ya se ha filtrado a los medios y una imagen de la pequeña resulta indispensable para contar la historia siniestra de aquél hombre común, del ciudadano confiable y creativo que en las noches, sin que nadie se diera cuenta, torturaba a su pequeña hija en venganza por las carencias de su infancia.

Horas más tarde la noticia tomaba fuerza y las imágenes del cuerpecito conectado a sondas y del rostro de delicados rasgos, pero inerte, de Tamara, calaban profundo en la sociedad chilena.

El ingreso de la prensa a la UTI (Unidad de Tratamientos Intensivos) pediátrica, autorizado por la clínica, motivaría una querrela por infracción a la Ley de Abusos de Publicidad de la familia materna. Pero también un remezón sobre un tema que parecía vivir bajo la alfombra de las familias chilenas: el maltrato a menores.

La conmoción fue absoluta e inesperada, de pronto la lujosa clínica comenzó a recibir llamados y visitas de personas tocadas por la trágica existencia de Tamara. Por ejemplo, al día siguiente de la exhibición de las imágenes de la menor, recibieron la llamada de una anciana que se ofrecía, simplemente, a tomarle la manito para que la pequeña sintiera un contacto cariñoso. Desde Tocopilla, un hombre comenzó a llamar dos veces al día para saber cómo seguía la bebé.

Llegaron regalos, vírgenes, santitos y peluches; madres e hijas la visitaban como en peregrinación para compensar en algo la soledad en que había crecido Tamara.

Todos parecían tocados por la bebé. Una niña de 10 años confesó que soñaba con ella y por eso comenzó a llamar a diario, a veces desde su colegio, para preguntar por la pequeña.

Tampoco los padres quedaron ajenos. Dos se comunicaron con la clínica y estaban tan conmovidos que lloraron largamente por el teléfono.

Además, por separado, una familia y una mujer comunicaron su interés de adoptar a Tamara, sin importar el daño cerebral que tuviera por los golpes recibidos.

Pañales, dinero para pagar las cuentas y hasta medicamentos traídos desde Estados Unidos, fueron los obsequios que recibió la hija de Alejandro.

A solo días de la irrupción de Tamara en la vida pública el balance de la clínica era sorprendente: habían recibido unos 40 llamados (sin contar los telefonazos repetidos) Nunca antes, comentaron en el establecimiento, se había registrado una reacción solidaria de tanta envergadura. “Esto es un terremoto social”, afirmaron.

Pero el doloroso silencio de Tamara no solo conmovió a ciudadanos anónimos, la reacción desde el ámbito parlamentario no se hizo esperar.

“Nadie ha dejado de estremecerse frente las pantallas de televisión mirando a la pequeña Tamara agonizante”, escribía la diputada del Partido Por la Democracia (PPD) Martita Worner en una columna de opinión en el diario La Tercera. “Se le ve rodeada del confort que se le brinda en una de las clínicas privadas más caras del país, pero, lamentablemente agoniza ante la impotencia de quienes la cuidan. Un escalofriante caso de maltrato infantil que tiene por víctima a una pequeña de cinco meses y por victimario a su propio padre”, continuaba la reflexión de la parlamentaria que invitaba a repensar la forma en que la sociedad se relaciona con lo niños.

La senadora demócrata cristiana Carmen Frei y la diputada del Partido Socialista Fanny Pollarolo, integrantes del Grupo Parlamentario de Apoyo a la Infancia, declaraban que era necesario poner en la agenda el tema del maltrato infantil y abordar como política de Estado la prevención de estos casos, considerando para ello una coordinación eficiente de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial.

Horas más tarde el guante era recogido y desde el Ministerio de Justicia aclaraban que, aunque no existían modificaciones en curso de la Ley de Violencia Intrafamiliar, se incrementaría el presupuesto del '96 al Poder Judicial con recursos suficientes para que los tribunales civiles que conocen de las materias de violencia intrafamiliar, contaran con una asistente social que permitiera entregar a las víctimas una atención profesional.

La Corporación del Niño Agredido también entró al ruedo presentando una querrela contra el responsable de las lesiones sufridas por la menor. Desde entonces la Corporación enarbó a Tamara como un emblema contra el maltrato infantil en Chile con encendidos discursos sobre la falta de conciencia y recursos para combatir este flagelo. Incluso exigieron públicamente a la justicia presidio perpetuo para el “padre del año” como “medida ejemplificadora”.

Once años después la investigación periodística de un programa de televisión revelaría que aquella institución era un bien aceitado negocio para conseguir millonarias sumas a favor de su ideólogo, Jorge Gautier. La imagen de Tamara, como la de otros muchos niños, había sido utilizada para llenar las arcas de aquellos que se decían “deshechos” por el caso de la niña Schayman.

### **¡Soy inocente!**

Una y otra vez Alejandro repitió que era inocente. Lo hizo sin descanso a través de los medios que lo juzgaban, de sus abogados, de los pocos familiares que lo visitaron.

–Jamás le pegué a la Tamara. No soy responsable de las lesiones, ni de haberle quebrado los huesos ni mucho menos de dejarla en coma- repetía con énfasis el publicista. –Hubiese dado mi vida por salvar a mi hija ese día. Cuando la Tamara entró en coma, los doctores dijeron que iba a morir y yo dije “no, mi hija no se muere”, me aferré a su vida. Fue desesperante. Mi mujer tenía la sábana mortuoria en la cartera– declaró.

La versión de Alejandro aparecía como una enrevesada trama en la que él era la principal víctima. El hombre aseguraba que sus antiguos abogados, quienes ahora representaban a la familia Kychental, le habían tendido una trampa. Schayman intentó convencer a todo el que le preguntaba, que los juristas le pidieron declararse culpable para evitar que su esposa tuviera que pasar malos ratos estando embarazada de su segundo hijo.

–Ellos sabían cómo reaccionaba yo, cuál era mi actitud ante las cosas, sabían que no iba a hacer nada contra Marianne. No podía permitir que ella pasara por algo así estando encinta– afirmaba Alejandro.

La explicación de Schayman y su defensa consistía en que la verdadera razón de las lesiones de Tamara se debían a la falta de cuidado o a la negligencia en la atención de la bebé. Su tesis indicaba que era imposible que una madre que no trabajaba, que pasaba todo el día con su hija y que tenía personas contratadas para su cuidado, no supiera o no se diera cuenta de que tenía lesiones, salvo que ella misma hubiera tenido alguna participación.

Sin embargo los dardos de Schayman no encontraron eco en las investigaciones judiciales, y nunca se acreditó que Marianne tuviera alguna responsabilidad en el estado de Tamara. La siguiente hipótesis que Alejandro expuso con vehemencia fue la responsabilidad de Teresa Fuentes, una de las nanas encargadas de cuidar la salud de la pequeña.

–Mi señora sabe que yo no fui y se quedó callada, porque está instruida por sus padres– fue la explicación que espetó el hombre.

La empleada contará nerviosamente años después que nunca tuvo nada que ver y que Tamara era muy delicada desde que nació. “Era frágil, llorona y siempre había alguien cuidándola. Nunca vi a su papá haciéndole nada extraño, pero era cierto que a él le gustaba pasar ratos solo con ella”, dirá Teresa.

La ofensiva de Schayman continuó y su abogado de aquél entonces, Manuel Cerna, escribió un sentida carta al diario La Segunda, exigiendo que los medios fuera más cautelosos a la hora de calificar situaciones que aún no estaban resueltas, aludiendo directamente al matutino que había titulado que el padre de Tamara la había “flagelado”, en medio del escándalo y la conmoción que provocó el caso.

*“La noticia entregada en esa oportunidad no sólo hace referencia al beneficio obtenido por mi representado, sino que además el periodista que cubre esta noticia aprovecha la oportunidad de sostener afirmaciones cuya veracidad contrastan con el contenido del proceso que se investiga.*

*En efecto, resulta absolutamente sorprendente que con tanta propiedad y ligereza al mismo tiempo se utilicen palabras y en definitiva un lenguaje al informar que constituyen una cadena de imputaciones de manera categórica respecto de la participación culpable de una persona, en este caso el señor Schayman, cuya responsabilidad penal aún no es determinada por el propio tribunal llamado a investigar los hechos del proceso. Lo anterior cobra más*

*sorPRESa aún, cuando tales afirmaciones formuladas se sostienen a partir de hechos que no constan en el sumario que da cuenta el proceso seguido en contra de mi representado.*

*De esta forma, al sostenerse que el señor Schayman haya flagelado, agredido o propinado golpizas a su hija Tamara, tal cual lo informa ese diario, se está actuando irresponsablemente ante la opinión pública que merece ser informada debidamente, de manera que ésta pueda formarse una opinión acabada de la noticia difundida, a partir de los antecedentes veraces que deben constituir el pilar fundamental de toda la noticia seria.*

*Los medios de comunicación, junto con la obligación que tienen de informar oportuna y debidamente a la opinión pública de los diversos acontecimientos y hechos noticiosos de interés general, tienen al mismo tiempo la responsabilidad de hacerlo con la veracidad y objetividad que imponen los hechos que constituyen la noticia. Lo cierto, señor Director, es que uno se pregunta ¿cómo pudo informarse el periodista que mi representado haya flagelado, agredido o propinado golpizas a su hija, en circunstancias que éste no ha podido conocer el sumario que se instruye en este juicio, y en el cual además ninguna de esas conductas aparece en el proceso que las haya desarrollado el señor Schayman? ¿Cómo poder sostener tales afirmaciones si el padre de la menor no se encuentra confeso ni judicial ni extrajudicialmente?, ¿Cómo poder ser tan categórico respecto de la responsabilidad que le cabe al señor Schayman en los hechos, si el propio tribunal llamado a resolver esta causa aún se encuentra desarrollando las investigaciones del sumario?”*

Pese a la enconada defensa del abogado y del propio Schayman la imagen de la niña conectada a un respirador valía más para la sociedad chilena que las mil palabras de la carta publicada en una pequeña sección del diario La Segunda.

## **Debajo de la alfombra**

El caso de Tamara sacaba a relucir una realidad que nadie parecía haber visto. La sorpresa era total, a pesar de que los castigos físicos a los niños eran parte del paisaje cotidiano dentro de la mayor parte de familias chilenas, avalados por una débil legislación al respecto.

En aquellos años el Servicio Nacional de Menores registraba que un 77,5% de los menores chilenos recibía algún tipo de violencia, ya sea física o psicológica. Una cifra igual de inquietante demostraba que 34% de los niños chilenos había sufrido violencia física grave. A pesar del impacto que causó que Tamara perteneciera a una familia acomodada, ya en esos años los registros del Sename mostraban que el 24% de los maltratos ocurría en sectores de altos ingresos de la sociedad.

Los abogados del Sename además ya habían presentado 255 querellas por maltrato infantil. En un 90% se trataba de casos de abuso sexual. De todas maneras era una realidad velada, puesta bajo la alfombra, que existía como todos sabían en los suburbios y en las poblaciones del país por la aceptada creencia que la mejor forma de enseñar y corregir era a través de los golpes. Sin embargo Tamara demostraría que la situación se repetía en barrios con jardines verdes y autos último modelo estacionados en calles pavimentadas.

En aquellos años el abogado Mauricio Mejías trabajaba en el área judicial del Sename. Años después, ya como jefe del departamento, recordaría que el ocultamiento del maltrato infantil existía en todas las clases sociales, pero en el barrio alto era mucho mayor por un temor más profundo al qué dirán. En ese sentido el caso Schayman “fue una bofetada en el rostro para todos”.

El profesional indicaría que aunque no hay un único motivo que explique el maltrato a los niños en Chile subsiste un factor cultural que ayuda a su persistencia. “Existe una tolerancia al castigo físico a los niños. A veces lo vemos en la calle o en el supermercado y no actuamos porque se cree que está dentro de los derechos de los padres. Mientras no haya un respeto a los derechos del niño vamos a seguir enfrentando estos casos de castigo”.

Sin embargo, el grado de sadismo demostrado en el caso de Tamara haría que por un momento aparecieran socialmente cuestionamientos más profundos ¿Por qué un padre maltrata de esa forma a su hija? Si son los padres los que deben amar, proteger, orientar y apoyar a sus hijos en sus posibilidades de desarrollo, por qué el daño y las cicatrices en tantos pequeños.

¿Qué había de la existencia de tantos bebés de meses violados y desgarrados por sus propios padres? ¿O de esas madres aquejadas del mal de Mauchausen que hacen enfermar deliberadamente a sus hijos y les someten a decenas de operaciones quirúrgicas? ¿De esos niños abandonados en bolsas de basura?

A pesar de conocerlos muy bien, a Mauricio le costará definir a los padres maltratadores. Dirá que son personas muy diversas, que pertenecen a todas las clases sociales, que tienen distintos grados de educación y en un muy bajo porcentaje presentan algún tipo de patología mental.

Es decir, no existe un perfil típico de estos progenitores. Sin embargo, diversos estudios han establecido que un buen número de padres que maltratan a sus hijos fueron maltratados de una u otra forma en su infancia. Se trataría de un terrible círculo que nunca se cerraría. El hijo maltratado se volvería, paradójicamente, un padre maltratador.

Aunque nadie dio una receta en aquellos años, las investigaciones realizadas posteriormente permiten hablar de “factores de riesgo”, o características de los padres que elevan la posibilidad de conductas violentas con los hijos: baja tolerancia a la frustración y expresiones inadecuadas de la rabia; falta de habilidades parentales y el sentirse incompetentes e incapaces como padres. Todos, rasgos que podrían identificar a Alejandro.

## **El último viaje**

Cuando el sosiego y la calma parecían la única realidad posible para Tamara, un nuevo inconveniente azotó su existencia. Marianne recibió la noticia la mañana del 3 de mayo de 1996. Su hija sería dada de alta por la

Clínica Las Condes. ¿Cuál era la razón, si la menor no presentaba ninguna mejoría en su estado?

–Aunque no se encuentra en condiciones normales de salud y no ha superado los efectos ocasionados por las agresiones de que fue objeto, no existen contraindicaciones profesionales que impidan que continúe con su recuperación en su hogar– fue la explicación que recibieron los familiares de la niña.

Pese a esto, los médicos recomendaron que Tamara fuera supervisada y controlada por una enfermera durante su permanencia fuera del hospital. Su familia, siguiendo al pie de la letra las indicaciones, contrató a la empresa de servicios médicos Amedem, dependiente de la Clínica Santa María, que disponía de equipos y máquinas especializadas para atender a domicilio a este tipo de pacientes.

La tarde de aquel día de mayo, Tamara volvió recorrer la ciudad junto a su madre, esta vez el destino no fue el departamento donde había nacido, sino la residencia de sus abuelos. Sin embargo, su última aventura le costaría caro, pues una vez más el diagnóstico de los médicos falló.

Tres días después Tamara regresaba en ambulancia a su pequeña cama de cristal. Un reflujo había bloqueado los tubos que le permitían alimentarse, ni la enfermera ni sus nerviosos familiares supieron como solucionar el problema y la menor debió ser internada en la UTI Pediátrica de la Clínica Santa María.

La respuesta de la Clínica Las Condes no se hizo esperar “Dos semanas antes del alta se le practicó una traqueotomía gastrostómica con lo que se simplificaron los problemas de respiración y alimentación, respectivamente”, explicó a la prensa el subdirector médico de la institución, doctor Carlos Saieh. Agregó que “se decidió el alta de acuerdo a la norma habitual de todo paciente con daño neurológico”.

El abogado de la familia, por su parte declaraba veladamente la guerra a la institución. “Hay una serie de elementos que se han ido juntando y que nos llevan a analizar la responsabilidad de la Clínica Las Condes en varios hechos. Entre ellos los chequeos que se le hicieron a Tamara antes de que quedara

hospitalizada; el *tour* que se hizo con los periodistas, infringiendo la Ley de Abusos de Publicidad y ahora esta posible alta apresurada".

La respuesta de la clínica vino en forma de demanda, exigiendo que Marianne Kychenthal cancelara de forma inmediata la deuda que tanto ella como su esposo habían contraído con la institución médica. Según en la presentación que hizo el establecimiento, antes del 28 de marzo, existía una deuda pendiente de por la suma de \$ 374.800 por atenciones anteriores.

Eso sumado a los gastos efectuados desde aquél 28 de marzo de 1996 y hasta principios de mayo, cuando Tamara fue dada de alta por la clínica, hacía que el monto total de las prestaciones médicas y hospitalarias impagas ascendiera a \$19.785.093.

Marianne respondió a través de su abogado que ella no sería responsable del pago de la cuenta por haber sido contratado el servicio exclusivamente por su esposo y que debía tenerse en cuenta que estaban casados bajo régimen de separación de bienes. Por lo tanto, las deudas de su marido no eran traspasables a ella.

El argumento de la clínica fue que "si bien en el régimen de separación de bienes la obligación que asume uno de los cónyuges lo obligan sólo a él y a sus bienes y no al otro, la ley hace excepción en el caso de que la deuda asumida vaya en directo beneficio de la familia común, siendo plenamente aplicable el artículo 161 del Código Civil que permite dirigir a los acreedores su acción en contra de la mujer por obligaciones contraídas por el marido, en caso de que estas hayan ido en beneficio de la familia común".

Seis años más tarde la Corte de Apelaciones determinó que la clínica Las Condes tenía razón y condenó a Marianne Kychenthal Bab al pago del 50% de lo cobrado por concepto de las facturas presentadas por la clínica.

### **El debido proceso**

El 17 de abril de 1996 cerca de las cuatro de la tarde, un grupo de policías de Investigaciones llegó al domicilio de Alejandro Schayman Klein, enclavado en el sector más acomodado de la capital, para detenerlo, acusado de maltratar a su hija.

La jueza Olga Fernández, del Décimosegundo Juzgado del Crimen de Santiago, dio inicio al proceso luego de una denuncia de la Clínica Las Condes, tres días después oficialmente lo sometió a proceso como presunto autor de parricidio frustrado.

Su primer destino fue el anexo Cárcel Capitán Yaber, donde permaneció cinco días, lo que provocó un sinnúmero de críticas de los medios, ya que ese es un centro de reclusión para delitos menos graves, específicamente para aquellos padres que no cumplen con el pago de pensión alimenticia, los conductores que transgreden las leyes del tránsito y para los ebrios.

Luego de ser detenido y declarado reo fue trasladado al pensionado de la ex Penitenciaría e ingresado a la calle 3 del recinto para evitar atentados en su contra. Ahí permaneció solo y sumergido en un llamativo ostracismo, leyendo o durmiendo durante las largas jornadas. Nadie pudo sacarlo de su mutismo.

Durante los primeros días recluso el único en visitarlo fue su hermano Ricardo, quién viajó desde Bolivia y debió enfrentarse con un enjambre de periodistas que querían conocer detalles del hombre detrás de tan terribles actos. Nadie, excepto él, visitó a Alejandro en la cárcel. Ninguno de sus amigos ni colegas, tampoco nadie de la comunidad judía se hizo presente en el infierno de Schayman.

El tiempo pasó y la situación no mejoró. Estuvo preso durante dos años, aún cuando el proceso permanecía en etapa de investigación, porque según la justicia se trataba de un individuo “peligroso para la sociedad”.

En esos años fue monitor de la calle 1, lugar donde llegan los primerizos. Ahí se hizo conocido por participar en diferentes actividades deportivas y religiosas.

Durante esos primeros años el misterio de Tamara parecía resuelto: sus males se debían a un padre enajenado que quería destruirla. No obstante, el enigma de Alejandro no parecía tener sentido. ¿Quién era este hombre corpulento y silente que se dedicaba a leer y predicar y por qué había cometido semejante crimen?

En aquel tiempo en la cárcel, Schayman afirmaba que tenía esperanzas. Si salía en libertad quería bajar de peso, "ordenar su psiquis", y "limpiarse". Explicaba este episodio en prisión como un viaje de redescubrimiento, como

una forma de volver a nacer, de saber quién era realmente y descubrir cómo reaccionaría frente a las transformaciones que le podría provocar la reclusión. Además, reconocía que sentía temor a las miradas del resto de la gente.

El examen psiquiátrico que se le practicó en 1997, mientras estaba preso, fue categórico y arrojó como resultado: "Desorden de personalidad de tipo histero-paranoide-inestable, sin relevancia médico legal como para sustentar una modificación de su imputabilidad". Además presentó una "conciencia lúcida", con respuestas coherentes a las preguntas que se le hicieron. Negó rotundamente haber provocado lesiones en su hija y reconoció tener recuerdos "sufridos" de ella.

### **Responsabilidades médicas**

Mientras la existencia de Tamara permanecía suspendida en un coma profundo, otro proceso avanzaba de forma paralela. La paradoja de la historia de la pequeña era que la excelente situación económica con que había nacido, había perjudicado su diagnóstico médico. Veinticinco médicos, con títulos y posgrados, en una de las clínicas más costosas del país tuvieron la misma idea: "Una bebé de clase alta, no sufre maltratos". Estos prejuicios condenaron a Tamara a múltiples tratamientos que solo mitigaban sus afecciones, pero que nada hacía contra la fuente de los sufrimientos de la niña.

Sin embargo, hubo oportunidad para que Tamara fuera pesquisada como un caso de maltrato infantil. Entre el 20 y 22 de marzo de 1996, una semana antes de ingresar a urgencia en coma, la pequeña fue hospitalizada en la Clínica Las Condes. Allí se le practicó una tomografía computarizada de cerebro (dos placas que contenían 40 imágenes), el día 20, y una resonancia nuclear magnética (seis placas con 116 imágenes) en el Instituto Radiológico Fleming, el día 21, que fueron consideradas normales por los radiólogos que despacharon ambos exámenes y por los médicos de la Clínica Las Condes.

Una segunda revisión de las imágenes, cuando Tamara ya estaba en estado de coma, reveló que "la niña presentaba una lesión de 16 centímetros en el cerebro. A nosotros nos asiste la convicción de que si en ese momento, cuando se tomaron los exámenes, se hubiera informado la fractura de cráneo se le habría salvado la vida, porque se habría descubierto que estaba siendo

víctima de un delito y se habría hecho la denuncia. Pero eso no se detectó y se la dio de alta", contaría el abogado de la familia Kychenthal, Rodrigo Zegers.

La gran ironía: la resonancia y la tomografía sirvieron, en una segunda lectura, de base junto a otros exámenes para avalar la denuncia de maltrato hecha por la Clínica Las Condes. Pero Tamara tuvo una segunda oportunidad. El 26 de marzo, dos días antes de ingresar en estado de coma a la Clínica Las Condes, fue vista en ese centro asistencial por el pediatra Eduardo Wolf. La niña presentaba convulsiones, pero el especialista las consideró "normales" y descartó su hospitalización, según consta en el sumario.

Pediatras, internistas, dermatólogos, oftalmólogos sometieron una y otra vez a la pequeña a exámenes, ninguno de ellos pudo relacionar los síntomas con la posibilidad de maltrato. Solo después de tres meses el doctor Jaime Mañalich, director médico de la Clínica Las Condes, llegó a la conclusión de que la única explicación para que el puzzle por fin tomara forma, era que la bebé era víctima de abusos.

"Se hizo la denuncia una vez que se logró reunir todas las pruebas. Por responsabilidad, había que hacer muchos exámenes para tener fundamentos suficientes en un caso de tal magnitud y que afectaría a tanta gente", explicaría la clínica a través de un comunicado en su única declaración pública del hecho. El doctor Jacob Cohen y los demás médicos de la lista desde entonces decidieron permanecer en un silencio absoluto, el mismo del que Tamara nunca pudo escapar.

## **Una nueva batalla**

Cuando Marianna Kychenthal leyó el informe del Servicio Médico Legal, fechado del 10 de julio de 1996, supo que debía pelear también contra la institución que durante meses estuvo encargada de velar por la salud de su hija. El informe era claro al señalar que "podría haber responsabilidad de los oftalmólogos. Habiendo detectado hemorragias retinianas, en una junta médica que se habría realizado en la Clínica Las Condes en alguna fecha previa al 22 de marzo, no habrían sugerido formalmente la posibilidad de que tales lesiones fueran de carácter intencional y no tomaron las medidas que dispone la ley o que sugiere la práctica clínica, siendo dichas hemorragias a esta edad

características de maltrato según consenso internacional y sólo con menor probabilidad originadas en vasculitis".

Debido a la falta de un correcto diagnóstico, los abogados de Marianne solicitaron que se investigara si hubo o no negligencia médica de parte de todos los especialistas que revisaron a Tamara. La petición se incluyó en la querrela por lesiones gravísimas en contra de Schayman. Pero, además, se interpuso una querrela independiente contra la Clínica Las Condes por haber dado de alta a la niña cuando estaba en coma y tras lo cual debió ser ingresada a la UTI de la Clínica Santa María al día siguiente.

En el proceso consta que el pediatra Carlos Hinzpeter, de la Clínica Las Condes, una semana antes de dar de alta a Tamara pidió una autorización por escrito al juzgado para entregarla a su madre o a la persona de la familia que la retirara.

"Tal declaración resulta sorprendente, puesto que pareciera ser que se refiere a una menor en franca mejoría y sin complicaciones, pero olvida que se trata de una lactante en estado de coma", comentaría Zegers años después.

El que ocho días antes del alta efectiva, que ocurrió el 3 de mayo de 1996, el médico pidiera un permiso al tribunal para entregar a Tamara "trasluce una intención de querer deshacerse de la menor y una evidente muestra de descuido profesional. En otras palabras, la decisión de dar el alta estaba tomada una semana antes de su materialización", agregaría el abogado.

### **¿Y ahora qué?**

Ocho meses después de la explosión del caso, y tras una dura batalla por parte de la defensa, los abogados de Alejandro consiguieron que la Corte de Apelaciones le concediera la libertad condicional. Sin embargo el impacto del caso había sido tan alto, que el beneficio nunca se materializó.

El 15 de diciembre de 1997 el magistrado del Décimosegundo Juzgado del Crimen, José Luis Pérez, previa consulta a la Corte, aceptó la libertad bajo fianza del ciudadano boliviano. Sin embargo, la Primera Sala, en fallo unánime de los ministros Juan Guzmán, Guillermo Ruiz y Urbano Marín, revocó la decisión.

Después de un año y nueve meses de prisión su suerte cambió cuando la Primera Sala de la Corte de Apelaciones de Santiago aprobó la resolución del magistrado José Luis Pérez Calaf, quien tasó la libertad de Schayman en la no despreciable suma de dos millones de pesos. Aunque Alejandro logró reunir el dinero, eso significó también el fin de su vida anterior. Al salir de la cárcel estaba solo, considerado un paría en su círculo social y con un nombre poco común asociado indeleblemente al maltrato infantil.

La respuesta de los abogados de Marianne y del Servicio Nacional de Menores no se hizo esperar y a los pocos días solicitaron el término de la libertad provisional para el publicista boliviano. El abogado Zegers anunciaba por los medios que interpondría un recurso de queja ante la Corte Suprema, en contra de los ministros de la Primera Sala de la Corte de Apelaciones que concedieron la excarcelación de Schayman.

El padre de Tamara lograba nuevamente la libertad, pero ya nada sería como antes de caer preso. No tenía trabajo, ni casa y muy pocos amigos. Había que empezar de cero. Carente de otro refugio, acudió al Monasterio Benedictino de Las Condes y pidió que lo dejaran dormir ahí durante unos días. En su estadía en la cárcel había conocido a muchos jesuitas que hacían misiones en las prisiones tratando de rescatar “almas perdidas”. Allí pasó sus primeros 15 días en libertad, en medio del silencio y la reflexión de los monjes.

Después de dos semanas de recogimiento se puso en contacto con su prima, residente en Chile. Ella viajaría a estudiar a Boston, pero se ofreció a alojarlo en su casa durante el tiempo que fuera necesario, incluso cuando ella no estuviera en el país. Ahora su único objetivo era tratar de reconstruir su vida, de la que quedaban solo pedazos.

### **La muerte de Tamara**

El día que murió Tamara fue exactamente igual a los anteriores. No hubo perros ladrando al amanecer, ni pistas que presagiarán que la odiosa muerte se llevaría a la pequeña aquella mañana. Llevaba demasiado tiempo de agonía, de no-vida, suspendida en el tiempo, viviendo sin vivir. Por eso cuando aquél 11 de junio, en medio del frío invierno santiaguino, dejó de respirar, la

mayoría de las enfermeras que la habían observado dormir durante los últimos seis años, pensaron que lo inevitable había sucedido.

Tenía seis años y siete meses, nunca dijo una palabra, no tuvo compañeros y jamás pisó un colegio. Permaneció siempre en estado neurovegetativo, desconectada del medio, con ventilación mecánica a través de traqueotomía y con gastrostomía para su alimentación.

La no-vida de Tamara transcurrió en compañía de su madre, quien la visitaba una o dos veces al día, de su abuelo Hans Kychenthal, su abuela Úrsula Bab y sus tíos Andrés y Miguel. La familia materna permaneció siempre junto a ella, hablándole, haciéndole cariño, cambiándole los pañales y celebrando sus cumpleaños, sin saber si la pequeña sentía o no el afecto que le prodigaban.

Aquel atardecer fue prematuro y lúgubre. El funeral de la pequeña ocurrió horas más tarde. Entre las lágrimas y el silencio de sus familiares Tamara fue enterrada en el Cementerio Israelita de Santiago en una mañana fría y gris. Alejandro no asistió al entierro, de hecho jamás volvió a ver a su hija desde que ella entró en coma profundo.

Nunca pisó el centro hospitalario después de salir de la cárcel en libertad condicional, porque los abogados de Marianne pidieron una medida de protección ante un juzgado de menores para impedirselo, desde que una tarde fue visto rondando la Clínica Santa María y ésta le manifestó a la familia materna que no contaba con atribuciones legales para negar el acceso del padre a ver a su hija.

La muerte de Tamara llegó tres días después a oídos de su padre. Una mañana de lluvia cuando acudió al tribunal para ver cómo estaba el proceso, el actuario le dio la noticia con un gélido ademán. Esa tarde lloró desconsolado, consciente de que se trataba del principio del final, lo más seguro era que volviera a la cárcel. Esta vez no habría esperanza.

Algunos días más tarde, según contaría tiempo después, fue a visitar a su hija al cementerio judío. Fue la única vez que pudo acercarse a ella después de seis años. Observó su tumba en silencio le puso unas piedritas como dice la tradición judía y luego se fue a dar vueltas por el centro.

## Las razones del mal

Habían pasado cerca de ocho años del inicio del proceso y casi dos de la muerte de Tamara cuando la Jueza María Paz Rodríguez se hizo cargo del proceso judicial contra Alejandro Schayman. Ella sería la encargada de resolver definitivamente el caso y determinar las reales responsabilidades del ciudadano boliviano.

Eran más de mil fojas de investigación en tres tomos que impactaron a la joven jueza. A medida que avanzaba en la reconstrucción del proceso y de los hechos que antecedieron la muerte de Tamara más clara se hacía la convicción de que se trataba de un tipo de maltrato donde yacía la intención conciente de dañar a una pequeña niña indefensa.

“No es que simplemente el padre le pegó a la hija, sino que es una situación casi de tortura que se produjo desde que nace hasta que queda en ese estado (de coma). Es una situación donde una persona no tiene voz para defenderse, donde uno se da cuenta que nada se pudo hacer para evitar lo que sucedió. Esa niña nunca conoció nada, no alcanzó a vivir y a los cuatro meses quedo vegetal”, recordaría Rodríguez tiempo después.

Desde que asumió el caso se dedicó a cumplir las diligencias decretadas y rehacer algunas pruebas para contar con la total certeza a la hora de redactar el fallo. Y para hacerlo debió poner en contexto todas las declaraciones, ordenar los hechos y armar poco a poco el rompecabezas.

¿Cómo Tamara siendo un bebé calificado como normal había llegado a un estado vegetativo? Los diagnósticos de la clínica y del Instituto Médico Legal eran categóricos: todas las lesiones fueron producto del maltrato infantil. Ahora el tema era determinar quién era el autor de ese maltrato infantil. “¿Cuál es el círculo de una niña de cuatro meses de vida? Padre, madre, enfermeras o nanas, ahí estaba la clave de los hechos”, pensó la jueza.

Aunque Schayman en un primer momento culpó a una de sus empleadas domésticas de ser la real causante de los maltratos hacia su hija, sus declaraciones a lo largo del proceso habían sido demasiado elocuentes. El hombre había reconocido ciertos hechos de violencia, haberla zamarreado, tener juegos peligrosos como lanzarla al cielo y atraparla antes de caer cuando tenía apenas un mes de vida. Además había admitido que su infancia infeliz

hacia que le incomodara ver a su hija plácida. No quería que ella fuera feliz porque recordaba lo mucho que sufrió cuando era niño. Revivía los malos tratos que su familia le daba, por eso el resentimiento explotaba cuando estaba cerca de su hija. Finalmente la infancia es el lugar al cual siempre regresamos.

Aunque Alejandro reconoció ciertos hechos agresivos frente a la menor, nunca admitió que lo que él hizo la dejó en ese estado, tampoco confesó explícitamente intención de dañar a su hija. Sin embargo, después de meses de trabajo, la jueza llegó a la seguridad de que no era necesario que lo manifestara, sus actitudes decían claramente la verdad.

Sin embargo, cuando tuvo todos los antecedentes para redactar la sentencia final, una pregunta se instaló en su mente. ¿Es posible que una persona que quiere matar a una guagua de cuatro meses, no lo pueda hacer? ¿Es realmente posible?

El homicidio de una menor de edad que no tiene ninguna posibilidad de defenderse, que está a merced de su victimario, muy difícilmente puede resultar frustrado, sobre todo cuando es una acción que se va ejecutando en el tiempo. ¿Cuál era la intención del autor, qué es lo quería hacer?, reflexionó la magistrada.

Después de revivir paso por paso el calvario de Tamara, los golpes, los moretones, los llantos, las noches sin dormir, las imágenes de la menor conectada a un ventilador, las palabras de su padre (“odiar lo que quería”), la jueza llegó a la convicción cierta de que la intención de Alejandro Schayman era dañar a su hija, dañarla sin límites.

Entonces comenzó a sopesar todos los antecedentes para dictar su sentencia. Se trataba de lesiones graves, que se agravaban con la posición de garante, porque era él quien tenía la obligación de proteger a su hija respecto de los demás. La alevosía con que había cometido los actos, haber abusado de la superioridad de su sexo, abusar de su condición de confianza. Además había que considerar que la niña murió seis años después y no solo de una bronconeumonía, su muerte era producto directo de las lesiones recibidas, a pesar de que hubiera sido diferida en el tiempo. “Lesiones graves, gravísimas con resultado de muerte”, fue la conclusión definitiva del fallo.

“La intención clara del acusado es provocarle daño y no matarla porque si no probablemente lo habría conseguido o tal vez en el tiempo, pero se trata

de una mentalidad que es confusa”, diría la magistrada para explicar la recalificación del delito en su sentencia.

## **Culpable**

Pálido y silencioso como si hubiese estado en una sinagoga con su kipá, el gorro judío tradicional sobre la cabeza, Alejandro escuchó la sentencia que lo condenaba a 20 años de cárcel y a pagar una indemnización de 300 millones de pesos por sus delitos.

Habían pasado diez años desde el inicio del proceso, durante dos estuvo preso y el resto tratando de recomponer su existencia.

Durante una década Alejandro Schayman luchó por demostrar que los demonios que le despertaba su hija, no hicieron que él la dejara en coma profundo y que finalmente extinguiera su vida tras una larga agonía. Después de tres abogados e innumerables recursos judiciales, cuando el caso parecía perdido, Alejandro no se rindió.

Tras escuchar el contundente fallo que lo condenaba a 20 años de cárcel, decidió contraatacar. Y en su escrito de apelación manifestó que su hija tenía una patología previa hasta ahora no investigada.

Schayman argumentaba con ahínco que pese al sin fin de exámenes que se le practicaron a Tamara, se había omitido el que arrojaba la osteomalacia, un mal congénito que produce el ablandamiento de los huesos, causado por una deficiencia de vitamina D o por problemas con el metabolismo (descomposición y utilización) de esta vitamina.

–Por eso cuando le encontraron las lesiones antiguas en los huesos dijeron que tenía el síndrome de maltrato infantil, pero ahora con mi abogada hemos averiguado que cuando una bebé tiene osteomalacia, las fracturas a los huesos son frecuentes y antiguas– explicaba Schayman con vehemencia.

La siguiente teoría del acusado hablaba de una fractura en el cromosoma 2 q-21, que es el que indica la intolerancia a la lactosa, pero a su vez está conformado por un gen que ligado a los músculos y al esqueleto y cuando este gen viene mal, el cromosoma se fractura y entonces la bebida empieza a presentar hipotonía y debilidades de los huesos

Sin embargo, la evaluación que hizo la jueza María Paz le resta credibilidad a estas nuevas teorías. “Todos los escritos que él presentó, los hizo fuera de plazo. Ahora, si hubiese sido algo realmente esclarecedor lo que él estaba presentando y hubiese tenido esa patología se hubiera descubierto mucho antes. Sus nuevas pruebas eran estudios comparados con doctores que vivían en otro país que él bajaba de Internet. Pero ninguno de los doctores que trató a la niña jamás manifestó que ella podía tener lo que él señala”.

El proceso fue largo, pero consiguió un fallo histórico. La abogada Macarena Cortés, que debió seguir el proceso como representante del Sename, dirá que se trata de un caso en muchos sentidos particular. “Con el caso de Tamara Schayman quedó demostrado que el maltrato hacia los niños es un mal transversal que cruza todas las clases sociales. Creo que nunca antes se había visto con tal claridad como gracias a este caso”.

Con respecto a Alejandro, la abogada lo recordará como un hombre “impávido”. “Una de las cosas que más sorprendían de él tanto a nivel mediático como personal, es que se trataba de un hombre culto, estudiado. Eso demostraba que el rostro del padre maltratador no era un estereotipo”.

## **El silencio del cementerio**

Flores de colores y dos globos adornan la lapida de Tamara, que según estos datos ya no es Schayman, ahora solo lleva el apellido de su madre y de sus abuelos. Una forma de borrar la historia y las huellas que su padre dejó en ella. El personal del Cementerio Israelita, ubicado en la calle Enrique Donoso en la comuna de Recoleta, dice que la visitan seguido. La pequeña, que hoy estaría a meses de cumplir 14 años, no pasa mucho tiempo sola.

De esos mismos casi 14 años que han transcurrido desde que Tamara entró en coma, su padre Alejandro Schayman se encuentra en libertad bajo fianza desde hace al menos una década. La causa se encuentra en la Corte de Apelaciones en apelación de la sentencia. Todos apelaron, la parte querellante porque no se le dio lugar al parricidio perpetuo y apeló Schayman por la sentencia condenatoria. Hasta marzo de 2009 no había fecha concreta para que la causa se cerrara definitivamente. Pese a su libertad, Schayman se

encuentra atrapado en Chile, está imposibilitado de salir del país, ya que no puede conseguir visa para regresar a Bolivia por la orden de arraigo.

Al parecer no va mucho al cementerio. Su ex esposa, en cambio, lo hace constantemente. Probablemente en los espacios que le deja su nueva vida, ya que Marianne volvió a casarse luego de anular el matrimonio con Alejandro en 1998. Su nueva pareja es Claudio Paz Schkolnik, con quién tiene un hijo, además de Tomás, el también hijo de Alejandro, aunque el pequeño lo ignore.

De hecho nunca se han visto porque su madre decidió que Schayman no debía acercarse más a sus hijos. La mujer contrató guardias de seguridad, debido a que además de rondar la Clínica Santa María, cuando Tamara aún vegetaba esperando la muerte, Schayman fue visto en los alrededores de la plaza donde jugaba Tomás.

Hoy Alejandro tiene 44 años y se dedica a la fabricación de chocolates artesanales en su propia casa. Su negocio mezcla sus dos profesiones, la gastronomía y la publicidad, pues se trata de una pequeña fábrica de “Chocolatería Publicitaria” que consiste en la elaboración de imágenes corporativas o logotipos de empresas que en su interior contienen deliciosos chocolates.

Vive en un modesto departamento de la comuna de La Florida, junto a su actual pareja. Sigue siendo el hombre corpulento que en más de una ocasión mostró la prensa y continúa asegurando que podrá revertir su situación procesal en las instancias legales siguientes, que ya se han alargado por casi diez años. Afirma tener antecedentes que por fin podrían comprobar que nunca golpeó a su hija. Aunque no quiere hablar de nada con ninguna persona cercana a la prensa, el hombre no se esconde. Tiene un perfil en Facebook que aunque restringido permite saber que cuenta con varios amigos de la comunidad judía. Incluso aparece sonriente y con una camisa playera en la foto que ilustra la página web.

Distinta es la imagen del cementerio, que hoy parece vacío. Y la tumba de Tamara, triste a pesar de los esfuerzos por darle algo de “vida” a este espacio. Es imposible olvidar la muerte de una pequeña niña bajo terribles circunstancias, y la idea de una vida desperdiciada. Un montón de trozos rotos de un pasado, que aunque uno lo intente, parece no tener sentido.

## CAPITULO CUATRO

**José Andrés Aguirre Ovalle:**

**QUE DIOS ME PERDONE**

“La serpiente... ella me engañó”  
(Génesis 3:13).

–Padre, he pecado.

Comenzaba como una confesión cualquiera, pero acabaría como muy pocas. Con una absolución imposible de concebir. No para el pecador, sino para el mismo sacerdote. Sí, porque el padre José Andrés Aguirre Ovalle, mientras escuchaba el discurrir de culpas y arrepentimientos adolescentes de sus alumnas deslizaba sus manos sobre ellas, desplegaba su seducción y aprovechaba su poder todopoderoso de absolver los errores de las niñas, para desatar su mayor pecado capital: la lujuria.

"Llegó al colegio a confesar a los alumnos que quisieran. Cuando me tocó el turno, el cura me hizo sentar en su falda, empecé a hablar con él, y en esos momentos me pasó su mano por la espalda y la puso sobre una de mis piernas, porque él era bastante alto y yo más chica y flaca, para luego empezar a moverla de arriba hacia abajo, sin decir nada. Como esto me molestó me paré, me alejé de él un poco y seguí con mi confesión sin reprocharle su actitud, sólo le puse mala cara"<sup>20</sup>

"Antes que me tocara mi turno, fui advertida por mis compañeras que tuviera cuidado porque el cura era mano larga. Me senté a su lado, conversamos, después me empezó a acariciar el pelo y quiso bajar su mano hacia mis pechos, pero se lo impedí corriéndole la mano. No conforme con esto

---

<sup>20</sup> Declaración judicial de S.P.P.L., de 15 años, el 25.10.02. Causa Rol N° 3640-04

me tocó las piernas por sobre el jumper y más abajo de éste, yo le corrí la mano pero él volvía a insistir, debido a esto me salí de la sala"<sup>21</sup>.

Con el sol pegando fuerte sobre el centro de la ciudad ingreso a la catedral de Santiago, el símbolo más potente del catolicismo nacional. El contraste es notorio, el aire frío del edificio semivacío crea otra dimensión que nada tiene que ver con las veredas repletas de turistas, emigrantes peruanos y santiaguinos apurados que se transitan por la Plaza de Armas.

En la catedral, el padre Juan de la Cruz, con un nombre que parece una broma y que probablemente marcó su destino desde el principio de su vida, es el encargado de la confesión, uno de los ritos fundacionales del credo católico. Él es encargado de dar la absolución y el perdón de los pecados si nos confesamos arrepentidos. Hay una fila de mujeres mayores que esperan su turno para despejar sus culpas.

Observo en silencio y pienso que esta misma escena, con la misma penumbra y la voz que se queda en el susurro, debió vivir el padre Tato varias veces. En un confesionario como éste abusó de varias niñas y también debió tratar desesperadamente de expiar sus culpas. En un escenario similar seguramente rondaron todos los fantasmas y actos impropios que, según diversos documentos, lo atormentaban y que, sin embargo, siguió realizando.

Quizás él sintió lo mismo que estas personas que esperan con parsimonia su turno para licuar sus culpas cuando debió declarar sus "pecados" ante la jueza Rosa María Pinto en octubre del 2002. "Todo partió en la parroquia donde me desempeñaba desde 1997, como vicario parroquial, ayudante del párroco Osvaldo Martínez; ahora el párroco es José Tomás Salinas, pero no dependo de él, sino del obispo, don Francisco Javier Errázuriz. A Vanesa la conocí a través de sus padres, ella era acólita y ayudaba en la misa"<sup>22</sup>.

"No sé cómo ni cuando empecé a enamorarme de ella, porque la conocí cuando era chiquitita, tenía apenas 11 años. Eran junto a su madre y su hermana, unas feligresas más de la parroquia en la que yo estaba asignado, por lo que siempre las veía y conversábamos. La señora Jacqueline me contó

---

<sup>21</sup> Ídem. Y.J.P.L., 18 años

<sup>22</sup> Ídem. José Andrés Aguirre Ovalle

que necesitaba trabajar, así que le ofrecí trabajo en la iglesia como asistente para el aseo”<sup>23</sup>.

Pese a que mucha gente lo sabía nadie hizo nada, tuvo que ser una madre humilde quién destapara la horrible situación que habían vivido sus hijas. “El secreto de la confesión es inviolable” me explica tajantemente el padre Juan de la Cruz minutos después.

“Cualquier profesional tiene protegido, de alguna manera, lo que puede incidir en el desempeño de su profesión –médico, abogado–, pero un sacerdote está guiado por un secreto más riguroso que es el denominado sigilo sacramental. Todo lo que el penitente confiesa para ser absuelto de sus pecados, sean leves o graves, y las circunstancias de este acto. Hay tanta rigurosidad que hay prohibición de usar fuera de la confesión cualquier conocimiento sabido en el acto de confesar”.

En la confesión el cura ejerce como juez y médico. Juez para evaluar la gravedad de la situación y si la persona está arrepentida. Como médico, tiene que proporcionarle los medios para salir de la situación. Sin embargo aunque el hombre diga cosas como las que constan el proceso judicial del padre Tato o aunque la víctima sea una mujer abusada, para los sacerdotes la trasgresión del secreto de confesión es uno de los delito más grave y la excomunión, ipso facto, es su castigo inmediato. En la religión católica el confesor queda atado por este secreto.

“Lo confesado nunca se puede ventilar, incluso está protegido por el Código de Procedimiento Penal. Éste exime a los confesores. Además está la Ley de Culto que también cautela el secreto de la confesión. Sólo con la autorización del penitente, quien junto con el acto de la confesión, que pide a su confesor que acuda al Arzobispo de Santiago y lleve los datos que ha aportado, por ejemplo”.

Un sacerdote también puede pedir esta autorización. Jamás debe tener la iniciativa porque debe ser prudente. Si el penitente quiere hacerlo y conversarlo fuera de confesión no hay problema, pero debe nacer de él.

Para el padre De la Cruz la confesión es el gran medio para recuperar la paz de la conciencia. La confesión judicial que hace el cura Tato quizás le dio la

---

<sup>23</sup> Ídem

paz que necesitaba y tal vez por eso se ha negado desde que fue condenado a contar su versión de la historia. La única versión oficial es la que quedó inscrita en la Justicia chilena.

## **El principio del fin**

El avión proveniente de Honduras se posó en el aeropuerto internacional Arturo Merino Benítez puntualmente a las seis de la mañana del 9 de octubre del 2002. Pocos minutos después, un atribulado padre José Andrés Aguirre Ovalle descendió con el presentimiento de que su vida estaba a punto de transformarse. Había tenido dos días de incertidumbre y 20 horas de viaje desde que recibió un intempestivo telegrama de la autoridad máxima de la iglesia chilena para que regresara inmediatamente al país. Un escándalo de proporciones insospechadas había explotado en su contra y la iglesia no podría contenerlo.

La policía actuó rápido. Ya manejaba la información de que el cura viajaba en aquel vuelo. La operación se realizó sin problemas, el padre y su maleta fueron trasladados al sector policial mientras "Tato" buscaba con la mirada a algún compañero que quizás pensó en ir a buscarlo y advertirle lo delicado de la situación que estaba a punto de vivir. Sin embargo, no había nadie ahí para acompañarlo en el trance. Su vida parecía derrumbarse pieza por pieza en una rotunda soledad.

Después de varias horas es trasladado al 16 Juzgado del Crimen de Santiago para enfrentar las acusaciones de abusos sexuales contra dos niñas que participaban en su iglesia. La noticia corre de boca en boca, los medios ya están alertados y el vendaval a su alrededor parece irrefrenable. José Andrés Aguirre Ovalle, el Tato, está a punto de pasar a la historia como el primer cura en Chile en ser sometido a un proceso judicial por abusos sexuales.

El escándalo había empezado cinco días antes, cuando una madre de humilde estrato social llegó a tribunales, apoyada por una religiosa, para contar una dolorosa historia. Sus dos hijas habían sido abusadas por el sacerdote que presidía la capilla en la que ella trabajaba como encargada del aseo.

"Vengo a denunciar a un sacerdote que se encuentra exonerado, quien abiertamente hace unos días me confesó que desde que mi hija V.J.P.C. tenía

catorce años, mantiene relaciones sexuales con ella, en la actualidad ella tiene dieciséis años y ella me ratificó todo lo expuesto por este señor de nombre José Andrés Aguirre Ovalle", fue la denuncia hecha por Jacqueline Contreras y que consta en el proceso judicial.

La situación rápidamente llegó a la prensa y la televisión. Por primera vez una de las instituciones más respetadas en Chile era sentada en el banquillo de los acusados. A medida que pasaban los días la bola de nieve crecía y más detalles salían a la luz. Todo parecía indicar que la iglesia había pecado de omisión. Hacía 16 años que se habían escuchado los primeros rumores sobre el carismático cura Aguirre Ovalle y su cercanía con las jovencitas a las que instruía. Incluso una denuncia de paternidad había golpeado la puerta de la iglesia. Sin embargo las autoridades eclesiásticas habían hecho oídos sordos, recomendado retiros y reflexiones, sin poner atajo al problema real.

### **La paz del convento**

Al principio siempre estuvo Dios. Por eso es bueno comenzar esta historia recorriendo el lugar que forjó el destino y la fe de José Andrés Aguirre Ovalle, el Seminario Mayor, donde pasó siete años formándose para ser sacerdote. El Seminario está ubicado en la comuna de La Florida y es un lugar que expele paz por cada rincón. A pesar de estar en una avenida muy transitada, al ingresar parece que uno estuviera muy lejos del ajetreo mundanal. El lugar es frío, los pasillos son helados y llenos de ecos.

Espero en una de las salas, mientras uno de los sacerdotes encargados de preparar a los seminaristas llega para mostrarme el lugar y conversar.

La sala y el lugar completo son totalmente minimalistas. Paredes blancas y un cuadro de carácter religioso en cada habitación, la crucifixión o la última cena colgadas en paredes desnudas para recordarnos que aquí dentro todo gira en torno a Dios. La habitación no está completamente cerrada, junto a la puerta hay una columna de vidrio de unos treinta centímetros que va del techo al suelo, una suerte de tragaluz rectangular que sirve para demostrar que incluso con la puerta cerrada uno puede ser observado. Imagino que debió ser difícil para Tato acostumbrarse a este sistema y a este pesado silencio que parece endémico e inquebrantable. Según sus cercanos, el sacerdote siempre

fue extrovertido y tuvo que defender su camino sacerdotal con ahínco ya que nadie entendía esta opción tan radical en alguien como él.

A pesar de provenir de una familia católica conservadora, en un principio su núcleo no entendió ni aprobó la inclinación de Andrés hacia el sacerdocio. Siempre fue un muchacho sociable, alegre, bromista, deportista y muy atractivo físicamente. La viva imagen del chico popular, capaz de conquistarlos a todos. Sin embargo, a pesar de su personalidad extrovertida, el padre Tato siempre tuvo a Dios en la mira como un destino marcado, imposible de eludir. Una de sus frases recurrentes era que “había nacido para servir a Dios y a las personas”.

El padre Iván me hace un recorrido por el seminario, a poco andar nos topamos con jóvenes estudiantes que me saludan con entusiasmo, como si me conocieran de antes. Los pasillos son laberínticos y oscuros, sin embargo las diferentes habitaciones lucen bastante acogedoras. Las salas de estudio, un salón general, la biblioteca y el comedor. Al fondo están las tres “casas” en las que los 62 seminaristas deben irse a dormir a más tardar a las nueve para reflexionar y rezar durante los siete años que dura el proceso para convertirse en sacerdote. “Es una experiencia muy personal, pero cuando llega el momento sientes como si volvieras a nacer”, me confidencia Iván. El padre Tato también debió pasar ese proceso, en el que supuestamente dejas atrás tu vida pasada y consagras el resto de tu existencia a Dios.

Pero ese fue su segundo nacimiento porque el primero ocurrió el 4 de febrero de 1957 en Santiago, en el seno de una familia de clase media alta con fuertes valores religiosos. Fue el segundo de nueve hermanos. Su padre, José Aguirre Astaburuaga, es contador auditor aunque actualmente está jubilado y reside en el balneario de Santo Domingo. Su madre, Elvira Ovalle, era una abnegada dueña de casa que se dedicó a criar a sus nueve hijos en su amplia casa de la calle El Toqui, ubicada en la comuna de Las Condes. Al parecer ella se esmeró por hacer de su hogar un lugar acogedor lleno de plantas en el jardín y también en el interior. Sin embargo, según los informes psiquiátricos del proceso judicial, el cura Tato afirmó que siempre se sintió algo dejado de lado por su madre. Hace aproximadamente una década el Alzheimer se apoderó de Elvira dejando a Tato y sus otros ocho hijos en el olvido definitivo.

La familia Aguirre Ovalle era católica practicante. Por eso no fue extraña la decisión de inscribir a varios de sus hijos en el Seminario Menor para inculcarles valores cristianos y así asegurarles disciplina y respeto. Andrés fue hasta 1975 alumno del Seminario Menor, donde compartió aula, por ejemplo, con el hijo menor del ex dictador Augusto Pinochet, Marco Antonio, y también con Carlos Appelgreen, ex embajador en Nueva Zelanda y Uruguay. Era un chico de carácter explosivo y desde niño fue reconocido en el colegio por ser “bueno para los combos”. Probablemente su condición de hermano mayor de una numerosa prole le obligó a curtir ese carácter. En el colegio era uno de los líderes naturales del curso, por supuesto también muy desordenado.

Sin embargo, eso lo suplía con sus destacadas participaciones deportivas. Jugó rugby, basquetbol, natación e incluso varias veces representó al colegio en competencias interescolares. Hacia el final de su estadía en el colegio fue presidente del centro de alumnos, lo que hizo que su popularidad creciera aún más.

Iván Paz cuenta que el colegio Seminario Menor ya no depende de ellos, pero en los años en que Tato estudió ahí dependía directamente del Arzobispado, con especial atención del cardenal Raúl Silva Henríquez. Aguirre también perteneció a un grupo de boys scouts que tenía el colegio, llamado "Rupamanqui". Él estaba con los "sachem", el grupo de los scouts más antiguos del colegio, quienes, como es habitual, realizaban el “rito de iniciación” a los más chicos. El rito consistía en pintarse la cara, salir a botar carpas y a pegarle al resto en mitad de la noche. Entre ellos Tato era conocido como el "Zorro". Su jefe en el grupo de los "Rupamanqui" era nada menos que el padre Julio Dutilh, rector del colegio en esos años, y conocido en la jerga scout como el "Gran Oso". Ambos eran muy cercanos, tanto que Tato era considerado como uno de sus regalones.

En ese entonces la conexión entre el Seminario Menor y el Mayor era directa, de hecho se esperaba que una cantidad considerable de alumnos optaran por el sacerdocio. Existía una especie de reclutamiento previo, el colegio era un semillero y los profesores tenían casi la obligación de poner ojo a los alumnos con “vocación” para orientarlos en el ingreso al Seminario Mayor. El proceso de ingreso consta de una o varias entrevistas personales en los que el postulante debe “convencer” a la institución de su real vocación.

“Hay varias instancias antes que una persona pueda empezar el proceso para convertirse en sacerdote, entrevistas personales en las que se evalúan diferentes aspectos, recomendaciones del cura de la capilla donde uno asiste, etcétera. De todas formas no existe una prueba que sea absolutamente concluyente, no existe un termómetro de la fe y por lo tanto si tú sientes el llamado de Dios, eso no se puede medir, uno tiene que confiar”, dice Paz.

Aguirre ingresó al Seminario Pontificio Mayor en 1976 y se convirtió en sacerdote el 19 de marzo de 1983, con su madre y parte de su familia acompañándolo, superando así todos los pronósticos y las pruebas que debe sortear la fe de cada postulante a lo largo del proceso de las que habla Iván Paz.

Su imagen juvenil y entusiasta le hizo rápidamente apreciado por diferentes capillas. En el mismo año fue nombrado Vicario Cooperador de la Parroquia Inmaculada Concepción de Vitacura. En 1985 se trasladó a cumplir las mismas funciones en la Parroquia San Alberto. En 1986 fue Vicario Parroquial de la parroquia Emmanuel donde estuvo dos años. Así en 1988 llegó a la parroquia Nuestra Señora del Olivo.

Además inició inmediatamente su carrera en colegios de Las Condes y Vitacura como profesor de religión y orientador. El primero que lo reclutó fue el Sagrados Corazones de Manquehue, entonces dirigido por el padre Luís Eugenio Silva.

En ese colegió se integró como sacerdote asesor e inmediatamente se ganó a los alumnos y sus familias. Jugaba rugby y participaba activamente del grupo scout. Para entonces una de las características destacadas del padre Tato era su expedita llegada con los jóvenes, un factor valorado por los colegios al escoger un capellán o confesor.

Por ambas vías, Aguirre pasó por una seguidilla de colegios *top* desde fines de los ochenta hasta el '93. Los más emblemáticos, el Villa María Academy y el Sagrado Corazón de Apoquindo (Monjas Inglesas), donde confesó, preparó estudiantes para la primera comunión e hizo misa, acaparando elogios y críticas.

## **El cura “choro”**

María de los Ángeles tiene 33 años, ojos negros y el cabello ondulado. Ella fue alumna del padre Tato cuando él trabajaba en el exclusivo Villa María Academy de Apoquindo. María de los Ángeles no es su nombre real, pues prefiere no dar a conocer su identidad. A pesar de esta negativa se sienta a conversar en una cafetería de Providencia con mucho relajó. De entrada dice que todas estaban “un poco locas” por el Padre Tato. El cura era una fantasía hecha realidad. Alto, bronceado, atlético, tez blanca, y sonrisa brillante. Un hombre carismático y nada de tímido en un colegio de mujeres, comandado por monjas. Era imposible que los ojos de las alumnas no se posaran en él.

María de los Ángeles recuerda nítidamente verlo llegar en moto, dice que a él le gustaba llamar la atención, hacia rugir el motor de su vehículo y todas se daban vuelta a observarlo. “No era solo su apariencia física, que sin duda era muy guapo, pero también era que era muy juvenil, llegaba en moto o en una Toyota 4x4. Iba a esquiar con las familias de las alumnas, era súper deportista, siempre con un bronceado perfecto. En fin, era un hombre muy atractivo y como que uno se olvidaba un poco que era cura. La fama de fresco venía un poco de eso, pero había mucha gente que lo defendía”, dice María de los Ángeles.

El encanto de Tato traspasaba fronteras estudiantiles, muchas familias también adoraban la compañía de este cura que le daba un aire fresco al colegio y que reunía en una misma persona las ideas del progresismo y de los valores católicos. Por eso el padre tenía una gran facilidad para establecer lazos de amistad con las alumnas y los apoderados. Tanto así que cuando comenzaron las primeras revelaciones sobre los inapropiados “cariños” que les hacía Tato a las alumnas en la confesión, muchos padres se negaron a creerle a sus hijas.

En una entrevista al semanario “Qué Pasa” el doctor Alberto Valdés Sotomayor contó que “algunas niñitas de 10 años les dijeron a sus mamás que no querían confesarse más con el padre Tato, porque era un degenerado, que las sentaba en sus piernas y les daba agarrones. Formamos un grupo de

padres pidiendo que lo sacaran. Pero no todos estaban de acuerdo, sobre todo los de la pastoral, que lo defendían y decían que eran inventos de las niñas"<sup>24</sup>.

El padre Tato calzaba perfectamente con la imagen progresista que el colegio, a pesar de su enfoque religioso, quería dar. Tal vez por eso pasaron más desapercibidos los comportamientos del sacerdote. El colegio fue el primero de origen católico estadounidense en el país. Las monjas llegaron a Chile en 1940 cuando las mujeres chilenas aún no tenían derecho a votar. La leyenda dice que su visión distinta de la Iglesia Católica, que buscaba educar a la clase alta sin complejos, formando líderes femeninas, revolucionó el ambiente. Otro de los hitos que plantaron, dicen, es que fueron las primeras religiosas que manejaron autos en Chile, que esquiaron e hicieron "musicales". Es decir un colegio con un espíritu ideal para que un sacerdote "choro" se moviera sin levantar sospecha ni ser apuntado con el dedo.

Sin embargo, María de los Ángeles recuerda que el comentario general era que se trataba de un cura "fresco" que te "toqueteaba" más de lo debido. Agrega que confesarse con él era una experiencia extraña y confusa, porque era un hombre muy carismático, pero al mismo tiempo invasivo. "Él te miraba mucho a los ojos, sonreía, como que coqueteaba, era cariñoso. Y después como chiste te hacía la señal de la cruz en el pecho y aprovechaba de tocarte las pechugas. Uno igual era chica y no sabías bien como afrontar esas situaciones", rememora.

Y la revolución del padre Tato se extendía a varios otros colegios. Por ejemplo en el Universitario Inglés estuvo ocho meses en 1991, y salió por reclamos de las propias alumnas, que impugnaban la cercanía que utilizaba para confesarlas. O el Verbo Divino, donde nunca habría formado parte de los sacerdotes estables, pero sí concurría a menudo a ayudar en la confesión. También apareció en colegios laicos, como el Bradford y la Alianza Francesa. En el primero formó parte del equipo pastoral hasta 1993. al igual que en el colegio francés, donde ayudaba en la preparación de la primera comunión de los alumnos que quisieran hacerla.

En la Guía Eclesiástica de 1991 –libro en que aparecen todos los integrantes de la iglesia chilena– se consigna que Aguirre pertenecía a la

---

<sup>24</sup> "El crimen del padre Tato". Revista Qué Pasa. 18 de octubre del 2002. Pág. 50

parroquia Nuestra Señora del Olivo, cuyo párroco era Luís Villagrán Aravena, en calle Vivaceta. Este religioso es el actual encargado de la parroquia Nuestra Señora de Fátima, que también se ubica en el sector norte de Santiago.

El vicario de la zona norte de la Iglesia, en ese entonces, era el sacerdote Gerardo Bellew, mientras que el vicario general de Santiago era monseñor Sergio Valech. El arzobispo de Santiago de esos años era el cardenal Carlos Oviedo Cavada.

Mientras tanto, los reclamos de las alumnas en el Villa María, las Monjas Inglesas y el Juanita de Los Andes seguían acumulándose y los ojos críticos también observaban con atención el doble discurso del padre que por un lado intentaba inculcar conciencia social y humildad a las alumnas, mientras los fines de semana viajaba a la nieve a disfrutar de los lujos de El Colorado. María de los Ángeles recuerda que muchas personas al interior del colegio lo tenían catalogado de “guapetón”, pues no solo era “fresco”, sino además un frívolo que fomentaba e invitaba a las alumnas a sus paseos en la nieve.

“Así pasó un buen tiempo y después lo sacaron sin escándalo. Nunca más se supo de él ni de porqué se había ido. Por supuesto que hubo rumores de que lo habían pillado en algo, pero todo siempre fue a nivel de rumores que, te imaginarás, abundan en colegios de mujeres. Nadie dio una explicación oficial”, dice María de los Ángeles.

Según el informe psicológico al que fue sometido el cura Tato, él señaló que "en todas estas actividades habría tenido éxito, habiendo sido muy querido, tanto por los feligreses como por los alumnos. Reconoce sí que llamaba un poco la atención –y él creía que positivamente– por su afición al deporte, al cultivo del cuerpo, a andar en moto y a usar tenidas deportivas".

En 1997 el religioso reapareció en sociedad en la parroquia Inmaculada Concepción de Vitacura, donde siguió siendo parte de los catecúmenos, movimiento religioso que se caracteriza por el entusiasmo que ponen sus miembros en los ritos. Realizan, por ejemplo, misas muy largas, rezan con las manos tomadas y se bautizan en el agua. El padre "Tato" era una especie de guía espiritual de esta agrupación en la parroquia y participaba en los retiros nocturnos que se hacían en la localidad de Padre Hurtado.

## El Padre, EL HIJO y el Espíritu Santo

El primer gran escándalo al que se enfrentó el padre Tato fue en el año 1994, cuando trabajaba en la parroquia de Colón 9.000, donde una niña de 15 años había logrado “enamorado” y hacerle romper sus votos de castidad. Después del romance la adolescente terminó embarazada. Su madre en una entrevista con La Tercera en el año 2002 contó detalles de lo que sucedió. "Cuando volvió de un campamento scout que habían hecho en Lonquimay con el cura estaba extraña. Al tiempo me di cuenta que se le había atrasado la menstruación. Primero no contó pero cambió. Ella estaba más retraída, andaba más nerviosa, si sólo tenía 15 años. Después, mi cuñada le encontró un test de embarazo y le volvimos a preguntar qué pasaba. Entonces dijo que estaba embarazada. Fue una maldad lo que le hicieron a mi hija, ella ni siquiera pololeaba, era virgen. Mi marido se puso a llorar como un cabro chico y le dijo al padre cómo podía habernos hecho eso"<sup>25</sup>.

La familia de la menor, que vivía en el barrio Colón Oriente de Las Condes, acudió a conversar con el fallecido cardenal y ex arzobispo de Santiago, monseñor Carlos Oviedo Cavada, acompañados por el padre Alfredo Soiza-Piñeiro, quien luego se convertiría en el padrino del menor. En el proceso contra el Cura Tato, Soiza-Piñeiro también tuvo que declarar. “Solamente acompañé a la familia y no me sentí obligado a dar cuenta de lo sucedido, pues mi obligación era estar con los afectados; con el padre Tato también hablé en ese entonces, debo señalar que los padres de la menor, para protegerla y cuidarla, optaron por no denunciar los hechos y se fueron de la ciudad”<sup>26</sup>, explicó.

El mismo cura Tato revela la situación en su declaración judicial: “Antes estuve en la parroquia Nuestra Señora de Apoquindo, en el año 1993 ó 1994, donde tuve también un problema del mismo tipo con otra niña, de 17 años, que no me acusó, aunque hablé con los padres, que decidieron irse a vivir a otra

---

<sup>25</sup> “El mejor secreto del padre Tato” La Tercera. Viernes, 18 de Octubre de 2002

<sup>26</sup> Declaración judicial de Alfredo Soiza Piñeiro, sacerdote. Causa Rol N° 3640-04

ciudad; mis superiores lo supieron, quienes me enviaron a Honduras, donde estuve tres años”<sup>27</sup>.

Sin embargo esta muchacha no es el “primer amor” de Tato, pues paralelamente vivía un intenso romance con una joven llamada Paula Bocaz a quién había conocido siete años antes en la Parroquia Emmanuel de Recoleta, donde Tato acudía los fines de semana a colaborar con los sacramentos. Paula estaba en el segundo año de preparación para hacer la primera comunión y tenía 13 años. La joven contaría años después que se sintió afortunada de que él sólo tuviera ojos para ella. “Me enamoré como niña de un hombre inalcanzable”.

La historia de este amor prohibido tiene ver con las carencias en la vida de Paula y una niñez difícil. Su padre la abandonó cuando tenía nueve años. Su madre luchaba a diario en diferentes trabajos para mantener a sus seis hijos. A veces no tenían para comer. Era entonces el padre Tato quien salía al rescate. Él le cocinaba carne con arroz o con puré. En una ocasión mató una gallina ante sus ojos. Incluso le compraba útiles escolares, pagaba las cuentas de su mamá y le demostraba mucho cariño, que a poco andar cambió del tono paternal a un apasionado deseo.

Cuando Paula tenía 14 años se iniciaron las tocaciones, todas consentidas según sus declaraciones a la prensa. A los 16 años comenzaron a tener relaciones sexuales. “Lo hacíamos en su oficina, en su pieza, en moteles, y en otros lugares de la iglesia. Ahora con más madurez, recuerdo que Andrés no tenía mucha experiencia sexual”, contó la muchacha, afirmando que después de algunos años tenían una dinámica de pareja estable.

Sin embargo una sola novia no fue suficiente para el padre Andrés. Y así, mientras Paula pensaba que el sacerdote solo tenía ojos para ella, la familia de Las Condes vivía una situación extrema: su hija adolescente estaba embarazada del párroco de su iglesia y debían impedir que el escándalo saliera a la luz. Todas las opciones pasaron por sus cabezas, desde el aborto hasta la adopción, que según la madre de la muchacha fue idea de Tato. “Eso me lo dijo cuando yo le grité ‘qué hago yo con esta guagua, infeliz’, porque lo subí y lo bajé a garabatos, pero él sólo se ponía a llorar. Antes yo pensaba que este

---

<sup>27</sup> Declaración judicial José Andrés Aguirre Ovalle. Causa Rol N° 3640-04

hombre se pudo haber enamorado, pero ahora me doy cuenta de que es un enfermo".

Finalmente la familia decidió partir a la novena región y empezar de cero. El plan era que el niño fuera reconocido como hijo de ellos y no de su hija. En marzo del 2009 Emmanuel, ese es el nombre del hijo del padre Tato, tiene 13 años, no sabe quién es su padre, y está convencido de que es hijo de sus abuelos y hermano de su madre. Según cercanos al cura, éste nunca supo qué fue del niño ni intentó tener noticias de él.

El castigo para el cura no fue ejemplificador. Simplemente Aguirre Ovalle fue removido de su cargo y enviado al extranjero para que pudiera reflexionar sobre su situación. Esta fue la prueba para el amor del cura y Paula. Durante los meses que duró el "exilio" del padre, se escribieron encendidas cartas de amor en las que trataban de mantener viva la ilusión de su relación. En noviembre del 2002 La Nación Domingo publicó un extracto de estas cartas:

Madrid. 22 de mayo de 1995.

*"La carta que me diste esa noche de la despedida la leí y luego la quemé. (No quería que la encontrara alguien y que me viera yo en apuros")*

Madrid. 12 de junio de 1995

*Estoy en Aspe a siete horas en bus de Madrid. Regias playas donde es muy común que las mujeres anden top less. Llevo días soñando contigo. Tu figura aparece. ¿Me estás haciendo brujería? Bueno corazón un fuerte beso y un abrazo, te quiere... Andrés.*

Minas, Uruguay. 30 julio de 1995

*Te puedo decir que estoy en total abstinencia desde la última vez que estuvimos juntos. Esto te lo digo no para decir lo bueno que soy, sino porque tu me ayudas desde lejos en este sentido. Pienso en mí y no hago lo que Dios quiere y soy rebelde y egoísta.*

*¿A ti te leen tus cartas o las guardas o las quemas? Espero que no las guardes, y las quemes pues es mejor para ser más libre para escribir. Como me gustaría escaparme a Chile para verte.*

Uruguay. 19 de agosto de 1995

*Yo he recibido tus vibraciones positivas. Parece que fueron muchas pues te olvidaste de poner mi nombre en la carta y el párroco casi la abre lo cual hubiese sido algo incómodo. Gracias por tu foto en que estás con Tomi (sacerdote Tomislav Kholjatick) es un hombre y un cura muy bueno y acogedor.*

*Lo que pasa es que soy un afectivo de lo peor, pero en fin, al final lo que ocurre es que uno se proyecta en la vida y Dios se encarga de destruir tus proyectos para caminar en su voluntad y eso es difícil. No puedo olvidarte, ni olvidar todo lo que pasó. Me parece que como no me arrepiento (eso es duro, pero te digo lo que siento) muchas veces pienso en ti y me da lata decirte todo esto pues tú vienes en una onda distinta. A lo mejor confesada y yo salgo con esto, pero creo que sería peor mentir en este punto.*

*Lo que sí, quemé el apartado que me escribiste en la carta anterior. Ponte tú que por casualidad me pase algo y lean mis cartas.*

*Me encanta escribirte y no sólo recordarte como algo histórico, sino que estás presente. Tus ojos, tus labios, tu ser, tu mirar, tu... En fin, todo. Un besote. Con todo mi amor... Andrés.*

Madrid. 18 de septiembre de 1995

*Parece que definitivamente estoy castigado. Claro que me gustaría saber el motivo.*

*Esta es la cuarta carta que te escribo y me gustaría que me respondieras. Es tan mal y grave el que sea importante en mi vida. Son tantos años, y tantos momentos que hemos vivido, no sé. Este silencio tuyo me desconcierta.*

Madrid. 20 de septiembre de 1995

*Sólo unas palabras para decirte lo profundo que has entrado en mí, tu calidez, tus sentimientos tan nobles, tu fidelidad.*

*Sólo te digo que no te atormentes por tus hechos pasados pues esos sentimientos no los quiere el Señor, yo los he confesado, pero no creo estar arrepentido, pues contigo me pasaría nuevamente. No sé, a lo mejor esto te escandaliza, pero es lo que siento y lo que he sentido. Bueno cariño para que te digo lo que te quiero.*

*Besitos, feliz cumpleaños. Te quiero mucho. Tuyo siempre, Andrés.*

Minas, Uruguay. 18 de octubre de 1995

*Hoy estoy en una tarde primaveral, y tuve ganas de escribirte para decirte que te quiero y te recuerdo mucho con las buenas y libidinosas vibraciones. Qué le voy a hacer, es lo que siento. Parece que no tengo remedio y me da no se qué decírtelo pues tú estás en grupos cristianos tratando de ser mejor, y yo con estos sentimientos sobre tu persona, pero créeme, con mucho cariño.*

Minas, Uruguay. 15 de noviembre de 1995.

*A lo mejor te cansaste de mí, porque si es así sólo basta que me lo digas y yo dejo de importunarte con mis cartas.*

Minas, Uruguay. 5 de diciembre de 1995.

*Si por casualidad el 24 miras al cielo y ves las tres marías yo también estaré allí, muy unidos a la distancia. Feliz Navidad.*

Uruguay. 16 de mayo de 1996

*Un día desde que partí de Chile. Otra vez en este lugar. Yo con miedo y confundido pero consciente de todo lo que hacía. Tantas veces lo soñé despierto o dormido. Sólo puedo decirte que no eres indiferente para mí y te quiero de verdad.*

*Cariño fue una tarde maravillosa y tengo como apretado el corazón cuando te escribo estas líneas. En fin son sentimientos que no puedo describir, como tampoco sentirte lejana o ajena cuando no me escribes. Sabes que te necesito a ti, tus palabras, tus secretos, quizás soy un romántico sin remedio, pero es lo que siento en este momento. Siempre estarás en mi corazón. Te quiero, Andrés.*

Uruguay. 4 de marzo de 1996

*Hace tanto tiempo que espero alguna letra tuya y nada. ¿Qué pasa? Eso de querer importunar es viejo y yo creo que somos amigos ¿O no? ¿O ya encontraste novio? A lo mejor ya quieres olvidarte de mí, y si es así te pido que lo hagas saber y así tomar las medidas del caso y no escribir más. Ánimo recibe un besito rico y un fuerte abrazo. Tuyo siempre, Andrés.*

Honduras. 21 de abril de 1997

*Este ambiente de televisión es un poco frívolo, de mucha competitividad, egoísmos, envidias, etc. Esto te lo digo por experiencia pues también hace algunos años estuve en televisión, y aunque no todos son así, muchos quieren figurar y acrecentar sus ingresos. Yo te pido que te cuides, ya sabes a que me refiero. No te echas al trajín ni te vendas como mujer para tener ganancias (no me refiero a la prostitución) sino a esos que te piden que seas más cariñosa con ellos y te prometen el oro y el moro. Nada, tú tranquila, yo sé que a veces cuesta, pero tú fuiste la única en estos casi tres años que estoy fuera. El Señor me ayuda y también tu fidelidad.*

Honduras. 22 de mayo de 1997

*No quise retarte. Además quien soy yo para juzgarte o llamarte la atención. Tú ya lo haz dicho, eres libre. Sólo era una preocupación, y el callar estaría fuera de mi forma de ser. Yo sé que cada uno ha escogido su camino lo que no significa que se termine nuestra amistad, hablar, contarnos cosas.*

Honduras. 1 de julio de 1997

*Sobre tu viaje a Antofagasta me alegra que lo puedas realizar. No puedo dejar de sentir creo que celos o algo así. Es inseguridad mía y no tengo derecho a pedirte nada. Sólo cuídate.*

*Siempre en la vida hay momentos duros y de sufrimiento que uno quisiera evitarlos alienándose con drogas, tragos, que te quieran, con sexo, o que sé yo.*

*Sé que sigo siendo rebelde, volado, perverso, murmurador, etc. Sin embargo, conozco a quien me da la vida<sup>28</sup>.*

Cuando el Padre Tato regresó en 1997, Paula había crecido, y el amor platónico se había esfumado. Ahora la muchacha tenía otra vida y un nuevo pololo. El cura se enfureció y la echó de la iglesia. Así terminó la apasionada historia de ambos. Años más tarde la mujer aparecería en medio del escándalo

---

<sup>28</sup> "El amor es más fuerte" Gutiérrez, Víctor. La Nación Domingo, 10 de noviembre de 2002.

para contar su historia de amor con el cura por televisión. Fue en el programa De Pe a Pa conducido por Pedro Carcuro en Televisión Nacional, donde Paula relataría a todo el país la pasión del padre Tato:

**–¿Había una diferencia en la relación que establecía contigo y con las otras niñas?**

–Sí, se notaba una diferencia. Por ejemplo, él me invitaba a conversar a su casa, me regalaba golosinas y siempre estaba pendiente de mí. Yo no me daba cuenta de que pasara lo mismo con las otras niñas porque casi todas eran mis amigas.

**–Se manifestaba la seducción.**

–Cuando tenía 13 años fue la primera vez que él me besó. Y él era muy de abrazar y de apretar. Al principio sólo eran cariños en el pelo, pero después era algo como más íntimo.

**–¿Cómo lo veías entonces tú a él?**

–Era muy bueno conmigo, era un guía espiritual. Yo lo pasaba muy mal en mi casa y él me cuidaba, me trataba muy bien.

**–¿Y cómo te explicaba él que siendo un sacerdote hiciera eso contigo?**

–Lo que pasa es que yo no se lo cuestionaba mucho, él era muy tierno y de decirme que me iba a cuidar, que siempre iba a estar conmigo, entonces ahí fue cuando comencé a enamorarme.

**–¿Se daban cuentas tus compañeras de lo que pasaba?**

–No. Mis compañeras de parroquia no tenían nada que ver con el colegio, eran de la comuna de donde yo vivía. Después de las reuniones yo me iba con él a almorzar, me quedaba en su casa toda la tarde y nadie se daba cuenta.

**–¿En tu casa nadie sabía de esto?**

–Se enteraron cuando llegó la primera carta de Madrid. Yo ya tenía 20 años. Cuando él estaba en la parroquia Nuestra Señora del Olivo había

oportunidades en que conversábamos con otros curas que vivían en la casa parroquial, pero él vivía atrás en un departamento interior y ellos sí se daban cuenta que yo almorzaba con él y después nos íbamos para adentro y no salíamos en horas.

**–¿Pasaron tres años de pololeo hasta el momento en que se alcanzó un grado de intimidad total?**

–Cuando me di cuenta que estaba enamorada de él, acepté eso como una relación, como un secreto, como algo a lo mejor extraño, que iba a parecer raro, pero yo estaba enamorada. No estaba enamorada del cura, tenía la ilusión de que para mí él era un hombre, era el hombre perfecto, protector, me daba confianza, seguridad, era tierno.

**–¿Los curas de la parroquia se daban cuenta de lo que pasaba?**

–Ellos se daban cuenta que yo pasaba largas horas ahí. Pero después él me iba a dejar en su camioneta cuando ya era de noche.

**–¿En esta relación el padre Tato te hacía alguna promesa?**

–Yo esperaba que él dejara los hábitos para irse conmigo. Él tenía sus problemas de vocación, tenía días conflictivos en que peleaba consigo mismo, en que peleaba con Dios, se enojaba con él. Luchas internas, me las comentaba y yo las vivía con él, y esperaba que dejara todo y que nos fuéramos. Me hubiese ido con él a cualquier parte.

**–¿Habían en ti sentimientos de culpa, como los que aparecían en el padre Tato?**

–En mí habían más, se supone que cuando lo conocí yo estaba en la Iglesia para acercarme a Dios, pero cuando más me enamoraba del sacerdote, más me alejaba de la Iglesia.

**–¿Comentaste este tema con algún cura?**

–Me confesé. Le conté todo al confesor.

**–¿Qué te dijo?**

–Recuerdo que me dijo que lo meditara, que yo estaba con dudas, que tenía problemas de cómo enfocar mi vida, que tenía que hurgar en mis sentimientos. Me tiene que haber dado unos rezos.

**–¿El confesor supo con quién tenías la relación?**

–Sí, lo conocía, había sido compañero de seminario.

**–¿Hubo permisividad de un sacerdote al no confesar un hecho irregular? Estamos hablando de abuso sexual con menores.**

–Ahora que soy madura y lo pienso, creo que hay un proteccionismo por parte de la Iglesia. Por cuando yo me confesé, no dije que algo había pasado, dije que algo estaba pasando, entonces obviamente en ese minuto aún podía hacerse algo. No era algo consumado y que ya no tenía remedio. Pudiesen haber hecho algo.

**–Tú continuaste con la relación cuando ibas creciendo y cuando el padre Tato viaja al extranjero. ¿Por qué permitiste que se mantuviera en el tiempo? Tienes algunas cartas.**

–Él incluso llegó a escribirme hasta tres cartas en un mes. Mantuvimos un contacto permanente durante los dos años y medio en que seguí con él y estaba en el extranjero.

**–¿Qué te decía?**

–Me cuenta de sus problemas de vocación, de sus luchas internas, que se siente rebelde y no se arrepiente. De repente me dice que me quiere, que le dan ganas de volver a buscarme. En otras dice que el camino del Señor, que se está reencontrando consigo mismo. Al final me traspasaba su confusión.

**–Aparecía cierto temor en el padre Tato. ¿Por qué decides terminar con esta relación?**

–Porque pasaban los años y yo seguía manteniendo esta relación, y maduré y me di cuenta que las promesas no siempre se cumplen y él no iba a volver a buscarme. Me envió una última carta en julio del 97, diciendo que el

obispo lo trasladaba de nuevo a Santiago, que iba a volver a Quilicura y descubrí que iba a seguir siendo sacerdote y que mi amor no conducía a nada y que era insuficiente para que dejara los hábitos por mí e hiciera una vida con una mujer.

**–¿Qué sentiste cuando supiste de estas denuncias de abusos sexuales?**

–Me dieron ganas de contar lo que me había pasado, porque hasta antes que se supiera eso era un secreto y era una historia de amor que tenía con un sacerdote que quiso dejar su vocación y que no lo hizo.

**–¿Te sentiste estafada?**

–Un poco traicionada. Pensé que se había enamorado de mí, que era mi linda historia de amor.

**–¿Nunca sospechaste que otras niñas podrían haber sufrido lo que viviste?**

–No por su parte, porque haber mantenido una relación durante tantos años me hacía confiar en él. Pero después, cuando supe lo que había hecho y supe de la señora con sus dos niñitas y que la Iglesia de pronto ponía en duda su testimonio, me decidí a contarlo porque pasaba de ser mi secreto a ser un delito, donde estaba metida gente inocente, donde la Iglesia está haciendo un proteccionismo.

**–A ti también se te ha desmoronado la figura de José Andrés.**

–Un pedazo de mi vida se me desmoronó.

**–¿Qué esperas que le pase al padre Tato?**

–Que Dios lo perdone.<sup>29</sup>

---

<sup>29</sup> Entrevista realizada en el programa De Pe a Pa, 17 octubre de 2002 Televisión Nacional de Chile.

## La verdad los hará libres

Jacqueline Contreras me mira sorprendida por la rendija del portón de su casa. Me pide que baje la voz porque sus vecinos no conocen su pasado y no quiere que sepan que la historia del primer cura condenado a la cárcel por abusos deshonestos, es también su historia y la de sus hijas. Hechos que ha tratado de superar a lo largo de los últimos cinco años, pero cada tanto vuelven a golpearle la puerta y enfrentarlos otra vez.

Dentro de su casa, Jacqueline, de cara lavada, tez pálida y voz suave, cuenta que trabajó durante varios años en la capilla, primero como voluntaria y luego recibiendo un sueldo por sus labores. Siempre quiso que sus hijas fueran cercanas a la iglesia. Por eso a poco fue integrándolas en las actividades de la capilla. Vanesa, la mayor, rápidamente siguió sus pasos y su ferviente fe. Primero fue monaguilla y a poco andar se convirtió en acólita. Jacqueline siempre fue cercana a la iglesia, estudio en colegio de monjas e incluso en un momento de su vida se planteó la posibilidad de ser religiosa.

Cuando nació su último hijo Emanuel, la capilla San Isaac Jogues la contrató como sacristán para que ella pudiera costear la enfermedad de su hijo recién nacido, que a la luz de los diagnósticos médicos tenía pocas posibilidades de vida. Mientras el pequeño estaba internado, el mismo cura Tato se ofreció para ser el padrino y en medio de la congoja de la familia lo bautizó y le dio la extremaunción en una fría sala de la UTI. Emanuel sobrevivió, aunque las esperanzas eran escasas. Además, se suponía que si se libraba de la muerte iba a quedar con retardo mental, ciego y con problemas psicomotores. Finalmente nada de eso ocurrió.

Jacqueline continuó con su trabajo en la iglesia que consistía en atender todo lo relacionado con el templo, comprar flores, preocuparse de la ropa de los curas, y de que estuvieran todos los elementos para las misas. Jaqui, como le dicen sus cercanos, debía estar en todas las misas, todos los matrimonios, y todos los bautizos, por lo tanto dentro de esa comunidad de Quilicura se convirtió en un rostro familiar.

“Yo veía todo bonito, todo color de rosa: me gustaba mi trabajo, estaba súper agradecida de que me hubieran contratado con mi hijo así. Y me dieron todas las facilidades, todas las garantías con mi hijo enfermo. Tenía que

cumplir con mis obligaciones y todo, pero de repente si hacía falta me iba a ayudar mi esposo o alguna de las niñas para poder ver a mi hijo”, recuerda Jacqueline.

La figura de Tato, para ella es tan enigmática como para el resto de quienes compartieron con él en diferentes circunstancias. “¿Alegre? pocas veces tú lo podías ver alegre. Era cariñoso sí, a mi hijo lo quiso hartito cuando era guagüita. Ahora sé que no era un cariño verdadero, era un cariño malo. Pero en ese tiempo decía que como mi hijo había estado a punto de morir, que era como su hijo, siempre recordaba que era el padrino”.

Dentro de la comunidad de la iglesia San Isaac Jogues había versiones encontradas. A varios les molestaba su voz de mando, casi de patrón de fundo. Sin embargo Jacqueline recuerda que también tenía un lado generoso que lo hacía querido y respetado. “Era muy solidario con la gente, a veces iban viejitos que no tenían que comer y él llamaba al grupo de ayuda fraterna para que le hicieran su cajita. O de repente llegaba gente a decirle, ‘padre sabe que estoy enferma, me dieron esta receta y no tengo plata para comprar la receta’ y el sacaba plata de su bolsillo y mandaba a comprar o si no agarraba la camioneta y se iba a comprarla él mismo”.

Todo cambió la tarde del 4 de septiembre del 2002 cuando el padre Tato se presentó en la casa de Jacqueline destruido y en busca de consuelo. Ahí le contó que existía una denuncia en su contra por manosear a unas niñas y que la Vicaría había decidido trasladarlo a Conchalí. Según consta en las declaraciones judiciales de Jacqueline, Aguirre Ovalle la convenció de que se trataba solo de mentiras e infamias.

“Yo le creía que él no tenía culpa de nada, pero nunca me dijo que era mi hija, siempre me habló en tercera persona. Después lo conversé con la hermana Yamileth y le dije, ‘pero por qué andan diciendo esas cosas si él es tan bueno’. Y ahí me dice ‘despierta, si la víctima es tu hija’. Entonces empecé a unir a unir cabos, y ahí empecé a despertar”, recuerda Jacqueline.

Según consta en su declaración judicial, el día 17 de septiembre el cura le confesó la verdad. “Esa mañana llegó a mi casa bien triste, nos pusimos a conversar sobre los rumores de la capilla, le volví a repetir que estaba con él en las buenas y en las malas, que siempre lo iba a apoyar. Él me respondió que no metiera las manos al fuego por nadie. Le pregunté si lo decía por él. Me

respondió que ya no daba más y que tenía que contarme que había tenido una relación sentimental con mi hija Vanesa de 16 años. Le pregunté si habían tenido relaciones sexuales, y él me respondió que sí. Le dije que cómo se habían cuidado para que Vanesa no quedara embarazada. Él me dijo que ninguno se cuidó, pero que Vanesa era inteligente y sabía su ciclo menstrual. Le grité que era una niña y él además me reconoció que no estaba arrepentido porque quería a Vanesa porque era la niña más tierna que había conocido. Le pregunté desde cuándo venía esta relación, dijo que desde que habíamos salido de vacaciones en el año 2001", reza en el expediente.

"Yo sabía que era una de mis hijas, pero no las dos. A todo esto mi esposo no sabía nada, un día me junté con él en el centro y le dije todo, además que el cura estaba desaparecido. Y mi marido me dijo 'no esto no puede quedar así, hay que denunciarlo'", relata Contreras

Sin embargo la verdad aparecería completa horas más tarde cuando Jacqueline llegara a su casa y se encontrara con una escena terrible que aún años después la hace derramar lagrimas. "Llegamos a la casa en la noche con la idea de ir a Carabineros y todo. Y llegamos y estaba todo apagado. De repente vemos que la Vanesa estaba tirada, estaba torcida, y la Tiare le sostenía la cabeza. Ella es muy linda, es una colorina, muy linda que llamaba mucho la atención. Entonces ella se cortó la cara para que nadie nunca más la mirara, como a ella siempre le dijeron que era bonita a lo mejor por eso ella había sido la escogida para que le pasara eso. Y mi marido se desesperó, empezó a tiritar, y yo no sé por qué en vez de dejar a los dos más chicos donde estaban, los fui a buscar a la casa de mi comadre. Mi marido llamó a un taxi, sacó un par de chaquetas nos subió a todos arriba del taxi y nos fuimos a la casa de mi mamá en Renca. Ahí empezó todo, porque al otro día hicimos la denuncia".

### **La cruz de Vanesa**

Vanesa aún tiene miedo. Dice que han sido años cargando el mismo sentimiento de sentirse constantemente apuntada por el dedo, de pasar de víctima a victimaria, por eso acepta conversar conmigo solo telefónicamente.

Ella tenía 12 años cuando se involucró con José Andrés Aguirre Ovalle, “amigo de la familia”, sacerdote de la congregación a la que asistía y jefe de su madre.

La confesión que hace Vanesa y que desencadena el proceso contra José Andrés Aguirre Ovalle impacta por su crudeza. "Desde que tengo 12 años viene abusando de mi persona. Todo esto empezó en 1998 cuando iba con otras compañeras a la casa parroquial a tomar desayuno con el párroco Osvaldo Martínez, quien a esa fecha tenía 78 años. En esta casa además vivía el padre José Andrés, y en una oportunidad cuando él me saludó me tocó mis pechos por sobre mi ropa, sin decirme nada. Cada vez que venía me volvía a tocar los pechos, pero si no había nadie los tocaba por debajo de mi ropa, después comenzó a tocar mi vagina también por debajo de la ropa y a besarme"<sup>30</sup>.

Hoy ella niega que en algún momento haya sentido amor por el cura. La situación era demasiado compleja y no tenía que ver con las emociones, sino con el poder y el sometimiento. “Jamás me enamoré de él, pero no hacía nada ni cedía ni me retenía porque era algo que no entendía bien. Era como la costumbre de la vida no más. Era como que las cosas eran así y no había forma de cambiarlas”. Vanesa agrega que gran parte de la “relación” entre ambos tuvo como elemento determinante las drogas que él le daba para mantenerla dopada. “Una vez fue tantas las pastillas que me dio, que me intoxicó. Tengo sólo visiones de ese momento, lo único que recuerdo que él me sentó en su camioneta y me llevó a Vitacura soplado, con el vidrio abajo y la cabeza en la ventana, para que yo pudiera tomar aire porque estaba totalmente volada”.

A pesar de la difícil situación que vivía, Vanesa mantuvo un buen nivel en el colegio. Aunque hoy al revisar las fotos de aquellos años, se ve a sí misma como una niña apagada y triste. Siempre fue callada. Por eso, a pesar de que el año en que explotó toda la situación bajó considerablemente sus notas, nadie se dio cuenta de que algo le pasaba. Solo su inspector un día se acercó a preguntarle si tenía algún problema. Era evidente que sí, todas las mañanas llegaba llorando al colegio, lloraba en los recreos y a veces incluso no podía contenerse en medio de las clases.

---

<sup>30</sup> Declaración judicial de Vanesa J.P.C. 16 años

“Era mucha la angustia que tenía”, recuerda Vanesa, “Quería cortar con todo, sin que nadie se diera cuenta para evitar todo lo que iba a pasar después. Yo ya me manejaba con esas dromazepan que él me daba y al final yo misma me las tomaba para andar en otra. Tengo algunas imágenes del colegio no más, no me recuerdo cien por ciento. Tengo la imagen de tomarme las pastillas y después ver que ya era tarde y yo llorando afuera con mis compañeras”.

Pero eso ocurrió cuando la situación estaba a punto de desbordarse. Años antes, en el verano de 2001 durante unas vacaciones que organizó su familia a Panguipulli sucedería el hecho que la joven muchacha tendría que cargar por el resto de su vida. En esos años el cura Tato ya era considerado parte de la familia, por eso también viajó con ellos y se sumó al paseo en camping. Fue en aquel viaje que Tato y Vanesa tuvieron relaciones sexuales por primera vez, irónicamente en la carpa de al lado a la de sus padres y con toda la familia a escasos metros de ellos.

“Como mis padres tenían mucha confianza con el cura y no sabían lo que me estaba pasando me dijeron que durmiera en la misma carpa de él. Durante toda una semana estuvo durmiendo conmigo, desnudos ambos. Cuando se dio cuenta que me llegó la regla, ese mismo día y por primera vez penetró su pene en mi vagina. Yo no opuse resistencia, además no quería que mis padres supieran de esto por miedo. Desde ese día tuvimos relaciones sexuales de mutuo acuerdo, durante todos los días que estuvimos en la carpa. Cuando regresamos a Santiago seguimos con lo mismo, pero una vez a la semana, hasta que le dije que no quería seguir con todo esto, él me dijo que le permitiera que me tocara solamente, no le dije nada, pero dejé de ir a su casa”<sup>31</sup>, declaró Vanesa ante la jueza Rosa María Pinto.

### **Mi hermana, no**

Pero la historia no iba a terminar ahí, pues el padre ante la negativa de Vanesa de continuar la relación puso sus ojos sobre la hermana menor de Vanesa, Tiare.

---

<sup>31</sup> ídem

La muchacha también tuvo que declarar y explicó así su historia con el cura Tato: "Después que cumplí los trece años, él me empezó a tocar mis pechos y vagina por debajo de mi ropa, además me besaba en la boca. Un día que fui sola con él a su casa a buscar una carne para mi madre, el padre me llevó a su pieza, me acostó en su cama, bajó mi pantalón y mi calzón hasta las rodillas, y él bajó el cierre de su pantalón y sacó su pene, se subió sobre mi cuerpo e intentó penetrarme, se movía y me besaba pero nada me decía. Él me tuvo en la cama con la ropa abajo como media hora, hasta que me fue a dejar a mi casa, por miedo no le conté nada a nadie hasta este momento, porque mi madre no sabía que me había bajado la ropa. Esta situación se repitió como en tres ó cuatro oportunidades más. Yo sabía que esto también pasaba con mi hermana pero ninguna de las dos habló, ni siquiera entre nosotras"<sup>32</sup>.

Vanesa cuenta que probablemente el dolor más grande que sintió durante todos esos meses fue enterarse de lo que pasaba con su hermana. Efectivamente, Tiare guardó silencio durante meses a pesar de que conocía la situación de Vanesa. Finalmente fue el mismo cura el que reveló el inquietante triángulo que mantenía con ambas niñas. "Yo sentía miedo de hablar, pero él no me amenazó como amenazó a mi hermana. A ella la amenazaba con matarse. Le decía que si ella contaba cualquier cosa y el caía preso, él se iba a matar y todo iba a ser culpa de ella. Y por eso Tiare se calló todo lo que sabía".

La estrategia del padre Tato era que ambas se enemistaran. Divide y vencerás era su lema. "Él me dijo que mi hermana tenía celos de mí, pero además reconoció que estaba abusando sexualmente de ella también, porque ella lo buscaba, pero luego me enteré que a las dos nos engañaba igual. A mí me decía eso de mi hermana y a ella le contaba lo mismo, pero de mí, y era todo un invento que armó para mantenernos sometidas".

El momento en que Vanesa se entera de que su hermana vive una situación muy similar a la que ha padecido ella y por fin ambas se cuentan lo que han vivido fue cuando todo terminó por explotar. "Cuando supe que mi hermana también estaba metida en el cuento no pude, esa fue la gota que rebalsó el vaso. Si no, yo creo que todavía estaría callada por el miedo que a

---

<sup>32</sup> Declaración judicial Tiare M.P.C., de 14 años. Causa Rol N° 3640-04.

mis hermanos chicos no les pasara algo. Pero lo de mi hermana fue lo peor, o sea ya me habían tocado a mi, yo estaba con mi depresión oculta y soportando, pero que la hayan tocado a ella, no. Él destruyó la vida de mi hermana, ella nunca más fue normal, se la destruyó, y yo creo que eso jamás se lo voy a perdonar a nadie”, afirma Vanesa.

Respecto a la actitud de la iglesia después de que se descubrió que uno de sus siervos abusaba reiteradamente de menores de edad, Vanesa dice que en su caso la rabia no ha desaparecido totalmente. “Se burlaron de mí, me hicieron sentir que mi forma de ser era lo que había provocado todo, me culparon e incluso me mandaron a pedir perdón. Un día el sacerdote que estaba en el colegio me llevó a la Vicaria de la Zona Norte y el vicario me manda a pedir perdón, siendo que yo era la niña chica, siendo que yo era la afectada. En ese momento yo no sabía nada, era como un zombie, a mi me manejaban como querían. Ahora que lo pienso me da una indignación tan grande”.

### **La versión del cura**

En el expediente judicial, José Aguirre Ovalle relata en detalle cómo se inició la relación con Vanesa y como luego la historia se repitió con su hermana Tiare. “Durante el año 2001 hasta julio de este año continuamos con nuestra relación que transcurría en mi casa; pero en ese mes de julio se terminó, porque ella estaba mal afectivamente, se sentía fracasada y decía que no valía nada, al parecer tenía una depresión, que yo no le causé”<sup>33</sup>.

“Siempre me sentí pololeando con ella”, dice el cura Tato en reiteradas oportunidades. Un compromiso sentimental parece ser su mejor defensa para aspirar a la absolución. Sin embargo la cantidad de denuncias y sobre todo su relación con la pequeña hermana de la niña de la que supuestamente estaba enamorado parecen indicar que su lujuria era mucho más fuerte que su fe.

“Respecto de la hermana menor, Tiare, es efectivo que hace como tres años empecé a hacerle tocaciones, ella tenía como 12 años. Vanesa recién se

---

<sup>33</sup> Declaración judicial José Andrés Aguirre Ovalle. Causa Rol N° 3640-04

enteró al final de este asunto y se puso celosa; las tocaciones con Tiara duraron hasta agosto de este año, a ella igual la besaba en los labios, sin que fuera un beso completo, la abrazaba y apretaba, le tocaba todo el cuerpo, y ella se mostraba feliz, sin reclamar.

Pedí ayuda a un psicólogo con quien estuve seis meses en conversaciones, es un psicólogo de la Iglesia, es cura, se llama Álvaro González, y me decía que terminara con la relación, pues no podía seguir con Vanesa ya que en esa época andaba solamente con ella. Las dos sabían lo que estaban haciendo".

Aguirre afirma que para él significó una "lucha interna" la relación de casi cuatro años que tuvo con una de las jóvenes de Quilicura. Más aún, reconoce que se planteó seriamente renunciar al sacerdocio, pero no lo hizo porque pensó que podía superar "el problema".

Vanesa no cree que el cura se cuestionara seriamente dejar los hábitos por sus constantes "aventuras" con menores de edad. "Él jamás hubiera dejado el sacerdocio, jamás. Nunca lo ví arrepentido o con sentimiento de culpa, él ya había pasado por algo terrible como es tener un hijo en su condición de cura, pero ahí tampoco se arrepintió", dice Vanesa.

Parece difícil creer que esta lucha de verdad lo atormentaba, considerando por ejemplo las declaraciones que hizo en medio de los exámenes psicológicos que le aplicó el doctor. Otto Dorr:

–Creo que se le dio un perfil demasiado fuerte a todo esto. Tengo siete abusos sexuales, pero ¿qué es un abuso sexual? ¿Tocarle una pechuga a una cabra? No lo veo como un abuso; puede que sea una acción deshonesta. Yo soy amigo de ellas y tampoco nunca antes dijeron nada. (...) En esos barrios populares las cosas se estilan así. Las niñas han visto mucho desde chicas y cuando llega el momento, van directamente a la cama. Distinto es lo que ocurre en los colegios del barrio alto, donde los hogares son mejor constituidos, las niñas han tenido un mejor ejemplo... Bueno, ahí es más difícil irse a la cama con ellas.

¿Dónde está el hombre guiado por una línea moral rotunda como el credo católico? La confusión del cura parece ser profunda y amplia como lo señala en su informe el doctor Dörr, quien se explaya sobre las constantes contradicciones del sacerdote. "Llama poderosamente la atención un cierto

grado de pobreza expresiva que uno no esperaría en una persona que hizo estudios completos de teología y filosofía y que lleva casi 20 años de sacerdocio. Su lenguaje es más bien simple, por momentos muy directo y chabacano –casi diría en el límite de la grosería– y al mismo tiempo plagado de expresiones y dichos propios de la jerga juvenil actual".

Sin embargo en términos psicológicos fue el informe de los especialistas de la Universidad Católica el que cerró el caso. Los doctores Juan Prato y Sergio Valdivieso analizaron a fondo a José Andrés Aguirre Ovalle para determinar finalmente si era o no capaz de diferenciar entre el bien y el mal. El informe final fue enfático al señalar que el sacerdote tenía plena conciencia de que no era correcta su conducta con las menores y por ello tenía conflictos éticos, ya que se sentía en pugna con su investidura eclesiástica.

Los médicos concluyeron que este hombre de 51 años posee una personalidad con rasgos "anormales", pues no tiene control de su deseo sexual.

### **Las otras víctimas**

La cercanía con Vanesa no impidió que el cura Tato descubriera otros objetos de deseo en la parroquia donde predicaba valores cristianos. Después de la denuncia de la madre de Vanesa, otras diez niñas se atrevieron a contar que ellas habían pasado por lo mismo, en el mismo lapso de tiempo en que las hermanas eran sometidas al amor del cura. Algunos de los testimonios de las menores que constan en el proceso hablan del aprovechamiento del "poder" del que gozaba el padre al encontrarse frente no solo a menores de edad, sino también a niñas con carencias familiares y económicas.

"Le pedí al padre que me prestara \$20.000, me pidió que fuera a la casa parroquial a buscar el dinero. Inocentemente fui a su casa, entré, estaba todo normal, me senté en el sillón, lo mismo hizo él, pero me abrazó y me dio un beso en la boca, yo quedé bloqueada porque nunca pensé que un cura me haría esto, luego me dijo que fuera a su pieza a buscar el dinero. Me pidió que me sentara en su cama, lo mismo hizo él, se puso al lado mío, me abrazó, me acostó en la cama, se puso al lado mío, metió su mano por debajo de mi

polera, tocó mis pechos, lo mismo hizo por sobre la polera, también pasó su mano por mis piernas y mi vagina, por sobre mi pantalón, lo único que hice fue decirle que me dejara tranquila, después me entregó el dinero y me fui del lugar. Mi madre fue a hablar con el párroco padre Osvaldo Martínez, y ella se encargó de todo esto, y pese al reclamo de mi madre no sacaron al cura de la parroquia, también mi madre habló con el padre José, pero nada le pasó"<sup>34</sup>.

"El padre José Andrés cambió de actitud hacia mi persona, porque comenzó a tocar mis pechos, primero lo hacía como quien no quería la cosa, esto lo fue repitiendo varias veces, y como no le dije nada, él después cada vez que me abrazaba por delante o por detrás, me tocaba mis pechos (...) Debo decir que me llamaba mucho la atención cómo el padre miraba a las mujeres, con malos ojos, como diciendo 'qué buen cuerpo que tiene'"<sup>35</sup>.

"Cuando yo tenía como nueve ó diez años, era en el año 1998, el padre invitó a mi familia a unas vacaciones por el sur de Chile. Un día cuando salimos a dar un paseo, él me tomó por detrás, y comenzó a tocar mis pechos por encima de mi ropa, de esto no le dije nada a mi padre, pero le conté a mi madre que este sacerdote me besaba, sin admitir nada más, ella me dijo que lo conversaría, pero al parecer no le dijo nada porque el padre durante todas las vacaciones que fueron dos semanas me siguió tocando mis pechos, por debajo y por sobre la ropa, igualmente me tocaba las piernas. Terminadas las vacaciones, mi madre conversó con el padre José Andrés, y él conversó conmigo diciéndome que eso no se volvería a repetir. La primera vez que el padre me tocó en Santiago fue en la casa parroquial, antes del viaje de vacaciones que relaté, un día que fui con mi hermana C., mayor que yo, él se aprovechó de mí cuando mi hermana salió a comprar algo, y estando sentados solos en el living de su casa, él me abrazó, besó, tocó mis pechos y piernas por sobre la ropa, después de esto me encerré en el baño esperando a mi hermana y cuando llegó salí, pero no le conté nada".

"Como al año de haber llegado a la capilla y cuando ya tenía 13 años, el padre me tocó los pechos, estando en la casa pastoral (...) Yo no le conté a nadie, y me daba cuenta que esto mismo lo hacía con mi hermana D., pero nada me dijo, ni yo tampoco hablé nada de esto a ella (...) Tengo conocimiento

---

<sup>34</sup> Ídem F.J.L.R 17 años.

<sup>35</sup> Ídem P.A.A.L. 18 años.

que el padre José Andrés también abusaba en la misma forma con menores de siete años hacia arriba"<sup>36</sup>.

Pese a que las situaciones se repetían, la impunidad del padre parecía absoluta. Muchas de las madres de las víctimas dicen haber tratado de informar a lo superiores de Tato, no obstante nadie quiso escucharlas. En la declaración judicial el padre Luís Martínez López, de 71 años de edad y que compartía casa con Tato, afirma que nunca supo que las situaciones eran tan graves.

"Nunca alguien fue a hacerme un reclamo respecto del padre Aguirre, solamente escuché comentarios de personas, por ejemplo una persona a cargo de los acólitos, Minda Pardo, y otras mamás de niñas, que me dijeron que Aguirre recibía a las niñas en la casa parroquial (...) También se refirieron a esta casa, pero yo no di cuenta a mi superior, como yo no conocía los antecedentes, y debo reconocer que no investigué, esa es la verdad, salvo ahora último, en que hablé con el padre Aguirre, que me agradeció por mis palabras, ya que le pedí que se portara mejor, lo que ocurrió como dos meses atrás"<sup>37</sup>.

A la luz de los hechos el pedido del padre Martínez no tuvo eco en Tato, ya que en sus labores en el colegio San Isaac Jogues de Quilicura la situación continuó repitiéndose.

### **¿Dónde está el cardenal?**

Sin duda, donde la explosión de historia de Aguirre Ovalle golpeó más fuerte fue en la iglesia. Fue tema de reflexión y discusión en todas las parroquias del país, además de marcar un hito en la forma de enfrentar ese tipo de denuncias. Sin embargo, cuando el escándalo llegó a la primera plana de los diarios, el principal referente de la iglesia chilena estaba de viaje. Justo en el momento en que los devotos feligreses católicos necesitan escuchar la voz de la cordura encarnada en la figura del cardenal Francisco Javier Errázuriz, éste se hallaba inubicable.

---

<sup>36</sup> Ídem C.AB.V 14 años

<sup>37</sup> Ídem. Luis Osvaldo Martínez López, sacerdote que vivía con Aguirre Ovalle

Errázuriz había viajado a Roma para una visita oficial ad limina al Papa que tenía como fecha de termino el 16 de octubre del 2002. Mientras sus subalternos intentaban apagar un incendio que avanzaba con una velocidad depredadora, la gente, la prensa y los mismos sacerdotes esperaban con un ansia nunca antes vista la llegada del cardenal para la tarde del 22 de octubre. Apenas pisó suelo nacional debió reaccionar y como medida simbólica acudió a la principal parroquia de Quilicura y escenario del escándalo. La misma donde la gente hoy escucha respetuosamente el sermón del padre Guzmán y donde Andrés Ovalle se convirtió en un personaje imposible de olvidar.

Aunque en ese momento Errázuriz no se reunió con la familia afectada, por lo menos logró acallar las voces que exigían su presencia en el lugar donde el sacerdote había causado tanto daño. No obstante, anónimamente, en un reportaje de la revista Qué Pasa, algunos sacerdotes expresaron sus críticas a la improvisada y confusa reacción del cardenal que demoró su regreso y no fue claro al “pedir perdón” por la “omisión” de la iglesia. “Debió haber llegado antes, ha sido mal asesorado”, “Errázuriz nos dejó botados solo por cuidar su imagen”, fueron algunas de las declaraciones.

El silencio duró poco y ante el huracán provocado por el padre Tato y la aparición de nuevos casos que involucraban a altos cargos de la jerarquía eclesiástica, no hubo otra opción que salir con una agresiva ofensiva mediática, que incluyó un inédito mea culpa y la aclaración de que el caso del cura Tato era una vergüenza para la iglesia. “La Iglesia quiere aprender de estos dolorosos hechos que la avergüenzan. A todos los que han sufrido por ello, de corazón, les pido su perdón. Sacaremos de ello todas las consecuencias con serenidad, firmeza y esperanza”, expresó el cardenal.

Errázuriz no se detuvo y su segundo golpe de timón fue reunirse con la familia de Vanesa y ofrecerle el apoyo, que al parecer nadie le brindó cuando intentaban denunciar su situación. “Si bien rechazamos terminantemente las acciones que lo inculpan, no entraremos al juicio de la conciencia. Más allá de toda justicia humana, cuyo competencia reconocemos y ante la cual no pedimos privilegio alguno, el juicio de la conciencia le corresponde a Dios”, afirmó el jerarca católico.

El criterio señalado por el cardenal era en efecto la forma de evaluar este tipo de situaciones. Antes de Tato la iglesia actuaba bajo criterios de pecado y

redención. Si un sacerdote cometía un acto condenable se entendía como una caída que podía enmendarse, por ejemplo, mediante terapias espirituales. Pero a partir del caso Tato la posición de algunos sectores cambió. “Hay que aprender que a veces se trata de una enfermedad y que por más doloroso que sea hay que decirle al afectado que no puede seguir ejerciendo como sacerdote”.

### **La cárcel del padre Tato**

“Entonces llegaron los carniceros. Ese es el nombre que Gendarmería les da a los carros en que trasladan a los presos hasta los tribunales. En filas de a dos los hacían subir, pero el pobre Tato que no estaba acostumbrado a caminar con las malditas cadenas, pues la enfermedad que le atrofia los músculos lo hacía caminar más dificultosamente y al tratar de subir al carro se cayó, golpeando fuertemente en su hombro y en su cabeza. Según me contó el cura, en ese momento no se quería parar, solo quería morir, porque no quería creer lo que le estaba pasando”.

Así describe Enzo Alejandrini, en su texto “La verdadera cárcel del cura Tato”, el momento en que Andrés Ovalle es trasladado por primera vez al tribunal a prestar declaración ante la jueza Rosa María Pinto. Enzo, abogado y especialista en operaciones tributarias, llegó a la vida del padre Tato por casualidad cuando el cura se encontraba en el ojo del huracán.

Alejandrini recibió la confidencia de que uno de sus clientes compartía en la penitenciaría con el “famoso” sacerdote y que era su amigo. Tentado por una de sus pasiones, le ofreció a su cliente defenderlo gratis si lograba que el padre Tato le permitiera escribir su historia. Sorpresivamente Aguirre Ovalle accedió, aunque con varias condiciones. “No podía referirme ni hablar contra las querellantes, la iglesia o su familia. Estaba con las manos súper atadas, pero acepte igual”, cuenta el abogado. Así nació “La verdadera cárcel del cura Tato” un breve relato autoeditado casi imposible de encontrar. La narración cuenta, desde la perspectiva de un supuesto compañero de celda, las desventuras del sacerdote desde que ingresó a la Penitenciaría el 4 de octubre del 2002.

Ese día José Andrés Aguirre Ovalle llegó al quinto piso del modulo B donde viven 192 reclusos. El quinto piso está destinado exclusivamente a ex miembros de las fuerzas armadas, carabineros, funcionarios de Investigaciones, de la propia Gendarmería y profesionales, sin importar el delito que hayan cometido. Aunque una de las pocas declaraciones que hizo el cura Tato desde su reclusión fue "aquí estoy con drogadictos, con delincuentes. No tengo derecho a nada", lo cierto es que los compañeros de Tato eran más selectos que eso.

Según Alejandrini sus primeros días fueron los más difíciles. Con un carácter fuerte, tuvo que acostumbrarse a ser la celebridad de la cárcel durante un tiempo, tragarse la soberbia y someterse a las burlas y comentarios de los otros presos.

Todos los días su jornada comienza a las ocho de la mañana con una oración. A las cinco de la tarde debe volver a su celda. "Él es un hombre arrepentido, torturado por sus actos. La gente lo juzga, pero él también hizo muchas cosas buenas por la gente de su parroquia. Por algo la gente hasta el día de hoy lo visita", dice Alejandrini

El abogado cree que la cárcel ha sido el peor castigo para Tato, que su estadía ahí lo hizo sumergirse en una profunda depresión y además hizo que lo azotara con más fuerza la distrofia miotónica muscular, una condición genética que destruye los huesos y que ha ido carcomiendo poco a poco su imponente y deportiva figura. Esta enfermedad, también conocida como el mal de Steinert, había estado presente en su vida desde hacía varios años. Sin embargo en la cárcel la degeneración muscular, que normalmente es lenta y progresiva, se acentuará provocando debilidad y pérdida de volumen de los músculos.

Sin embargo, el peor momento que vivió en la Penitenciaría, más allá de las continuas humillaciones que el sacerdote le confesó que había sentido, fue el momento en que se enteró que la iglesia lo despojó de su condición sacerdotal. "Ese fue el golpe más duro que pudo sufrir. A pesar de todo, él nunca sintió dudas de su fe, por eso jamás se ha referido al trato que le dio la iglesia", dice Alejandrini.

El 11 marzo del 2003, después de siete meses de prisión, el cura recibió la noticia de que la Santa Sede un mes antes había tomado la decisión de que él ya no podría seguir ejerciendo labores sacerdotales y que no veía real

arrepentimiento por el daño que le causó a la iglesia. El comunicado oficial indicaba que desde el 7 de febrero había perdido "su estado clerical, pero está llamado a cumplir los deberes inherentes a todo bautizado y como tal no le faltarán los auxilios espirituales que la Iglesia proporciona".

"Jamás pensé en dañar a la iglesia. Son más de 20 años perdidos, se tomó en cuenta solo lo malo que ocurrió en un año y no los otros 19 de servicio a los pobres y servicio sacerdotal. Hoy toqué fondo, porque más hundido no puedo estar", comenta el acongojado sacerdote después de enterarse de la resolución, según el relato de Alejandrini.

Las reacciones no se hicieron esperar. Defensores y detractores alzaron la voz para comentar la resolución. Por ejemplo, el vicerrector del Templo Votivo de Maipú, Hugo Tagle, afirmaba en la prensa que la sanción de la iglesia también fue un alivio para Tato. "Él sentía el sacerdocio como una responsabilidad pero también como una carga. Se sentía esclavizado en cierta manera y le hicieron, en ese sentido, un favor. Era necesario que alguien tomara esta iniciativa por él. La Santa Sede lo liberó"<sup>38</sup>, dijo Tagle.

Interpretaciones más, interpretaciones menos, este era solo un pequeño temblor para la iglesia católica, considerando el gran terremoto que sería el fallo judicial de la jueza Rosa María Pinto, que además de condenar a Tato a una de las penas máximas para su delito, incluiría a la propia iglesia en su sentencia.

### **Juntos como hermanos**

La misa comienza con la señal de la cruz. La capilla Nuestra señora del Carmen está considerablemente llena, es un domingo de septiembre antes de las fiestas patrias. Si retrocediéramos seis años probablemente sobre el estrado no estaría el padre Gonzalo Guzmán sino José Andrés Ovalle, el cura Tato, en una de sus últimas misas antes de que todo se derrumbara.

El sacerdote abre los brazos en señal de saludo, supuestamente en una seña que simboliza el saludo a Dios y al pueblo. La gente espera en silencio:

---

<sup>38</sup> "La sanción de la iglesia fue un golpe mortal para el padre Tato". Las Últimas Noticias. 17 de marzo del 2003.

“El Señor esté con ustedes”... “Y con tu espíritu” responden a coro los asistentes en el acto mecánico de una obra que ya conocen de memoria.

La figura del padre Tato aún divide a esta comunidad. Marcia Fuenzalida, la secretaria de la parroquia, se niega a hablar, dice que la prensa le ha hecho mucho daño al ex padre Andrés. Tras mi insistencia dice que "el padre no fue una persona que llegó aquí a violar personas. Incluso, se dijo en la prensa que constantemente tenía retiros con jóvenes, lo cual no es cierto, sólo un año antes (de ser detenido) fue al Eje (encuentros juveniles) parroquial para asistir a los jóvenes en la confesión".

"Nosotros somos cristianos y no lo debemos juzgar tan duramente, porque todos somos pecadores. Él hizo grandes obras en la población Carampangue: amplió la capilla, se preocupaba de las cajas de Navidad, donde les entregaba a los más pobres una canasta básica y por eso nuestro apoyo siempre ha sido incondicional", agrega.

Los sermones del cura Tato eran enfáticos como su personalidad. Aguirre Ovalle sabía como conducir las misas y hacer de la liturgia una instancia reflexiva, según cuentan en la iglesia. De hecho un dato que nadie niega es que el número de feligreses de la iglesia creció por el entusiasmo del nuevo cura en su trabajo pastoral.

Sin embargo, las críticas tampoco se hacen esperar. Andrés Saavedra, catequista que trabajó junto a él, lo recuerda como "extremadamente clasista y consumista. Siempre decía que ganaba 60 mil pesos, pero su planilla alcanzaba los 850 mil. Decía que todo lo que tenía era de amigos o de su familia y se negaba a cumplir con los votos de pobreza por ser de buena familia". Saavedra cuenta también que "no soportaba a los niños marginales. De nuestro grupo de 18 personas, éramos seis quienes sospechamos de su conducta, pues sólo confesaba a las niñas, a las que acariciaba muy intensamente".

Otra ex catequista asegura que en misa de Domingo Santo enfatizaba el valor del dinero. "Pero –agrega– lo que me hizo no volver a esa parroquia fue cómo trató a una menor con besos y caricias demasiado pegajosos".

La misa continúa con el Evangelio. Antes de su lectura, el sacerdote junta las manos y con gran recogimiento dice: “Purifica, Señor, mi corazón y mis labios para que pueda anunciar dignamente tu Evangelio”. Al finalizar el

sacerdote dice: “Esta es Palabra de Dios”, otra vez la audiencia responde instintivamente al padre Guzmán.

### **La resolución final**

Cuando la marea parecía calmarse, la jueza Rosa María Pinto desató un nuevo temporal con la primera sentencia en el caso del cura Tato. La jueza no solo condenó al sacerdote a una pena de doce años, una de las más altas que se ha dictado por un caso de abusos deshonestos, por considerar que “él aprovechó la autoridad que le otorga su investidura eclesiástica, para someter a las menores”. También otorgaba responsabilidad en los hechos a la iglesia católica y la obligaba a pagar una indemnización de 50 millones de pesos a la familia afectada como responsable solidaria en su calidad de superior jerárquico. Un hecho inédito en la historia de la justicia chilena. Nunca se había planteado la responsabilidad civil por un hecho ilícito cometido por uno de sus miembros mientras estaba ejerciendo su ministerio sacerdotal.

A partir de ese razonamiento, el dictamen de la jueza Pinto determinó la culpa del Arzobispado por no haber ejercido en forma cabal su deber de cuidado respecto del sacerdote diocesano a su cargo, pues “no impidió eficientemente y con su autoridad y competencia, las conductas impropias y dolosas de aquél (Aguirre), en época anterior y en la actual, como tampoco cuidó con celo a las víctimas, fieles que practicaban su religión”. La sentencia desestimó, en todo caso, algún tipo de encubrimiento de los superiores del ex sacerdote.

La respuesta pública de la iglesia fue inmediata y la apelación ante la Corte Suprema no se hizo esperar. El argumento era sencillo: los sacerdotes no son empleados del Arzobispado ni tienen un vínculo con él. Son mayores de edad y plenamente capaces. “Aquí no se da la obligación de cuidado a la que se refiere el Código Civil, porque éste, cuando se refiere a esta relación, habla de los padres, los curadores y los directores de colegio”, esgrimía la defensa del Arzobispado.

Esta línea argumental señalaba que la iglesia no debe responder ni contractual ni extracontractualmente respecto de sus clérigos. Planteaba que la

relación es jerárquica, no de subordinación o dependencia. Agregaba que la responsabilidad, en este sentido, debía determinarla la Iglesia Católica, invocando la ley 19.638, o la llamada Ley de Culto, que en su artículo 20 le reconoce un ordenamiento jurídico que le es propio. Aunque la iglesia se cuidó de dejar en claro que esto no significaba sustraerse de la justicia civil.

"Las autoridades del Arzobispado le daban instrucciones al sacerdote Aguirre y él las obedecía. Si eso no es una relación de subordinación y dependencia entonces ¿qué es?", argumentaba la abogada de Jacqueline Contreras y su familia, Fabiola Maldonado. Pese a estos esfuerzos, el miércoles 5 de enero de 2005 la Corte Suprema le dio la razón al argumento del Arzobispado.

La Corte reafirmó la condena de 12 años de prisión por cometer abusos sexuales contra diez menores de la comuna de Quilicura. Sin embargo el gran triunfo de la iglesia fue que el tribunal eximió al Arzobispado de Santiago de toda responsabilidad civil, revocando dos dictámenes anteriores que obligaban a la Iglesia Católica a cancelar de manera solidaria una indemnización de 100 millones de pesos. El monto quedó reducido a 50 millones, que debería ser pagado por Aguirre.

En ese entonces el obispo auxiliar de Santiago y vocero oficial del caso, Cristián Contreras, aseguró que la arquidiócesis capitalina, reaccionó "con serenidad" al conocer el fallo que acogía la postura de la Iglesia Católica respecto a que no es civilmente responsable de los actos de un clérigo.

"Estamos ante situaciones humanas dolorosas que no nos pueden dejar indiferentes, menos aún indolentes. El fallo de la Corte Suprema se basa en la legislación civil y también acoge la verdad de que en la Iglesia las relaciones entre el obispo y el sacerdote se dan en el plano espiritual y pastoral. Todo adulto debe asumir responsablemente las consecuencias de sus actos personales, porque ningún bautizado, menos un sacerdote, es enviado a realizar acciones reñidas con la moral y atentatorias contra la dignidad de la persona humana", señaló a La Tercera.

Agregó que "en la Conferencia Episcopal hemos establecido un accionar muy riguroso para atender a las eventuales víctimas de abusos cometidos por sacerdotes o religiosos. Queremos transparencia y responsabilidad y que nadie

investido como ministro de la Iglesia desilusione jamás la confianza que la comunidad eclesial deposita en él".

La misa está en su parte final, es hora del Padre Nuestro. La oración por excelencia para el credo católico. Al finalizar, el sacerdote Gonzalo Guzmán señala que es el momento de "dar la paz" a los otros presentes en el templo. Terminado el proceso de apretones de mano y abrazos, el sacerdote parte la hostia consagrada en tres. La más pequeña la junta con las demás. De fondo comienza a escucharse el "Cordero de Dios" que según la canción es el que quita el pecado del mundo. El sacerdote dice una oración y luego invita a comulgar. Tras la liturgia de la Comunión el sacerdote despide a los fieles, les da su bendición, y les indica que han de seguir viviendo la Misa.

### **Buscando un final**

Hace algunas semanas, a mediados de enero del 2009, un rumor cayó como un balde de agua fría sobre Jacqueline Contreras y su familia. El padre Tato, después de seis años de prisión, saldría con libertad dominical.

El miedo y la impotencia volvieron a instalarse en sus vidas. Si el cura salía en libertad significaba que todo había sido en vano. La familia que tuvo que desprenderse de sus bienes y su antigua vida, cambiarse de casa, colegio, trabajo, nunca recibió la indemnización de 50 millones que la sentencia, calificada como "ejemplificadora", exigía.

El dato no resultó ser del todo falso. Pero Gendarmería se encargó de tranquilizar un poco el ánimo de esta familia cuando el 2 de febrero del 2009 negó el permiso por "no cumplir con los requisitos para acceder al beneficio, entre ellos, haber participado en alguna actividad laboral o taller dentro del penal o haber reconocido o tomado conciencia del delito por los cuales se encuentra condenado".

Sin embargo la pena de Jacqueline no desaparece, sobre todo al hacer un balance de lo poco que se ha avanzado en los últimos años. Las repercusiones al interior de su familia fueron enormes y la justicia aún no responde en nada a lo que determinó la sentencia. "Mi esposo se enfermó de depresión, estaba raro, nunca preguntaba nada. Hasta que un día yo salí, volví y se había ido, se había ido. Sin ni siquiera una pelea, problemas, nada. Se fue

no más, abandonó el barco. Se cansó, simplemente se cansó de todo”, cuenta Jacqueline.

“De las niñas, imagínate que la Tiare todavía despierta con miedo, tiene problemas de sueño, se duerme a las dos y a las cuatro se levanta. No sale a la calle, no habla con nadie, ella necesitaba un tratamiento y nunca lo recibió”.

Vanesa agrega que además de la separación de sus padres su vida completa dio un vuelco. “Tuvimos que dejar todo. Comenzar toda una vida de nuevo, una vida que todavía no logramos sustentar completamente. Llegamos a una casa que estaba totalmente destruida y tuvimos que repararla y aún no es nuestra. La salud mental mía y la de mis hermanos, porque no solo mi hermana quedó mal, el más chico también, a él no le pasó nada físicamente, pero también quedó muy afectado. Los dos están todo el día encerrados. Es un dolor tremendo, es un dolor sentir que se burlaron tanto de uno”.

La calle Pedro Gastón Salas ubicada en Quilicura está desierta, sólo algunos ladridos de perros vagos alteran la rutina de los vecinos. Unos y otros ya se acostumbraron a ver las plantas muertas y los árboles secos que se esparcen en el desolado patio de la propiedad ubicada en el número 0151 del lugar.

Esa es la ex casa de José Andrés Aguirre, el ex cura "Tato", el lugar que guarda los recuerdos de los abusos sexuales cometidos allí por quien era el respetado y cariñoso párroco del vecindario. Han pasado seis años desde que el caso conmocionara a todo un país y la sentencia no pudo ser cumplida porque la casa, propiedad del cura, aún no ha sido vendida por las diferentes apelaciones que él ha realizado a lo largo de estos años.

Pero eso no es lo peor, el último golpe esta familia lo recibió en diciembre del 2008 cuando decidieron cambiar a Fabiola Maldonado como abogada por un nuevo jurista para que el proceso avanzara más rápidamente. En ese momento se enteraron que el expediente estaba perdido en la maraña de casos que guardan los tribunales que permanecieron funcionando después de la reforma procesal penal.

“Nosotros teníamos todas las pruebas para haber ganado y ¿por qué no se ganó? Sabíamos que no íbamos a ganar, la luchamos, la luchamos, pero no sacamos nada. ¿Y qué paso? mi familia ya se desintegró. Ahora ni esperanzas nos quedan”, dice Jacqueline

–¿Qué sientes al pensar en el cura Tato hoy?– le pregunto a Vanesa.

“Tengo mucha rabia, mucha impotencia. Siento que es una persona que se burló de la inocencia de las dos. En un principio se habló de una sentencia ejemplificadora, pero nunca fue así, porque eso era pura apariencia y después todo quedó en nada. Así como siempre pasa, el victimario pasa a ser la víctima y las víctimas pasan a ser nada”, me responde.

Aunque ya no tienen expectativas de que llegue la indemnización que tanto sorprendió a la prensa, lo que esperan es que el expediente aparezca y pueden sentir que este caso terminó definitivamente. De todas formas poco a poco han intentado hacer su vida, mientras el cura Tato continúa en prisión con una enfermedad que cada día lo carcome más.

Vanesa hoy tiene 23 años, trabaja y hace dos meses se casó con un compañero del banco en que labora. En la foto que se aprecia en medio del living de la casa de Jacqueline Contreras, ella se ve radiante, de blanco con sus cabellos rizados y del brazo de su esposo. ¿Por qué casarse bajó un credo que a todas luces, ella ya no comparte?

“Ese era un sueño de mis papás: verme de blanco llegando al altar. Con toda la ceremonia y la fiesta y todo. ¿Y sabes qué? No tengo porque negarme a eso, esa también era una prueba para mí, que a pesar de todo lo que me pasó no tengo por qué limitar mi vida por lo que algunos piensen. Yo no soy quien tiene que andar con la cabeza baja, el que traicionó sus principios y su fe fue él, no yo”.

## **FUENTES DE CONSULTA**

### ***Bibliografía general***

-Alejandrini, Renzo. *La verdadera cárcel del cura Tato*. Autoedición. Marzo de 2004

--Álvarez, Jorge. *La experiencia neoliberal en la atención de menores en riesgo social*. En *Infancia en riesgo social y políticas sociales en Chile*. Instituto Interamericano del Niño, Montevideo, 1994, páginas 275 a 283.

-Capote, Truman. *A sangre fría*. Editorial Sol 90, Barcelona, España. 2000

-Capote, Truman. *Música para camaleones*. Anagrama, Barcelona, España. 1980.

-Chillón, Albert. *Literatura y periodismo: una tradición de relaciones promiscuas*. Editorial Universitat de València. España. 1999.

-Durkheim, Emile. *La división del trabajo social*. Editorial Akal. Barcelona España. 1995.

-Goldberg, Carl. *Conversaciones con el demonio, psicología del mal*. Editorial Cuatro Vientos. Santiago de Chile. 1998

-Kristeva, Julia. *Poderes de la perversión*. Editorial Siglo XXI. Buenos Aires, Argentina. 1989

-Luengo, Alberto. *El aporte del Nuevo Periodismo*. En revista Comunicación y Medios n°4. Escuela de Periodismo, Universidad de Chile. Diciembre de 1984.

-Kapusinski, Richard. *Los cinco sentidos del periodista*. Colección Nuevo Periodismo. Fundación para el nuevo Periodismo Iberoamericano. México. 2003.

-Manns, Patricio. *El zambullidor*. Editorial Sudamericana. Santiago de Chile. 2001. Páginas 121-137.

-Pinos Fuentes, Jaime. *Criminal*. Editorial La Calabaza del Diablo. Santiago de Chile. 2003

-Valdés, Ximena. *La vida en común: familia y vida privada en Chile y el medio rural en la segunda mitad del siglo XX*. Editorial Lom. Santiago de Chile. 2007.

-Wolfe, Tom. *El Nuevo Periodismo*. Editorial Anagrama. Barcelona, España. 1976.

## **Entrevistas**

### **Capítulo 1**

-Eloy Parra, sacerdote. (20/09/2007)

-Miguel Littin, cineasta. (15/01/2008)

-Soledad Valenzuela, sobrina de Jorge Martínez Vásquez (21/09/2008)

-Patricia Orellana, editora diario La Discusión de Chillán. (20/09/2007)

-Luis Cáceres, locutor de Radio Ñuble (20/07/2007)

-Erwin Hinojosa, administrador comunal Nahueltoro (21/09/07)

### **Capítulo 2**

-Carlos Quezada, abogado (05/06/2008)

-Tomás Bueno, padrastro del Tila (23/03/08)

-Matilde Vásquez, madre del Tila (15/03/2008)

-Jorge Aguilera, (21/04/2008)

-Gloria Gaete, psicóloga (21/04/2008)

-Magali Pacheco, madre de Maciel Zúñiga (04/04/2008)

-Alejandro Cuevas, Psiquiatra (07/04/2008)

### **Capítulo 3**

- María Paz Rodríguez, jueza (05/05/2008)
- Mario Guerra, pediatra (03/10/2008)
- Macarena Cortés, abogada (04/11/2008)
- Teresa Fuentes, enfermera (07/05/2008)
- Mauricio Mejías, jefe Área Judicial del Sename (08/11/2008)
- Jessica Schayman, prima de Alejandro Schayman (07/06/2008)

### **Capítulo 4**

- Jacqueline Contreras, madre de menor abusada (19/10/2008)
- Vanesa Ponce, víctima de abusos (22/10/2008)
- Padre Iván Paz, profesor del Seminario Mayor (06/12/2007)
- Juan de la Cruz Suárez, sacerdote de la Catedral de Santiago. (07/12/2007)
- María de los Ángeles, ex alumna del padre Tato (18/12/2007)
- Renzo Alejandrini, amigo del padre Tato (15/04/2008)

### ***Archivos de prensa***

#### **Diarios**

- El Mercurio: abril 1963
- El Mercurio: mayo-junio-julio 2002
- La Discusión de Chillán: agosto-septiembre 1960.
- La Discusión de Chillán : abril 1963
- La Nación: junio 1992
- La Nación: octubre-noviembre-diciembre 2002
- La Tercera: 17 al 30 de junio de 1996
- La Tercera: mayo-junio-julio 2002
- La Tercera: octubre-noviembre-diciembre 2002
- Las Últimas Noticias: mayo-junio-julio 2002
- La Segunda: enero 1998

## **Artículos de revistas**

- Ávalos, Sergio. *Niños en la cárcel*. Revista Mensaje. Junio 1985.
- Baeza, Ricardo. "La muerte aguarda al chacal". Revista Vea. 25 abril de 1963.
- Basadre, Pablo y Padilla, Marcelo. *El fin del caso Schayman*. Revista El Periodista. Año 4, N° 97, viernes 23 de diciembre de 2005.
- Browne, María Olivia. "Jamás lo perdonaré". Revista Caras, 7 de julio de 1997
- Browne, María Olivia. "Soy Inocente". Revista Caras, 21 de julio de 1997
- Carrasco, Silvia. *Las víctimas del cura Tato*. Revista Siete +7. 22 de noviembre de 2002
- Concha, Luis. *El crimen del padre Tato*. Revista Qué Pasa. 18 de octubre de 2002.
- Gutiérrez, Víctor. "El amor es más fuerte". La Nación Domingo, 10 de noviembre de 2002.
- Muñoz Romero, Osvaldo. *Nelson Villagra, criminal en film de Miguel Littin*. Revista Ecran. 7 de marzo de 1968
- Santander, Pedro. *El Tila: un análisis de discurso*. Revista Rocinante. Año 6, n° 53. Abril del 2003.
- Editorial. Revista Pistas. 19 de diciembre de 1997. (Publicación argentina de carácter mensual, dedicada al periodismo policial)

## **Informes y otros documentos**

- Expediente Judicial 4558-2002 Caso Tila
- Expediente Judicial 48112-1996, Caso Schayman.
- Expediente Judicial 3640-04, Caso Tato
- Encuesta Fundación Futuro julio 2002, página 2
- Sename, Tercer estudio de Maltrato Infantil 2006.

## ***Material audiovisual***

- Bazán, Patricia. Reportaje “*Niños en la cárcel*” Contacto, Canal 13. 15 de julio de 1993
- De Allende, Paulina. *El psicópata de La Dehesa*. Informe Especial, TVN. 18 de agosto de 2002.
- González, Guillermo. *Bajo el Sur*. Documental (2005) Mosca audiovisual producciones. Chile.
- Littin, Miguel. *El Chacal de Nahueltoro*. (1970) Cine experimental de la Universidad de Chile y Cinematografía Tercer Mundo. Chile.
- Notas de prensa. Teletrece, Canal 13. Junio de 1996
- Programa De Pe a Pa. Televisión Nacional de Chile. 17 octubre del 2002

## ***En Internet***

- Beinstein, Carol. *Nuevo Periodismo: el constante cruce de la realidad y la ficción*. En [http://www.bdp.org.ar/facultad/catedras/comsoc/redaccion1/liberatore/2006/10/a\\_no\\_ficcion\\_en\\_el\\_limite\\_ent.php](http://www.bdp.org.ar/facultad/catedras/comsoc/redaccion1/liberatore/2006/10/a_no_ficcion_en_el_limite_ent.php)
- Fundación para el Nuevo Periodismo iberoamericano. <http://www.fnpi.org/>
- Poder Judicial de la República de Chile. [www.poderjudicial.cl/](http://www.poderjudicial.cl/)
- Sánchez, Miguel Ángel. En <http://www.cem.itesm.mx/dacs/publicaciones/logos/jojios/2006/abr3.html>